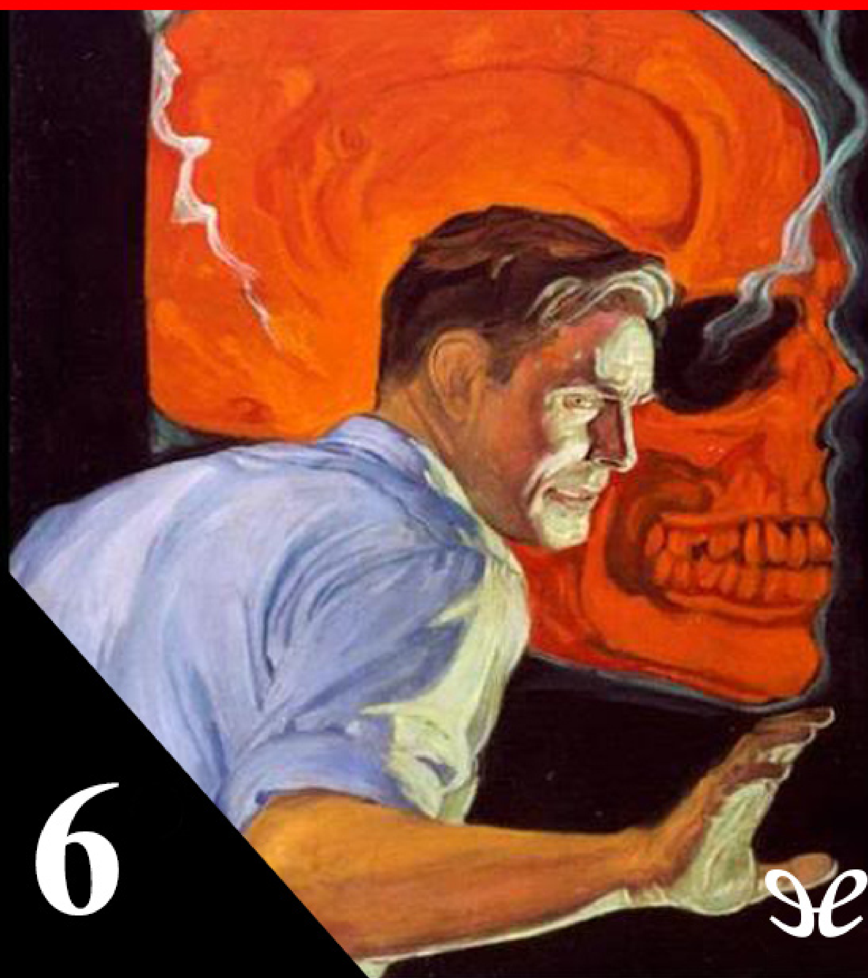
DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

La calavera roja



Doc Savage y sus cinco inseparables amigos, descienden a un mundo subterráneo de lava ardiente, para enfrentarse a su enemígo más diabólico. Lo que le espera a Doc, es un irresistible poder capaz de nivelar montañas… capaz de esclavizar al mundo… y amenaza con hacer de ésta, su aventura más peligrosa…, «la última».

Clark «Doc» Savage Jr. es un médico, cirujano, científico, aventurero, inventor, explorador, investigador, y, como se revela en El tesoro Polar, un músico. Un equipo de científicos reunidos por su padre, entrenaron su mente y cuerpo a las capacidades casi sobrehumanas desde el nacimiento, dándole una gran fuerza y resistencia, una memoria fotográfica, un dominio de las artes marciales y un vasto conocimiento de las ciencias. Es también un maestro del disfraz y un excelente imitador de voces.

Doc confía en cinco individuos excepcionales que le ayudan en sus aventuras, expertos en áreas concretas: Andrew Blodget «Monk» Mayfair (químico), Theodore Marley «Ham» Brooks (abogado), John «Renny» Renwick (ingeniero), Thomas J. «Long Tom» Roberts (ingeniero electrónico) y William Harper «Johnny» Littlejohn (arqueólogo y geólogo).



Kenneth Robeson

La calavera roja

Doc Savage - 6

ePub r1.1
algarri 30.07.14

Título original: *The Red Skull*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: A. Polo
Retoque de cubierta: algarri

Editor digital: algarri
ePub base r1.1



Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
La caza del hombre



Cinco hombres atravesaban corriendo el campo de golf del Widebrook Country Club. Se mantenían en un grupo compacto y por su aspecto parecían animados de una siniestra resolución.

Cada uno de ellos era portador de una bolsa de golf cerrada.

Era cerca de la medianoche. La luna iluminaba el desierto campo, haciendo centellear la arena y recortarse sobre su fondo el contorno de los macizos de verdura.

Los cinco hombres no sacaron las mazas de sus bolsas de golf.

Ninguno de ellos tenía trazas de dedicarse habitualmente a ese juego.

Tenían manos callosas, cuellos rectos y facciones duras e insensibles. Su epidermis, excesivamente morena y sus ojos, ofrecían ese peculiar estrabismo que revela una vida transcurrida en plena lucha bajo un sol de fuego.

A cualquier observador habría extrañado ver a aquellos hombres cargados con los arreos de golf y aún se hubiera dejado invadir por la alarma al fijarse en sus torvos ademanes.

Pero en aquel desierto y a aquellas horas no había observadores.

El Widebrook era uno de los parajes de los alrededores de Nueva York, preferidos por la elite de la gran ciudad.

Durante el día jugaban en él los mimados de la fortuna. De noche, sólo quedaba allí el conserje.

Este único habitante yacía en aquel momento encerrado en una de las casetas del Club.

Lo habían atado con una de las cuerdas que sirven para tender

las mallas de la pista de juego, amordazándolo con una esponja sujeta fuertemente contra la boca por su propia corbata.

Estaba, además, sin sentido, a consecuencia de un formidable golpe que le asestaron por la espalda. Ni siquiera vio a sus asaltantes.

—Daos prisa —dijo con viveza el que parecía jefe de aquellos tipos—. ¡No acabaremos en toda la noche!

El que así hablaba era poseedor de dos extrañas cicatrices, una en cada mejilla. Parecían como dos botones grises cosidos a ellas. Su rostro era moreno y coriáceo y por las huellas que ostentaba, se comprendía que alguien disparara una perdigonada sobre él en tiempos pasados.

Era más corpulento que sus compañeros, aun cuando su peso debía quedar algo por debajo de las doscientas libras y llevaba su corpulencia con agilidad de un atleta.

El grupo siguió andando en silencio, apretando cada uno contra su cuerpo la bolsa de golf, como queriendo evitar que el ruido de los mazos al chocar entre sí delatase su presencia. Luego, a una voz del jefe, se detuvieron.

—Éste debe ser el lugar —dijo éste en voz baja.

—¿Está usted seguro de ello, Buttons? —preguntó uno.

—¡Baja el pito! —la zorruna sonrisa del llamado «Botones» hizo correrse sus extrañas cicatrices hasta las orejas—. El telegrama de Whitey dice que estaría en el agujero número seis del campo de golf. Whitey acostumbra volar por los alrededores de Nueva York y conoce perfectamente este lugar. El hombre que había hablado antes paseó una mirada inquisitiva en torno.

—¡No veo el número! —masculló al fin.

—¡Porque no miras a donde debes mirar, diablo! ¿No has jugado nunca al golf?

—Nunca… y creo que los dos estamos en el mismo caso. No me entra en la cabeza que un hombre cabal pierda el tiempo en este corral de vacas.

—¡Cállate! Ése es el sexto agujero. El número está en el interior de esa caja blanca que se ve tumbada ahí. Métete a rastras en esa trampa de arena.

—¿Quieres decir en ese agujero lleno de arena? ¿Y a esto le

llaman una trampa?

—¡Menos palabras y adentro! —gritó Buttons.

Obedeció el hombre. Con ambas manos, apresuradamente, excavó una zanja lo bastante grande para que en ella cupiese su cuerpo.

Hecho esto levantó la tapa de su bolsa de golf y sacó de ella una deteriorada carabina de
30-30
, así como un rudimentario revólver de seis tiros y calibre 45.

Metió éste en su camisa y se tendió cara al cielo en la zanja que él mismo había cavado, hecho lo cual, colocó la carabina sobre su pecho tapando con la chaqueta el mecanismo del arma, para protegerlo de la arena.

Buttons extrajo de uno de sus bolsillos una gran hoja de papel de envolver, color moreno pálido, rasgó un trozo de tamaño regular, hizo en él unos agujeros a la distancia de los ojos de una persona, otro para la boca, un poco más abajo, y colocó esta improvisada careta sobre el rostro del hombre tendido en la zanja.

Hecho esto, procedió a cubrir totalmente con arena el cuerpo de su compañero, dejando únicamente al descubierto la parte de la careta en que hiciera los agujeros. Terminada la tarea, retrocedió unos pasos para apreciar lo acabado de su obra.

Estaba satisfecho. EL papel de envolver se confundía enteramente con la arena.

—¡Magnífico! Cualquiera andaría sobre ti sin sospechar que tenía un hombre debajo. ¿Sabes para qué estás ahí?

—¡Claro! —gruñó el enterrado en vida—. Estoy aquí para dispararme como una bala y atrapar a Bandy Stevens.

—Pero no tires sobre él a menos que nosotros no lleguemos a tiempo.

—¡Clávate eso en el melón! Creo que nosotros conseguiremos detener a Bandy. El telegrama de Whitey dice que Stevens metió algo voluminoso en el cinto que lleva a la cintura con el dinero, y necesitamos saber qué es. Además es indispensable que apresemos vivo a Bandy para poder hacerle algunas preguntas.

—¡Bandy Stevens es un mal bicho! ¡No olvidéis eso! —dijo el enterrado a través de la máscara—. Además, está sobre aviso y

dispuesto a cualquier trastada, desde que Whitey intentó matarlo en Phoenix y erró el tiro.

—Él no sospecha de Whitey, según asegura éste en su telegrama.

—De todos modos, Bandy es un veneno.

—¡Vamos! Mejor será que nos apostemos en sitio seguro —dijo Buttons.

AL extremo opuesto del canalizo quedó otro hombre oculto en otra trampa de arena.

Dos más se escondieron en idéntica forma cerca del sexto agujero de golf.

Cada hombre, antes de ser enterrado, sacó de su bolsa de juego las armas necesarias.

Terminada aquélla su extraña tarea de enterrador, y tras de haber dejado escondidos a todos sus secuaces, Buttons recogió todas las bolsas y fue a colgarlas entre las ramas de un árbol situado a una distancia conveniente.

Luego, a su vez, buscó refugio entre el follaje.

Reinaba un silencio absoluto en el campo de golf. Allá a lo lejos se oían roncar los automóviles sobre un camino vecinal.

La brisa nocturna movía intermitentemente las hojas del árbol en que estaba escondido Buttons.

De una madriguera brincó un conejillo, y se acercó a saltitos para ir a ramonear la hierba fresca de uno de los agujeros de golf.

Los hombres ocultos en las zanjas parecían invisibles, conservando la paciente inmovilidad de los animales salvajes en acecho de sus víctimas.

Tenían dominio de sus nervios, y no hacían el más leve movimiento. Cada uno de ellos, sin embargo, aguzaba el oído en espera de percibir un ruido cualquiera hecho por aquél a quien aguardaban.

Buttons fue el primero en oírlo. ¡Un zumbido metálico, como de un mosquito, se oyó a lo lejos!

El ruido fue haciéndose cada vez más fuerte, convirtiéndose en un ronquido poderoso.

Descendiendo a la luz de la luna giró un aeroplano. Era un biplano de dos plazas, pintado de amarillo y un tanto usado.

El potente motor radial dejó oír unos estampidos lentos cuando

el aparato empezó a volar sobre el campo de golf.

Los ocupantes del avión buscaron insistentemente un lugar donde aterrizar.

El piloto era un hombre alto, fibroso, de rostro severo. Había en sus facciones algo distintivo: las cejas y el pequeño bigote parecían de algodón.

El pasajero, que ocupaba el asiento en la parte anterior de la carlinga, era un tipo rechoncho.

Su piel, curtida por el sol, aparecía coloreada intensamente en aquellos espacios que el casco no defendiera del vendaval que levantaba la hélice del aparato.

Su mirada se adivinaba fría tras el cristal de los anteojos, su enorme mandíbula escapaba poderosa del barboquejo del casco. Era extremadamente patituerto.

—¡Whitey! —vociferó a su piloto—. ¿Está seguro de que hay espacio bastante para que pueda galopar este potro cerril de los aires?

—Terreno en abundancia, Bandy. Ya le he dicho que lo he empleado para guarecerme de la tormenta al volver de Nueva York. Asenté perfectamente en tierra mi cacharro en este mismo campo de golf un día en que mi motor falló.

EL piloto de las cejas y el bigote blancos planeó preparándose para aterrizar.

—¡Trace otro círculo! —le gritó Bandy—. Necesito ver algo más por encima la mesa puesta para el banquete. Desde que quisieron matarme en Phoenix, me parece que hay alguien empeñado en que yo no llegue a Nueva York. Además hay que tener en cuenta que no estamos tomando tierra en un aeropuerto regular.

Metió ambas manos en el interior de la carlinga y a poco las sacó empuñando algo que parecía un par de revólveres. Whitey, a la vista de las armas, no pudo ocultar un gesto de contrariedad.

Cuando se ocultó detrás de un hangar en el aeropuerto de Phoenix, donde hicieran alto para aprovisionarse de combustible y víveres, y disparó sobre Bandy, con el propósito deliberado de matarle, fue únicamente la suerte la que le libró de ser descubierto.

Le hubiera gustado saber si Bandy había sospechado la verdad.

Sin embargo, su rechoncho pasajero estaba en aquellos

momentos inclinado sobre el borde de la carlinga, interesado nada más que en las condiciones del terreno.

Bajo la luz de la luna, la llanura parecía una imagen refleja que cambiaba fugazmente de color.

El rabo del conejo se alejó presuroso del agujero en donde había estado ramoneando y desapareció en la primera depresión que halló, que resultó ser una de las trampas de arena que ocupaba uno de los componentes de la cuadrilla.

Ya allí, y por el olfato, descubrió la presencia del hombre.

La asociación del olor a escopeta, con el olor de perro, le llenó de terror y el asustadizo animal brincó de la trampa, siguiendo a la inversa el camino que le había llevado a ella.

Bandy observó todos los detalles del incidente, tanto más perceptible, cuanto que el conejo era como el centelleo de una mancha gris sobre el verde lujuriante del canalizo.

Bandy miró recelosamente la trampa de arena. Conocía el instinto de los animales salvajes, y cómo reaccionan ante el peligro.

Era indudable que algo en el hoyo de arena había asustado al conejo.

—Huye de algo que hay oculto en los agujeros de arena. ¡Vuelva atrás! —gritó, dominando el estruendo del motor.

El piloto obedeció. Ignoraba que sus colaboradores estuviesen ocultos allí.

Les había telegrafiado diciéndoles únicamente que aterrizaría con Bandy en el sexto agujero del campo de golf, modo de proceder sugerido por el deseo de Bandy de esquivar los aeropuertos comerciales.

Bandy apuntó uno de sus revólveres al hoyo de arena y disparó sobre él dos veces consecutivas.

Ninguna de las dos balas acertó al hombre que se hallaba oculto allí, pero el que se hallaba en la trampa más cercana creyó que había sido descubierto y, poniéndose en pie de un salto, apuntó a Bandy con su carabina.

Sus tiros pasaron por entre las alas del aeroplano.

Bandy soltó la voz en cuello y regocijado el grito salvaje de los *cow-boys*
:

—¡Yi-i-p, Powder River!

Estaba gozoso porque había descubierto a tiempo la trampa. Como en un aguafuerte vio a distancia, sobre el borde del hoyo, al hombre del rifle.

En el fondo de la carlinga, el piloto refunfuñaba por lo bajo, mientras daba a los mandos un movimiento convulsivo.

El aeroplano giró sobre sí mismo y un momento después volaba en posición invertida. El objeto de la maniobra era lanzar a Bandy a tierra; pero éste, dejando caer los dos revólveres, se asió desesperadamente a los bordes de la carlinga.

Sus dedos vigorosos se aferraron con éxito a aquel único agarradero que se les ofrecía, y se mantuvo a bordo. Pero había perdido las armas.

Los dos ocupantes del aeroplano llevaban paracaídas.

Bandy había venido usando el suyo hasta entonces como almohadón, pero al girar el aeroplano había caído a tierra sin que el hombre pudiera recogerlo.

Con un esfuerzo sobrehumano, que le causó un agudo dolor en los brazos, consiguió girar sobre sí mismo hacia arriba, dentro de la invertida carlinga, hasta que pudo coger el cinturón de seguridad.

El rostro del piloto reflejaba la desesperación. Había palidecido hasta casi igualar su piel al color de las cejas y el bigote.

Hubiera deseado ardientemente estar en posesión de su revólver, que ocultó después de disparar en Phoenix contra Bandy, ante el temor de que éste pudiera verlo y llegar a sospechar la verdad.

El aparato cedía en su vuelo y estaba a punto de chocar con la tierra, aunque el piloto no parecía darse cuenta de ello.

—¡Eh… vamos a estrellarnos! —aulló Bandy.

Whitey vio el peligro. Luchó denodadamente con los mandos y con sólo el espacio indispensable para maniobrar consiguió dar al aparato su posición normal.

Inclinóse Bandy hacia su interlocutor y puso uno de sus fuertes puños bajo las narices del piloto.

—¡Luego usted está de acuerdo con esos lagartos de ahí abajo! ¡Apostaría cualquier cosa a que fue usted quien disparó sobre mí en Phoenix!

Una mirada feroz fue la respuesta del conductor del aeroplano.

Iba recobrando el dominio de sus nervios, porque se decía a sí mismo que Bandy estaba desarmado. Además, el perdido paracaídas le sugirió una idea.

Echándose hacia atrás en la carlinga, como si temiese algo, el piloto se introdujo en el atelaje de su propio paracaídas.

Luego se puso en pie bruscamente e inclinándose sobre el vacío fuera del alcance de Bandy, se preparó para dar un salto.

—¡Suba a una de las alas y manténgase allí o de lo contrario saltaré yo! —ordenó imperiosamente.

Bandy vaciló unos instantes y se agazapó en el hueco de su asiento.

Comprendió que estaba derrotado. No podía manejar el aparato.

—¡Usted gana! —murmuró.

—¡Suba al ala! —repitió, dominando el estruendo del motor. Obedeció Bandy. La maniobra peligrosa de encaramarse y agarrarse a un tirante de alambre no le costó grandes trabajos, pues era un hombre dotado de gran vigor.

Vigilaba atentamente al aviador. En un instante en que su compañero distrajo su atención para dirigir el aparato hacia el campo de golf, Bandy introdujo los dedos bajo la camisa y maniobró diestramente para soltar la hebilla del cinturón de gamuza de que era portador.

Un simple tirón bastaría ahora para sacarlo. Volvióse de espaldas al piloto.

Sacó de un bolsillo de su chaqueta un sobre y un trocito de lápiz. La fuerza del aire estuvo a punto de arrancar de sus manos el sobre; sujetándolo con fuerza contra el pecho, se las arregló para garrapatear sobre él estas palabras:

QUINIENTOS DÓLARES DE GRATIFICACIÓN A QUIEN ENTREGUE ESTE CINTURÓN A DOC SAVAGE

Miró disimuladamente por encima del hombro. El piloto, en apariencia al menos, no había observado su maniobra.

Estaba inclinado sobre la borda atento únicamente a la difícil tarea de hacer un buen aterrizaje a la luz de la luna.

Doblando el sobre, Bandy lo introdujo en una de las carteras de su cinto.

Iba debilitándose el ruido del motor, haciéndose casi imperceptibles sus explosiones, que apenas si eran las indispensables para mantenerse en el aire.

El aeroplano flotaba a menos de cien pies sobre el campo de golf.

Circundaba éste un sendero embaldosado, bastante estrecho y que parecía ser muy frecuentado. En el preciso instante en que el avión pasó por encima, Bandy dejó caer su cinturón.

Miró ávidamente al piloto y dejó escapar un suspiro de alivio. Como se hallaba envuelto en una sombra parcial, sus furtivos movimientos parecían haber escapado a la percepción del bandido.

El cinto de gamuza fue a caer a pocos pies del caminito. Bandy se mordió los labios con furia. Quería que hubiese caído en el enlosado.

Sin embargo, donde cayera también podía ser visto con relativa facilidad.

La nota prometiendo una recompensa de quinientos dólares, aseguraría la entrega del cinturón al individuo a cuyas manos quería Bandy que llegase.

De pronto frunció el ceño acometido por la duda. En el caso de encontrarlo, ¿sería capaz el hallador de encontrar a su vez a Doc Savage?

La duda le pareció poco probable.

Doc Savage, el hombre cuya asombrosa reputación había llegado hasta la desierta tierra de Arizona, debía ser de sobras conocido en Nueva York.

II
El truco de la muerte



El piloto hizo picar al aparato, una maniobra impresionante que podía ocasionarle la rotura del timón, para aminorar la fuerza del aire.

El avión pasó rozando un montecillo verde y a poco las dos ruedas y la cola resbalaron en un perfecto aterrizaje.

Impulsado aún por la velocidad adquirida, el aparato bordeó el canalizo.

Bandy se sintió volver a la vida. Se hallaba en su elemento: la tierra. Pensó primero en saltar de su refugio y emprender una carrera loca para ocultarse, pero desechó la idea por demasiado arriesgada.

Los asesinos dispararían sobre él.

Guardando el equilibrio admirablemente, corrió a lo largo del ala y de un brinco prodigioso fue a posarse sobre la espalda de Whitey, que se hallaba en la carlinga de control del aeroplano.

—¿Conque me habías tendido un lazo, eh? —silbó entre dientes a tiempo que lanzaba un puñetazo por entre los brazos del piloto puesto en pie a la defensiva.

El golpe dio ruidosamente contra la sien de su enemigo, que lanzó un gemido de dolor.

La angustia hizo que sus ojos se desorbitasen, y se llevó ambas manos al cuello en un ademán de protección.

Bandy se arrojó sobre él golpeándole con furia y Whitey empezó a temblar manoteando como el hombre que está al borde del
knok-out

.

En aquel momento pasó rozando la cabeza de Bandy una bala de uno de los
30-30
con un sonido semejante al de una cuerda de guitarra que se quiebra.

Los cinco emboscados corrían hacia el avión.

Bandy cogió entre sus brazos el inerte cuerpo de Whitey y lo arrojó fuera del aparato.

Sabía cuál era la palanca que aceleraría el motor y la abrió de par en par.

La maniobra dio sus resultados.

Seguían chocando las balas contra el fuselaje. Bandy se zambulló en el interior de la carlinga, que apenas si le ofrecía un mediano abrigo, pero una de las balas fue a estrellarse en el parabrisas y los trozos de cristal le cortaron la cara.

EL avión dio un brinco como una cabra y Bandy se apresuró a cerrar la palanca, pues en modo alguno quería abandonar la tierra. El aeroplano se desvió hacia un lado obedeciendo a su impetuoso mandato y Bandy vio alzarse ante él varios árboles.

Instintivamente se tapó la cara con las manos.

Iba a producirse el choque de un momento a otro. Giró el avión sobre sí mismo.

Una de las alas había chocado con un árbol y el pájaro de hierro, hincando el pico perezosamente, desenterró una nube de hierba y tierra negruzca.

Se oyó un último ronquido de agonía, crujió agriamente el armazón y un momento después el aparato quedó inmóvil para siempre, con las ruedas hacia arriba.

Bandy salió violentamente despedido de la carlinga. No tenía heridas de importancia.

Más de una vez un potro salvaje apeándole por las orejas le había dado peores sacudidas. Se levantó apresuradamente y echó a correr.

Los árboles iban espesándose en el bosquecillo en que se refugiara y las balas rasparon la corteza de algunos de ellos silbando entre las ramas una canción harto desagradable.

Las voces de sus perseguidores llegaron distintamente a sus oídos:

—¡Corred, gandules! ¡No podemos dejar que se nos escape así ese hombre!

Bandy bisbiseó sorprendido: —¡Hum!… ¡Ese bergante es Buttons Zortell!

¡Estaba trabajando allí como simple ajustador hace dos semanas!

Un tropezón dado contra un árbol cortó en seco sus rememoraciones.

Siguió corriendo, pero con mayores precauciones y procurando no hacer ruido alguno, aunque era demasiado perniabierto; carecía de la agilidad necesaria para aquellos trotes, y tropezaba a cada paso ruidosamente en los arbustos.

De pronto se alzó ante él una cerca de alambre trenzado del que sobresalían agudas puntas. Cayó sobre uno de los hilos y se dejó entre las púas un jirón de su chaqueta.

Ante sus ojos medio cerrados vio aparecer en un terreno de pasturaje un cobertizo rústico.

Aquello le pareció un refugio seguro, de momento al menos, y el patituerto hombrecillo corrió desesperadamente a campo abierto unas cien o ciento cincuenta yardas.

Una bala vino a surcar la hierba en un gran trecho y el estampido de las detonaciones sonaba de una manera estruendosa a sus espaldas.

Bandy siguió corriendo cabeceando alternativamente a derecha e izquierda, presentando de este modo un difícil blanco. Por fin llegó al cobertizo y pegado a la pared de éste empezó a andar en cuclillas buscando una abertura.

De pronto llegó a sus oídos un furioso pataleo, mezclado con los resoplidos inconfundibles de varios animales.

—¡Caballos! —exclamó con júbilo y, habiendo llegado a la puerta, se precipitó por ella como un loco.

El cobertizo, que no era otra cosa que un establo, contenía varios caballos.

Estaban ensillados y eran zanquilargos y garbosos.

Bandy se precipitó al ronzal del caballo más cercano. Una simple torsión deshizo el nudo que le sujetaba al pesebre.

Montó diestramente y se dispuso a emprender de nuevo la huida.

Cuatro ronzales colgaban de una estanquilla junto a la puerta. Bandy los agarró al paso y saliendo al exterior se lanzó al galope.

A pocos metros de distancia se alzaba una valla de piedra. Bandy taloneó furiosamente al animal preparándolo para el salto que aquél salvó con limpieza. Una nueva descarga de los rifles tableteó cerca del fugitivo.

Buttons y sus hombres habían rodeado el cobertizo.

Sin detenerse a montar los caballos, siguieron corriendo tras de su presa.

EL hombrecillo rechoncho se halló galopando a través de un campo de avena. El grano amarilleando en sazón subía hasta sus piernas colgantes.

Hacia el medio del campo corría una pequeña barranca y en ella crecían diseminados varios árboles. Las balas rasgaban su follaje.

A unos cuantos pies de distancia del abrigo de los árboles, Bandy se dejó caer hacia un lado del caballo fingiendo estar herido.

Guió al animal hacia el bosquecillo y una vez que estuvo resguardado por él y sin temor a ser visto por sus perseguidores, trabajó con gran actividad.

Con la cuerda de los cuatro ronzales que se apoderó al salir del establo, hizo una especie de collar en torno al cuello de su montura y partiendo de éste dejó dos cabos largos a cuyos extremos sujetó su chaqueta destrozada formando una galga.

Se sentó sobre ella y hostigó al animal. El caballo galopó a lo largo del campo de avena llevándole a rastras.

Era un viejo truco de los indios el que estaba empleando Bandy en aquellos momentos. Agachado cuanto le fue posible sobre la galga, mantuvo la cabeza bajo el nivel de la avena.

Buttons Zortell sorprendió la escena del caballo galopando sin jinete. A la luz vacilante de la luna le fue imposible descubrir la collarada puesta del animal.

—¡Le hemos dado en el ala! —aulló jubilosamente—. ¡Ha caído del penco! ¡Afilad la vista, muchachos! Probablemente estará tumbado en el fondo de esa zanja.

Los cinco hombres empezaron a registrar esperanzados la

hondonada.

Cuando al fin el caballo galopante se detuvo ante una cerca de piedra, Bandy abandonó su improvisado trineo. No sin desollarse las manos consiguió trasponer la cerca. Trazando un amplio círculo volvió sobre sus pasos hasta el sendero embaldosado cerca del cual arrojara su cinturón.

Recuperado éste, se apartó del sendero, corriendo con cuanta rapidez le era posible.

—¡Y ahora —iba diciéndose— a ver si logro entrar en contacto con ese Doc Savage!

Buttons Zortell, incapaz de dar con el rastro de su presa, maldecía a sus hombres, a él mismo, a la luz de la luna y a cuanto acudía a su memoria.

El animal, abandonado por su jinete y asustado por los alaridos de los perseguidores, seguía galopando por el campo de avena.

Súbitamente descubrió Buttons la collarada formada por los ronzales y las dos cuerdas arrastrando detrás del animal.

AL verlo soltó un alarido de rabia semejante al aullido de un coyote.

—¡Ese condenado enano patituerto nos ha estado tomando el pelo!

—¡Ya le dije a usted que era un mal bicho! —gruñó uno de los hombres.

—¡Todavía no estamos vencidos! ¡A ver si podemos encontrarlo!

Procedieron sobre la marcha a una intensa rebusca. Hallaron, si, el sitio en donde Bandy había abandonado su «carruaje» improvisado… ¡pero eso fue todo!

—¡Vamos! —ordenó Buttons—. Tengo otro plan y vamos a ponerlo en práctica desde este mismo instante. Algo puede considerarse como seguro después de esta caza…

—¿Y qué hacemos de mi avión? —murmuró Whitey, inquieto—. Pueden hallarlo fácilmente y los números de la matrícula bastarán para identificarlo.

Buttons no tardó en hallar la solución a este problema.

—¡Lo quemaremos!

Hallaron el desvencijado aparato empapado ya en la gasolina que había ido filtrándose por una enorme grieta abierta en el

tanque.

Una cerilla encendida arrojada desde una distancia prudente, bastó para convertirlo en una hoguera gigantesca.

Los seis hombres corrieron hacia un automóvil que tenían oculto en un cobertizo cerca del club de golf.

Hasta que el coche no estuvo lejos del campo, la cuadrilla entera permaneció en silencio.

—¿Dónde vamos, Buttons? —preguntó uno al fin.

—Bandy intenta aproximarse a un hombre llamado Doc Savage. Nos adelantaremos a él.

—¡Truenos! ¿Cómo lo has sabido?

—El gran patrón me lo dijo antes de salir de Arizona. Yo y él escuchamos por la rendija de una choza de troncos, cuando Bandy estaba recibiendo órdenes. A Bandy le enviaban al Este para solicitar la ayuda de Doc Savage, y lleva para él una carta y un fajo de papeles en su cinto. Tenemos que apoderarnos de Bandy y de su cinto antes de que vea a Doc Savage.

—¿Cómo?

—¡Yo os lo explicaré!…El rayo de luz de los faros flameaba incesantemente delante del coche. Los insectos nocturnos parecían a la vista diminutos papelillos agitándose en el blanco resplandor.

Uno de los hombres preguntó: —¿Quién es ese Doc Savage?

—Te diré todo lo que sé acerca de él —contestó Buttons, ceñudo —. El patrón no lo ha visto jamás y, sin embargo, se asusta al solo nombre de ese sujeto.

—¡El patrón… asustado! —bufó incrédulamente el preguntón—. ¡Con una organización como la que tiene el amo, no debe asustarse de nadie!

—¡Pues lo está! Hasta el punto de concentrar toda su atención a impedir que Doc Savage llegue a mezclarse en sus negocios.

Buttons, que era quien conducía, tomó en aquel momento un viraje muy pronunciado, lo que hizo que se cortase la conversación.

—No sé por qué le reprocho eso al patrón. Yo mismo, cuando llegamos a Nueva York, me apresuré a adquirir unos periódicos y en ellos encontré informes sobre ese Doc Savage. ¡Y pienso que son bastante completos! AL principio creí que me estaban tomando el pelo. Pero compré otros y decían exactamente lo mismo.

—Aún ahora me pregunto si los periódicos no se burlaban de mí —continuó—. Un hombre no puede ser todo lo que dicen que es Doc Savage. Según ellos, es el más grande cirujano del mundo, así como el ingeniero más notable, el mayor químico y el más experto electricista. ¡Demonio! ¡De hacerles caso a ellos nadie puede hacer nada mejor que él! Y yo os pregunto ahora: ¿No será todo esto un cuento chino?

Los oyentes parpadeaban y cambiaron entre sí miradas de estupor. No sabían qué pensar.

—Conseguí conocer la historia de la vida de Doc Savage. Su papaíto lo educó desde la niñez para hacer de él un superhombre. La idea del viejo era ajustara Doc para lo que los periódicos llaman un «*goal in life*». Yo infiero que la meta de ese hombre es husmear la caza y huronear en los negocios de los demás. Si un hombre se encuentra en un aprieto, puede recurrir a él, en la seguridad que le ayudará sin admitir proposiciones de pago.

—Doc Savage tiene cinco amigos, que trabajan con él. Son todos ellos especialistas en varios ramos. Uno es químico; otro, ingeniero; otro, electricista; otro, arqueólogo, y el último, un picapleitos. Me enteré de sus nombres, de que se parecen mucho y sé dónde viven. Los mismos informes he conseguido sobre ese Savage.

—Sabiendo todo lo que a ellos se refiere, sabremos defendernos.

—Desde luego. Eso está ya resuelto. Tendremos que ir contra la cuadrilla entera, si Bandy Stevens logra llegar hasta ellos. Compré un periódico atrasado y recorté de él sus retratos.

Buttons, que conducía el coche, esperó a hallarse en un trozo largo de carretera en línea recta para sacar de uno de los bolsillos interiores de su americana un recorte de periódico que alargó a los otros.

El recorte en cuestión era reproducción de un grupo de seis encopetados personajes ataviados con frac y sombrero de copa.

Buttons señaló con el dedo al tipo más notable del grupo y dijo:

—Éste es Doc Savage.

Sus compañeros clavaron los ojos en él. Experimentaron una profunda impresión al comprobar que aquél de quien estaban hablando no podía ser considerado como un personaje vulgar.

Aunque el vago tinte del grabado disimulaba un tanto su aspecto

imponente de energía y poder, no por eso dejaba de ser digna de admiración la gigantesca figura de Doc Savage.

—¡Este hombre no quiere a su lado nadie superior a él! —murmuró uno.

—¡Mira a los que están con él! —balbuceó otro—. ¡El que está más cerca de su patrón, es tan terrible como él! ¡Pues, y el tipo ése de gorila! ¡Figuraos lo que sería una reunión de estos tipos en un cañón oscuro!

Los hombres parecían un tanto atónitos y movían sus manos nerviosamente.

—¡Por los cuernos del diablo! —dijo uno de ellos con manifiesta inquietud.

—¡Esa gente no es vulgar!

Buttons rió demasiado ruidosamente para que su risa fuera sincera:

—¡Con esa propaganda vais a dejar que esos tipos os hagan correr como cabras!

Poco más hablaron después de estas palabras. EL coche había entrado en Nueva York y el guiarlo por sus calles, cosa a que no estaba acostumbrado, requería toda la atención de Buttons.

Debido a lo avanzado de la hora el tráfico era entonces escaso.

Llegados a Broadway, Buttons siguió a lo largo de esta vía. Se detuvieron ante un destartalado hotel, donde él y sus hombres habían encargado habitaciones.

Buttons entró en aquélla hospedería, que más tenía el aspecto de una posada, y reapareció pocos minutos después llevando una especie de
caja-baúl
, como las que usan los marineros para guardar sus enseres.

En uno de los extremos del baúl podía verse una abertura cerrada por un enrejado metálico. A través de ella se oían rascaduras y gruñidos.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó uno de la pandilla—. Me gustaría saber para qué lo traes y…

—¡Espérate y te lo diré! —le interrumpió Buttons.

Miró en torno para cerciorarse de que no había cerca ningún importuno, e inclinándose luego, murmuró en voz queda:

—¡El gran patrón sabía que podíamos tener necesidad de hacer algo en silencio y por eso, antes de que partiéramos para el Este, me dio un instrumento para que trabajáramos con él!

—¿Qué quieres decir?

Buttons le miró de soslayo con suficiencia, y golpeó con la mano en la caja de donde provenía el ruido.

—Ésta es una de las pocas cosas que me entregó el viejo. ¡Lo que hay en este baúl dejará a Bandy Stevens sin saliva en menos que canta un gallo!

—Hará el trabajo por sí solo si antes no tenemos nosotros la suerte de atrapar a ese macaco.

Ya en el coche, Buttons lo condujo ciudad abajo. Lo dirigió hacia uno de los rascacielos más altos de Nueva York, una construcción monumental, en cuyo piso 86 estaba instalado lo que pudiéramos llamar el cuartel general de Doc Savage.

III
Colmillos



Una cosa distingue a Nueva York de las demás ciudades del mundo: el número y la elevación de sus edificios destinados a oficinas. Indudablemente puede alardear de sus rascacielos sin miedo a contradicción.

Y pocos de los rascacielos podían jactarse tanto como la monumental construcción en cuyo interior había instalado Doc Savage sus oficinas, biblioteca y laboratorio.

El rascacielos se elevaba a una altura de cerca de cien pisos. En la parte externa, la arquitectura era rigurosamente plana, de un gusto modernista.

Al llegar Bandy Stevens ante aquella mole, sacó la cabeza por la ventanilla del taxi y la contempló no sin cierto temor.

Llegado a las afueras de la gran urbe, Bandy se había detenido en una parada y esperó el paso de un coche de alquiler que le condujo al interior de la ciudad.

A horas tan avanzadas de la noche, no había, como de costumbre a otras horas, aglomeración alguna de coches frente al edificio. Sólo pudo ver, sentado en la acera junto a la puerta de entrada del inmueble, a un individuo andrajoso, que aparecía en posición encorvada y cuyo rostro desaparecía casi tras enormes gafas negras.

Llevaba bajo el brazo un fajo de periódicos que parecía vender. Un pequeño *bulldog*, echado a su lado, apoyaba la cabeza entre las zarpas, como si estuviese dormitando.

Miró Bandy hacia la fachada del rascacielos y comprobó que

varias de sus ventanas estaban iluminadas.

Pensó que aquello significaba, simplemente, que alguien trabajaba a deshoras y que el conserje debía estar en su puesto.

Tenía escasas esperanzas de hallar Doc Savage en su oficina a aquellas horas de la noche, pero esperaba al menos encontrar a alguien que le dijera dónde podía hallarle con seguridad.

Aquéllas eran las únicas señas que poseía del hombre a quien venía buscando desde tan lejos.

El taxi giró lentamente hacia una parada, antes de llegar frente a la gran torre de acero y albañilería.

EL conductor no era lo bastante cortés para tornarse el trabajo de abrirle la portezuela a su cliente.

Aquel chófer era un hombre de rudo aspecto. Su cuello parecía un tronco delgado a cuyo extremo se encaramaba la cabeza como un fruto arrugado.

—¡Cinco dólares! —gruñó, medio volviéndose hacia el parroquiano.

La cifra era elevada en exceso, pero Bandy no trató de discutirla. Sacó un fajo de billetes, lo cual hizo encandilar los ojos del conductor, y le alargó uno a éste.

El chófer se lo guardó con presteza y sin hacer ademán de devolver el cambio.

EL vendedor de periódicos, que continuaba sentado en la acera, alzó la cabeza y examinó al recién llegado. Una de sus manos descansaba sobre el cuello del perro.

Nada sospechoso podía descubrirse en aquella acción. Tal vez estaba durmiendo y lo despertó el ruido de pasos.

Sin asomo de inquietud alguna, Bandy se dirigió hacia le entrada del rascacielos.

Entonces, el vendedor de periódicos, dio un empujón a su perro en dirección a Bandy, y lo soltó. El can corrió hacia el hombrecillo patituerto.

Tenía las quijadas distendidas y sus afilados colmillos relucían en la oscuridad. Había algo horrible, mortal, en aquella embestida de la fiera.

Bandy trató de forzar el paso, pero sospechó que sería mordido indefectiblemente antes de conseguir verse fuera de peligro.

Por segunda vez en aquella noche salvó a Bandy la agudeza de su vista.

En el reluciente metal bruñido de la puerta vio en reflejo la brusca acometida del *bulldog*.

En una ágil arrancada logró alcanzar la puerta abierta de par en par.

Precipitóse por ella en el portal y los dientes del perro, al cerrarse con violencia, erraron el golpe.

El resbaladizo pavimento de mosaico acabó de salvarle de las garras de la fiera y patinó sobre él hasta llegar al corredor, procurando desesperadamente esquivar una segunda acometida.

El animal, furioso al ver que se le escapaba, se lanzó como una tromba en el pasillo y Bandy, con la misma celeridad, cerró la puerta tras él, dejándolo encerrado.

Miró entonces hacia donde se hallaba el vendedor de periódicos y pudo ver que se había puesto en pie y que hurgaba precipitadamente en los bolsillos de su chaqueta, como si tratase de sacar un arma.

Bandy ahogó un grito de sorpresa. ¡Aquel hombre era Buttons Zortell!

AL otro lado de la calle vio que dos de los secuaces de Buttons salían corriendo de un callejón oscuro.

Bandy seguía desarmado. Su situación no podía, pues, ser más crítica.

Ante sí tenía expeditas dos vías de huida. Meterse en el pasillo y atravesarlo, haciendo frente a las salvajes acometidas del perro, lo que entrañaba un peligro mortal, o refugiarse de nuevo en el taxi que le había llevado hasta allí y que aún continuaba estacionado a pocos metros de distancia.

Optó por este segundo medio de fuga y como una centella traspuso la puerta y se arrojó dentro del vehículo.

—¡Tire deprisa! ¡Lejos de aquí! —gritó.

El chófer obedeció. No había desembragado aún y el motor estaba a punto.

Pisó el acelerador y el coche salió disparado.

Los dos hombres que habían aparecido al otro lado de la anchurosa vía apuntaron al coche prontos a disparar.

—¡No tiréis! —rugió Buttons Zortell.

No quería llamar la atención en la ciudad. Él y sus hombres eran extranjeros y les sería poco menos que imposible el burlar a la policía.

El taxi corrió hasta más allá del primer cruce de calles. Bandy miró hacia atrás y pudo ver que a un lado de la calle, junto a la acera, se había estacionado un coche particular.

Buttons Zortell y sus hombres corrieron hacia él y se precipitaron en su interior. Buttons llevaba el *bulldog* debajo del brazo.

—¡Acelere! —gritó Bandy a su chofer—. ¡Nos persiguen!

El conductor gruñó por encima del hombro.

—Si seguimos corriendo de este modo, contra todas las ordenanzas, voy a ir de cabeza a la…

—¡Esos hombres se ríen de las leyes! ¡Tuerza al extremo de ese surtidor de gasolina! ¡A toda marcha!

EL coche dobló la esquina trazando un arco de círculo tan rápido que hizo humear los neumáticos sobre el asfalto y se lanzó volando a través de la ciudad.

Aún hizo otro viraje semejante pasando por delante de un policía, que se precipitó al verlo hacia el teléfono de alarma más próximo.

Bandy descubrió que el coche de Buttons Zortell se había lanzado con furia sobre el rastro.

—¡Si continuamos a esta velocidad —se lamentó el chófer de Bandy—, pronto tendremos detrás todos los coches patrulla de la policía!

Bandy meditó unos segundos. De buena gana hubiese llamado él mismo a la policía, de no existir la probabilidad de que ésta quisiera también registrarle.

—¿Cuál es el sitio más concurrido de la ciudad? —preguntó.

—La calle 42, con toda seguridad, y el Broadway, tal vez.

—¡Haremos eso! ¡Le daré cien dólares si va usted a encontrarme allí dentro de una hora! ¿Acepta?

—¿Cien ¡ojos de buey!? ¡Le encontraré! ¡Por esa cantidad encontraría al mismísimo diablo!

Bandy se despojó apresuradamente de su cinto, que escondió en

la parte posterior debajo de la almohadilla del asiento.

—Déjeme en tierra al volver esa esquina —ordenó—. Me será más fácil hacerles perder mi pista si voy a pie.

El chófer se detuvo, doblada la esquina, en la primera parada, y Bandy saltó al suelo.

—¡No olvide encontrarme dentro de una hora, amigo!

Tomó nota mentalmente del número y nombre de la licencia del coche que acababa de dejar y luego echó a correr hasta la próxima esquina.

Un hueco oscuro como boca de lobo se abría ante él; de un salto se metió en aquel agujero, que resultó ser la entrada de una estación del Metro, la primera que viera en su vida.

Casi rodó las escaleras. En el andén se veía aún una ristra de coches. Las portezuelas estaban ya cerradas y el convoy empezaba a moverse.

Bandy saltó por encima de los torniquetes de entrada al andén, sin molestarse a tomar billete. La mayor parte de las ventanillas del metro, estaban abiertas. Bandy se encaramó a una de ellas y saltó al interior de un coche.

En el mismo instante el convoy se hundía en un túnel como un monstruo rugiente.

Bandy sonrióse burlón y se secó el sudor que inundaba su frente.

—¡Hum! —murmuró para sí—. ¡Si llego a saber esto me hubiera traído el cinto!

A través del ruido del tren, se imaginaba oír las vociferaciones coléricas de sus perseguidores al llegar al andén y ver que se les escapaba su presa para siempre.

Y una sonrisa burlona, ahora mucho más amplia, distendió su cara rechoncha, al pensar en su desencanto.

Allá atrás, en la estación del Metro, efectivamente, Buttons Zortell soltó una interjección intraducible al ver desaparecer en las negruras insondables del túnel el farol de tope del Convoy.

Él y sus hombres habían llegado con unos veinte segundos de retraso.

—¡Se fue el condenado enano! —aulló Buttons, fuera de sí—. ¡Maldición! ¿Y tan seguro que creí tenerle cuando azucé el perro contra él?

Comprendiendo que cuantos había en el andén les miraban de una manera sospechosa, él y sus hombres volvieron apresuradamente a la calle.

Una vez allí celebraron un desasosegado conciliábulo.

El *bulldog* saltó del coche en que les aguardaba Whitey y trató de escapar.

Los compañeros de Buttons se apartaron de él como si se tratase de una serpiente de cascabel.

Buttons logró capturar al animal con grandes precauciones y, de entre los dientes del perro, sacó una plancha metálica erizada de púas.

Éstas estaban ingeniosamente construidas y cada púa contenía una pequeña aguja hipodérmica.

De haber mordido el dogo a Bandy Stevens, la presión de sus mandíbulas hubiese obligado a penetrar en las heridas el contenido de aquellas jeringuillas minúsculas.

—¡Hay aquí veneno suficiente para tumbar al más templado antes de que vosotros pudieseis mover un dedo! —murmuró el rufián de las cicatrices, colocando cuidadosamente el mortífero mecanismo en una cajita de metal y guardándose éste en un bolsillo.

—¡*Pardiez*! —admitió uno de los hombres—. ¡Pero esta vez no nos ha servido de nada!

El taxi en que Bandy había llegado hasta la estación del Metro aún permanecía junto al bordillo de la acera.

El chófer del cuello de cigüeña se inclinó por fuera del *baquet* y llamó:

—¡Eh… vosotros… muchachos!

—¡No le hagáis caso! —gruñó Buttons, receloso.

—Venid aquí, muchachos —insistió el trotacalles, dulcificando algo sus palabras—, que tengo que deciros algo que os interesa. Creo que por ambas partes podemos hacer algo de provecho.

Buttons Zortell vaciló un segundo.

—Tal vez quiera ese tipo exigirnos algo por cerrar el pico… ¡Pero voy a meterle el resuello en el cuerpo!…

Y acercándose al taxi aulló dando a su rostro el aspecto más feroz:

—¿Qué tripa se le ha roto, animal?

El interpelado miró de arriba abajo al corpulento hombre del Oeste.

—¿No iban ustedes detrás de esas pocas cosas que yo llevaba a bordo?

—¿Y quién le ha dicho que perseguíamos…? —gritó Buttons.

—¡Calma, calma… que no va usted a conseguir nada con sulfurarse! —rió el chofer—. Yo he creído que podría ayudarles…

—Empieza usted a interesarme, camarada —murmuró Buttons, en un tono que se hizo de repente suave y meloso.

Había descubierto algo en aquel pirata del volante.

—¿Cuánto vale el darle ocasión de encontrar al tío ése que viajaba en mi coche?

—¿Diez dólares? —dijo Buttons, cauteloso.

—¡Bah! ¡Esa miseria!… ¡Quiero quinientos!

Buttons hizo ademán de echar mano al revólver, pero reflexionó a tiempo.

Después de todo, mejor era evitar toda violencia en una ciudad extraña.

Además, no era dinero particular el que estaba gastando y bien podría cargar aquella suma a los gastos de la expedición, explicando cómo y en qué forma la había invertido.

—¡Acepto! —gruñó, sacando una bien provista cartera.

Su interlocutor contó escrupulosamente la suma estipulada y, al convencerse de que la cuenta estaba exacta, entregó a Buttons el cinturón que pusiera Bandy bajo el asiento del coche.

Le vio ocultarlo y lo registró detenidamente esperando hallar en él dinero.

Sólo contenía dos sobres, uno grande y de un color tostado y otro pequeño y blanco. Abrió Buttons el grande y murmuró descontento:

—¡Sólo mapas y planos y papeles inútiles!…

El sobre pequeño contenía una carta. El gigantón de las cicatrices la leyó de cabo a rabo y durante su lectura se dibujaron en su rostro deforme varias muecas que denunciaban una íntima satisfacción.

—¡Es una ganga que hayamos atrapado esto! —dijo a sus

secuaces agrupados a su alrededor.

—Yo debía ganar otros cien dólares por entregar esto al granujilla ese dentro de una hora —se lamentó el taxista—. ¿No hay algún modo de hacer un juego doble?

Buttons, tras unas muecas significativas, se dio un manotazo en la rodilla.

—¡Me has dado una idea, hombre! —exclamó gozoso—. ¡No sólo puedes verte con tu sujeto, sino que yo te daré otros cien dólares al acabar este negocio!

¡Desde este momento quedas a mis órdenes!

—¡Al pelo! —silbó el pirata de la calle, pintándose en su rostro perverso la codicia.

—Lo que necesitamos ante todo —murmuró uno de los bandidos— es evitar, con algunas probabilidades de éxito, que Bandy llegue hasta ese Doc Savage…

—Tranquilízate —cortó en seco Buttons—. Tengo una idea para acabar de una vez con Bandy y esta vez no se nos escapará. Os lo aseguro.

El chófer miró fijamente a Buttons y la inquietud más intensa había reemplazado a la codicia en sus facciones.

—¿He oído que decía usted algo de Doc Savage? —preguntó un poco tembloroso.

—Sí.

—¡Entonces no cuente usted conmigo para eso!

—¿Eh? —refunfuñó Buttons—. ¿Qué estás mascullando?

—¡Que no quiero absolutamente nada con ese sujeto bronceado!

—¿Sujeto bronceado? —balbuceó, sorprendido, el bandido.

—¿No ha visto usted nunca a Doc Savage? —preguntó, incrédulo su interlocutor—. Es como una estatua viviente hecha de bronce. No me atrevería a ir contra ese hombre por todo el oro del mundo. Un compañero mío se atrevió una vez a enseñarle los dientes, ¡y desapareció de la escena! Estuve unos cuantos meses sin ver a mi amigo. Luego, cuando lo encontré hace un par de semanas… ¡era horrible! ¡Doc había hecho de aquel hombre un ente totalmente distinto! ¡No me reconoció… a mí… su compañero más antiguo! ¡No conoce ya ni a su propio padre, que es un gran tirador en el Este! ¡Les digo que me dio verdadera lástima al mirarle! Figúrese

que cuando le dije cómo podía colocarse en una ganga, que le permitiría meterse en el bolsillo unos cuantos dólares, me dio un empellón que a poco me tira y se alejó corriendo de mi lado. Les digo a ustedes que Doc Savage no es un ser humano. Indudablemente ha empleado algo de magia negra con mi compañero… ¡No quiero nada con él!

Buttons Zortell gruñó desdeñosamente. No obstante comprendió que aquellas historias sobrenaturales podían ejercer una influencia deplorable sobre sus hombres y no quería ver su valor disminuido por tales habladurías.

—¡A nosotros no nos corta el resuello ese Doc Savage de los infiernos! —fanfarroneó.

—Lo mismo decía mi compañero, y después…

—¡Truenos y rayos! Nosotros no vamos contra Doc Savage. Lo único que queremos es evitar que Bandy Stevens llegue hasta él.

—Repito que no cuente conmigo. No quiero molestar tampoco a un amigo de Doc Savage.

—Es que Bandy no es amigo de ese hombre —dijo Buttons, pacientemente—. Aún no conoce a Doc Savage, ni éste conoce a Bandy. ¡Qué lástima! ¡Te estás dejando perder doscientos dólares!

EL chófer se humedeció los resecos labios mientras luchaban la codicia y el miedo alternativamente en su interior.

—¿Me aseguran que no tendré que mezclarme en nada que se relaciones con ese hombre de bronce?

—¡Absolutamente!

—Entonces… les ayudaré —murmuró al fin, vencido por la avaricia.

Buttons irguió la cabeza triunfador y se volvió hacia sus ayudantes:

—¡Eh, vosotros, en marcha! Hay que trabajar de firme. He madurado un plan, que no sólo nos pondrá en posesión de ese maldito Bandy, sino que vamos a ponerlo en situación de no tener que preocuparnos en lo sucesivo de ese Doc Savage.

Los cinco granujas se agitaron inquietos.

Cinco minutos después atravesaban en su coche la ciudad hacia el Norte, llevando a sus espaldas al chofer.

IV
Roce que mata



La calle 42 y el Broadway habían demostrado ser el sitio de más movimiento que Bandy Stevens pudiera sospechar. Las calles eran muy anchas y, a despecho de lo avanzado de la hora, fluía por ellas en gran cantidad el tráfico ruidoso, abundante en mayoría, los taxímetros.

Había transcurrido la hora de plazo y aún quince minutos más, por lo que Bandy empezaba a estar inquieto.

—¿Por qué no conservaría el cinturón? —gruñía entre dientes—. No puedo presentarme ante Doc Savage sin los mapas, los papeles y la carta… ¡Y, sin embargo, tengo que verle!

Miraba ansiosamente cada taxi que pasaba. Su inspección tenía, invariablemente, un resultado desconcertante, porque el coche se detenía pensando que deseaba alquilarlo.

Bandy no estaba acostumbrado a los modos de ser de las grandes ciudades, y en aquella noche azarosa iban cayendo bastante bajo en su estimación. La vida allí se le antojaba un infierno.

De pronto, ¡al fin!, descubrió el vehículo que esperaba.

—¡Ven acá, granuja, bandido! ¡Creí que no acabarías de venir! ¡Ya era hora, holgazán! —llamó a grandes voces.

—Ya he pasado un par de veces sin verle —mintió el chofer del cuello interminable—. ¿Dónde está la «pasta»?

Bandy contó rápidamente un centenar de dólares en billetes pequeños y, tras la entrega, metió la mano bajo el asiento interior del coche.

El cinturón seguía donde él lo dejara. Lo registró rápidamente y

pudo convencerse con evidente satisfacción de que los dos sobres, el moreno y el blanco, estaban donde los guardara, y aparentemente intactos.

—¿Qué es eso? —preguntó el chófer, fingiendo admirablemente estar asombrado de ver aparecer el famoso cinturón en manos de su cliente.

—¿Y a usted qué le importa? —contestó Bandy—. Puede marcharse si quiere, puesto que estamos en paz.

Y se alejó tranquilamente.

El conductor, así que lo vio alejarse, saltó del asiento y fue directamente hasta un callejón situado a dos manzanas de distancia.

Buttons Zortell le estaba espetando.

—El enano patituerto no ha sospechado nada —murmuró el chofer—. Miró los sobres del cinto y pensó que estaban exactamente como los dejó. Ahora vengan los cien «ojos de buey» convenidos.

Buttons alargó su mano izquierda en la que se veía la cantidad estipulada en billetes y, en el momento en que el chofer iba a cogerlos con mano temblorosa, le asestó un formidable testarazo con su descomunal revólver que empuñaba en la mano derecha.

El hombre se derrumbó como una masa inerte y de las ventanas de su nariz brotó un chorro de sangre.

Durante los minutos de espera Buttons Zortell había estado madurando su plan. Había allí setecientos dólares que él podía embolsarse tranquilamente.

Era la clase de moneda que a Buttons le gustaba. Seiscientos irían a la cuenta de gastos y los otros cien serían la propina de sus hombres, que estaban en aquel momento en las proximidades y no sabrían nunca lo que había ocurrido. Buttons había tenido buen cuidado de alejarlos de allí.

Sus dedos ligeros registraron al caído, apoderándose de los codiciados billetes.

Al ver la inmovilidad del chofer, tomóle la muñeca entre sus dedos. El pulso no funcionaba. Se agachó a inspeccionarlo y comprobó que el golpe asestado con el revólver le había fracturado el cráneo.

—¡Muerto! —se atragantó Buttons, algo sorprendido.

Miró celosamente a un lado y otro de la calleja y suspiró con

alivio al ver que estaba desierta.

—¡Bien!… ¡Que descanse! ¡No es el primer «caballero» a quien le he sacado la saliva!

Y tras ese responso cínico, Buttons Zortell abandonó la calleja con paso ligero, pero no tan deprisa como para despertar sospechas.

Ya fuera de ella hizo rumbo hacia el Sur.

El rascacielos en donde estaba el rincón sagrado de Doc Savage, se hallaba situado a pocas manzanas de distancia y era hacia aquel edificio que se dirigía el asesino del chofer.

Cerca del edificio en forma de torre, encontró Buttons Zortell a uno de sus hombres.

—¿Se arregló el asunto? —preguntó el bandido, mirando fijamente a su jefe—. ¿Resultó difícil?

Buttons se hizo el desentendido y gruñó irritado:

—¿Qué hay de Bandy?

—Aún no ha comparecido.

—¿No? Realmente no ha tenido tiempo… Pero no faltará… ¡Ahí viene!

Los dos hombres se refugiaron apresuradamente en un portal. Desde allí podían ver perfectamente a Bandy, que avanzaba volviendo con frecuencia la cabeza para ver si le seguían, y que inspeccionó cuidadosamente los alrededores del rascacielos antes de penetrar en éste.

—¿Lo ha preparado todo como le dije? —preguntó Buttons a su *factotum*.

—¡Claro!

—¡Bien! ¡Bandy no tardará en estar hecho papilla para nosotros! —graznó ferozmente—. ¡Él… o Doc Savage… y quién sabe si ambos! ¡Nuestro plan acabará por dar cuenta de esa gentuza!

—Sin embargo… él puede ser lo bastante astuto para sospechar…

—¡Bah! ¡No hay ninguna probabilidad de que así suceda! ¡Ni pensarlo!

Ambos guardaron silencio al ver entrar a Bandy en el vestíbulo del gigantesco rascacielos. Bandy, ignorante de la atención concentrada de que era objeto, se dirigió en línea recta hacia uno de los ascensores que funcionaba durante toda la noche.

—Busco a un sujeto llamado Doc Savage —dijo al empleado de servicio—. ¿Puede indicarme dónde puedo hallarle?

Sonrió el preguntado al observar el simpático arrastrar de las palabras de Bandy. Olía a *cow-boy* a siete leguas.

—Mister Savage está en su oficina, según creo. Es en el piso 86.

El ascensor expreso dejó a Bandy en el piso indicado. No tuvo dificultad alguna para encontrar la puerta que buscaba.

En su liso entrepaño podían leerse claramente, en pequeñas letras de bronce coloreadas, este nombre: «DOC SAVAGE».

Vio el botón de un timbre a un lado de la puerta. Lo oprimió y dio un paso hacia atrás. Sin darse cuenta de lo que hacía, contuvo el aliento, preguntándose al mismo tiempo qué clase de hombre sería aquel famoso Doc Savage.

¡Estaba destinado a no saberlo jamás! Sus brazos empezaron a crisparse bruscamente y el movimiento se convirtió pronto en una sacudida furiosa.

Sus ojos se distendieron en un movimiento de agonía. Torciéronse sus labios dolorosamente y gritó en un alarido salvaje:

—¡Nate Raff! ¡Nate Raff!…

Las palabras repiquetearon un segundo en el largo corredor y al fin se ahogaron en su garganta.

Trató vanamente de vocear otra vez y sus mandíbulas se abrieron desmesuradamente en el espantoso esfuerzo.

Luego, girando lentamente sobre sí mismo, se desplomó con estrépito cuan largo era sobre el pavimento ricamente enlosado.

Sacudieron su cuerpo unos pocos espasmos y su silueta ridícula quedó floja e inmóvil.

¡Estaba muerto!

La puerta de la oficina de Doc Savage se abrió de par en par un instante después de expirar Bandy Stevens. EL hombre que apareció en su marco tenía una figura notable.

Sólo por su aspecto habría sobresalido ciertamente entre cualquier conjunto de hombres.

Era su estatura gigantesca, pero tan proporcionada, tan simétrica, que únicamente su relación con la puerta daba idea de su

tamaño. Cada una de sus líneas —los tendones metálicos de sus manos, la columnaria encordadura de su cabello— demostraba una gran energía física. Tenía aquel hombre los músculos gigantescos de un Sansón. El color de su piel era de un bronceado intenso.

Sus facciones podrían haber sido modeladas sobre metal por un hábil escultor, tan regulares eran. De bronce parecía también su cabello, un poco más oscuro que la piel.

Pero eran sus ojos, sobre todo, los que acaparaban la atención. Irradiaba de ellos un brillo hipnótico, una capacidad extraordinaria para inspirar miedo o respeto, dominación y órdenes.

Aun en reposo relucían con la fogosidad de un poder indomable. Sólo por su aspecto, aquel hombre de bronce cuya fama había llegado a los últimos rincones de la tierra, parecía ejercer una especie de fascinación. Doc Savage era un ser que, una vez visto, no se olvidaba jamás.

Su mirada recorrió rápidamente el corredor de un extremo a otro, dándose cuenta en el acto, no sólo de la presencia del cuerpo de Bandy Stevens, sino de que nadie más había en escena.

Súbitamente retrocedió hacia el interior de su vivienda. La rapidez con que se movía era asombrosa, pues apenas parecía haberse ido cuando ya estaba de vuelta, llevando en la mano un extraño aparato provisto de varios tubos llenos de productos químicos y de una especie de pulverizador.

El aparatito era lo suficientemente pequeño para adaptarse fácilmente en la amplia palma de la mano del hombre bronceado. Un instante manipuló con él.

El utensilio en cuestión indicaba instantáneamente la presencia de cualquier gas venenoso en el aire.

Convencido de que nada peligroso flotaba en la atmósfera, Doc Savage dejó a un lado el aparato. Se inclinó sobre el cadáver y aprisionó brevemente entre sus dedos una de las muñecas de Bandy.

Examinó a continuación y cuidadosamente aquellas manos inertes.

Terminado su examen, permaneció unos segundos como una estatua, concentrado en sí mismo.

Un ruido fantástico, profundo, llenaba el corredor. Era melodioso como un trino y tenía algo de silbido.

Era como el gorjeo de algún pájaro exótico de la selva virgen o la nota del viento filtrándose a través de una floresta helada.

Era melodioso y, sin embargo, no tenía un tono particular.

EL sonido provenía de Doc Savage; era algo que inconscientemente producía en momentos de intensa concentración.

Púsose en pie Doc Savage y avanzó un paso hacia el botón del timbre de la puerta de su oficina, inspeccionándolo cuidadosamente.

El hecho de que examinase directamente el botón del timbre, acentuaba el poder analítico de su mente, y su facultad para discernir en el menor espacio de tiempo la solución del más difícil misterio.

Por el examen del botón logró aclarar la causa del fallecimiento de Bandy Stevens.

EL trocito de marfil estaba bañado en un veneno tan potente, que bastaba una pequeña cantidad de él sobre la piel humana para provocar una muerte fulminante.

Doc Savage, terminada su inspección, volvió a su oficina. Estaba amueblada para una plácida molicie.

Contra una de las paredes veíase una gran caja de hierro y en el centro de la estancia una sólida mesa con ricas incrustaciones, sobre cuya superficie pulida rielaba la iluminación indirecta.

Junto a esta habitación había otra, tapizada con lujo, y cuyas paredes desaparecían tras numerosos estantes de libros.

Algunos pesados volúmenes reposaban en vitrinas especiales.

Doc cruzó aquélla inmensa librería para dirigirse a su laboratorio experimental.

Buscó unos instantes ante un verdadero bosque de soportes y cajas, que contenían complicados aparatos químicos y eléctricos, y cogió un trozo de paño, de un tejido especial y un recio jarro de vidrio.

Fue hasta la puerta de entrada y con el paño secó cuidadosamente el veneno depositado en el botón del timbre.

Terminada la operación humedeció ligeramente el paño en el jarro.

Trataba Doc de analizar la naturaleza del veneno, para lo cual al poner el paño en contacto con una solución química de su

invención, se disolvía aquél en ella, pronto para su análisis.

Un rápido registro en las ropas del fallecido Bandy Stevens, dio por resultado el hallazgo de su bien provista cartera y un reloj. La cartera llevaba grabado el nombre de Bandy.

No contenía ni tarjetas, no cartas para la identificación. Doc registró el cinturón de gamuza y halló en él dos sobres.

En ambos estaba escrito el nombre de Doc Savage. Por un momento pareció que iba a abrirlos, pero acabó por metérselos en el bolsillo. Se deslizó velozmente a lo largo del pasillo y llegó hasta el ascensor más remoto.

Oprimió un botón disimulado hábilmente y se abrieron las puertas del aparato.

Entró en la jaula de acero y ésta cayó como una roca que se desprende.

Era un ascensor particular, que funcionaba con extrema rapidez y producía muy poco ruido.

Conforme se acercaba al plano de la calle iban distinguiéndose cada vez con más intensidad unas esporádicas detonaciones. Hasta el piso 48, también llegaban muy débiles.

Doc las había oído y reconoció su naturaleza: pistoletazos.

Frenó el veloz ascensor al llegar a una parada y las puertas se abrieron silenciosamente. Doc lanzó una rápida mirada a unos grandes espejos adosados a las paredes de un lado a otro del pasillo.

Eran aquellos espejos parte de la modernísima decoración del inmueble, aun cuando en realidad habían sido colocados después de la llegada de Doc Savage a la casa.

Estaban dispuestos de tal modo, que desde el interior de la jaula del ascensor podía verse el pasillo de extremo a extremo y aun el vestíbulo de entrada.

Doc no vio a nadie ni en uno ni en otro.

Sonaron entonces nuevas detonaciones fuera de la casa.

Se oyó el roncar de un automóvil.

Por la puerta principal se precipitaron en el vestíbulo dos hombres, que, resbalando en el embaldosado pavimento, rodaron cuan largos eran dando volteretas, aunque esforzándose en ponerse a salvo de las balas.

Una nueva descarga disparada contra los dos fugitivos hizo

añicos los cristales de la puerta de entrada y, rebotando, las balas fueron a rajar los grandes espejos del pasillo.

Roncó con más fuerza el motor de un automóvil y el ruido fue perdiéndose gradualmente en la lejanía. Hízose luego el silencio en la calle, lo que probaba que los pistoleros habían logrado huir.

Los dos hombres que entraran por la puerta principal, habían logrado ponerse en pie y ahora se hacían muecas el uno al otro, recriminándose algo mutuamente.

Uno era un recio gigante, una especie de paquidermo de rostro severo y puritano. Sus puños eran enormes y los nudillos en la juntura de los dedos parecían de duro pedernal.

EL otro era un hombre delgado y de aspecto un tanto enfermizo a juzgar por su complexión.

Parecía un hombre hecho de nervios. EL hombre voluminoso era el coronel John Renwick, conocido más sencillamente por «Renny»; el otro era el mayor Thomas J. Roberts. Respondía habitualmente al diminutivo de «LongTom».

Ambos volvieron sus rostros contraídos hacia Doc, cuando éste apareció ante ellos.

—¿Qué era ese escándalo? —preguntó Doc.

—Me buscaban a mí —contestó Renny con una voz que era como el bramido del trueno en una caverna—. Volvíamos de cenar cuando vimos a varios pajarracos sospechosos rondando alrededor de la casa.

—Nos acercamos para ver quiénes eran y qué hacían, cuando aquellos tipos nos tirotearon.

—¿Qué se ha hecho de Johnny y Ham?

—Supongo que estarán fuera —contestó Renny sobriamente—. Según mis noticias estaban buscando agua para apagar el incendio. Doc dio unos pasos por la acera. Cerca de la esquina había dos hombres discutiendo. Tenían las caras juntas, tocándose casi y discutían animadamente.

—Son ellos —murmuró Renny—. ¡Disputando sobre quién vio primero la llave del agua! Como puedes ver, ninguno de nosotros teníamos pistola.

Doc se acercó a la pareja.

Johnny rezongaba amistosamente:

—Escucha, Ham. No creo que pretendieses afeitar la llave del agua, pero sí niego que hayas llevado ventaja alguna con tu maldito bastón estoque.

—¡Yo alcancé a la llave primero! —gruñó testarudo, Ham.

Estaba envainando el bastón estoque, causa de la disputa. A Ham no se le veía jamás sin él.

—¡Lo que no puedo explicarme es por qué esa cuadrilla empezó a disparar sin previo aviso! —murmuró pensativo.

V
Una añagaza artica



Johnny examinaba un rasguño producido casualmente en uno de sus brazos por el extremo del estoque de Ham. Su altercado de palabras con éste había sido completamente amistoso.

Era en él cosa corriente trabarse de palabras con Ham, que tenía una fraseología cáustica y a quien deleitaban las discusiones.

Sólo un hombre podía argumentar con ventaja contra aquel charlatán impenitente, y ese hombre era «Monk», el miembro que faltaba del grupo.

¿Cómo faltaba éste a la reunión?

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar Monk? —preguntó Ham a Doc.

El gigante de bronce sacó de uno de sus bolsillos los dos sobres que encontrara en el cinturón de Bandy Stevens y dijo:

—Eso puede darme la contestación.

Y, mientras el ascensor los reintegraba a su oficina, explicó a sus compañeros el hallazgo del cadáver en el corredor del rascacielos.

—El hombre, ya moribundo, gritó un nombre en el preciso momento de expirar —terminó Doc—, y ese nombre era Nate Raff.

—Nunca oí ese nombre —afirmó Renny—. ¿Y vosotros, compañeros?

Los interrogados tan directamente, movieron la cabeza en signo de negación.

Llegados arriba, Doc Savage cargó con el cuerpo de Bandy Stevens y lo depositó sobre la mesa adornada con incrustaciones.

Pero antes hizo algo más; llamó por teléfono a las autoridades

policiales y les hizo una detallada explicación de lo ocurrido.

—He tomado el asunto a mi cargo —dijo.

El oficial que le escuchaba al otro extremo del hilo mostró una gran satisfacción al oírle. Doc y cada uno de sus cinco ayudantes desempeñaban altos cargos honorarios en las fuerzas de policía de Nueva York.

Como premio a sus relevantes servicios prestados en el pasado, la jefatura de Policía bahía cursado órdenes a todos sus subordinados para que diesen al hombre bronceado y a sus amigos, toda clase de facilidades.

Y a estas órdenes obedecían rígidamente los subalternos.

Terminada la conversación, Doc colgó el auricular. Hecho esto y con un cortaplumas abrió cuidadosamente los dos sobres de Bandy.

De uno de ellos extrajo una carta y del otro un voluminoso atadijo de papeles.

Los cuatro hombres agrupados a su alrededor estaban ávidos por enterarse del contenido de aquellos documentos. Se habían vuelto de espaldas a la ventana de la habitación.

No lo hicieron con intención, pues sólo un rascacielos cercano era lo suficientemente elevado para que, desde él, un observador atento pudiese ver lo que pasaba en el interior de la estancia.

Desde aquella construcción era fácil meter un tiro en la casa de enfrente, pero las ventanas de la oficina de Doc Savage estaban hechas a prueba de balas.

Parecía inverosímil que peligro alguno pudiera llegar para ellos desde el edificio fronterizo.

De haber vuelto sus potentes anteojos de larga distancia hacia la torre del rascacielos a poca distancia del suyo, hubieran descubierto algo interesante.

Una torrecilla en el remate de aquel rascacielos, semejante al pabilo de una bujía, estaba provista de un puesto de observación. Mediante el pago de una módica suma, cualquier persona podía adquirir el privilegio de contemplar la ciudad desde el extremo de la pértiga, a cualquier hora del día o de la noche.

En la plataforma superior estaban montados unos telescopios de níquel, que permitían a los inquilinos ocasionales de aquellas alturas una mejor vista de la metrópoli, extendida a sus pies…

Buttons Zortell y uno de sus secuaces tenían sus ojos aplicados a sendos telescopios, logrando así una excelente visión de lo que ocurría en la oficina de Doc Savage.

—¡El plan marcha como sobre ruedas! —murmuró Buttons—. ¡Esos hombres no adivinarán nunca la verdad!

—Es verdad —concedió el otro—. Hemos logrado llevarlos a nuestro terreno…

Durante unos instantes los dos hombres guardaron silencio, concentrando su atención en lo que estaba ocurriendo en la oficina de Doc Savage.

—De seguro que perderán el tiempo leyendo esa carta —murmuró Buttons.

Su compañero hizo un gesto de inquietud.

—¿Está usted seguro de no haberse equivocado, metiendo otra vez en los sobres los papeles auténticos?

—¡Claro que no! —contestó el interpelado.

Pero a pesar de ello, y para convencerse aún más, Buttons sacó un montón de papeles de uno de los bolsillos laterales de su chaqueta y los repasó uno a uno.

—No, no he cometido error alguno —afirmó de nuevo y ya más tranquilo.

Volvió a guardarse el original contenido en el cinto de Bandy Stevens y dijo a su compañero, apartándose del telescopio:

—No podemos perder más tiempo aquí. Ésta es la ocasión de seguir adelante con nuestro plan. Todos los hombres de Doc Savage están ahora con él, excepto uno. Ese uno es un tipo que parece un gorila.

—Le vi en los periódicos. Parece que sus amigos, tal vez por su figura, le llaman «Monk». Es el teniente coronel Andrew Blodget Mayfair. ¡Poco apodo para un caballero tan feo como él!

—¿Cómo lo encontraremos?

—¡Eso es fácil! Por los periódicos me enteré de sus ocupaciones y de su domicilio. Es un químico famoso y el nido donde trabaja está cerca de Wall Street.

—¿Wall Street? ¡Hum! —farfulló su compañero—. Siempre he deseado conocer ese sitio.

—¡Pues lo conocerás! —afirmó Buttons, prometedor—. Ese

gorila de Monk debe de estar investigando algo nuevo y probablemente se pasará trabajando toda la noche.

Ambos abandonaron aceleradamente su elevado observatorio.

En la oficina de Doc Savage continuaba aún el escrutinio de los documentos de Bandy. Le tocó primero el turno a la carta, que estaba dirigida a Doc Savage, y decía lo siguiente:

> Querido señor Savage. He oído hablar mucho de usted y de cómo no vacila en ayudar a los pobres que están en algún apuro. Como yo tengo la seguridad de necesitar algo de ayuda, me he tomado la libertad de enviarle a mi asociado, Bandy Stevens, a solicitar ese auxilio.
>
> Estoy seguro de que vendrá usted inmediatamente en mi socorro y más cuando sepa que puedo pagarle por sus servicios la cantidad que pida, por fuerte que sea.
>
> He aquí el asunto: Hace pocas semanas he descubierto una gran mina de *radium*. He sacado ya bastante para tener dinero con que comprar la maquinaria de minería.
>
> He vendido unas cuantas onzas de *radium* y creo tener ya el dinero, como le digo, pero precisamente ahora empiezo a estar intranquilo, Tengo a toda una cuadrilla detrás de mí. No les conozco, pero en los momentos en que escribo esto me tienen cercado en mi cabaña, a cuarenta y cinco millas al Oeste de Fort Caribou, en la región de la Bahía de Hudson, en Canadá.
>
> Le incluyo un mapa en el que podrá ver mi cabaña y el lugar donde está la mina de *radium*. Mi amigo Bandy Stevens procurará llegar hasta usted, pero temo que mis enemigos hagan cuanto puedan para impedírselo, dejándome así sin su preciosa ayuda. Bandy le dará a usted más explicaciones.
>
> ¿Tendría inconveniente, señor Savage, en tender la mano a un hombre?
>
> *Ben Johnson.*

Unos diminutos y extraños resplandores aletearon en los dorados ojos de Doc Savage al terminar la lectura de tan singular misiva.

Examinaron luego el mapa adjunto. Lo primero que saltó a su vista es que estaba trazado en un papel ordinario y demasiado nuevo.

Probablemente había sido comprado en Nueva York.

En él, cuidadosamente entintadas, se veían dos cruces.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Long Tom, frotando una contra otra sus descoloridas manos.

A Buttons Zortell no le hubiera hecho maldita la gracia, si hubiese sido de ello testigo, el ver la rapidez con que la banda de Doc Savage descubrió la falsedad de los documentos.

Y su sorpresa habría sido infinita, después de haberse estado devanando los sesos para escribir correctamente cada palabra y más aún para inventar aquella historia peregrina.

—El que ha escrito esta carta ha cometido un gran error al hacer mención del *radium* —dijo Doc Savage—. El *radium* no se extrae de un mineral, sino que se obtiene con una costosa y complicada maquinaria. Además dice que vendió varias onzas de la rara sustancia. Se trata de una cantidad tremenda de radio. ¡Lo bastante para haber causado sensación en el mercado! Tal venta, tengo la seguridad absoluta de que no se ha hecho en época reciente.

—Eso es totalmente cierto —confirmó Renny, a quien sus profundos conocimientos en ingeniería hacían familiar el asunto.

—En segundo lugar, esta carta ha sido escrita hace escasamente una hora —continuó Doc—. La tinta está todavía un tanto húmeda.

—Demasiado burdo —murmuró Ham—. ¡Con lo que a mí me hubiera gustado ir hacia el Norte! Unas vacaciones en los bosques del Canadá, me seducían.

—Pues yo creo que escogeremos Arizona —contestó Doc cachazudamente. Ham hizo un movimiento de sorpresa al oír estas palabras. Luego, para demostrar que él también tenía condiciones detectivescas, se acercó al cadáver y examinó atentamente la chaqueta de Bandy Stevens.

—Tienes razón, como siempre, Doc —admitió—. Este traje viene de un sastre de Phoenix, en Arizona.

Doc, entretanto, escudriñaba las facciones del muerto.

—El viento ha enrojecido la cara de este hombre —siguió detallando—.El espacio que ha quedado indemne en torno de sus ojos, indica que llevaba puestas unas gafas de viaje.

—Esto quiere decir que ha hecho el viaje en un avión descubierto.

—Luego este hombre ha venido de Arizona a Nueva York en aeroplano —murmuró Ham.

—No podemos asegurar que viniera volando desde Arizona —objetó Renny—. Pudo haber llegado ahora de la región de Hudson Bay.

Doc desdobló las vueltas del pantalón de Bandy y halló algunas hilachas y varios fragmentos, triturados, de hojas grisáceas.

—Hojas de artemisa —indicó—. No muy marchitas, por cierto. Se prendieron en sus pantalones cuando el hombre andaba a través de la artemisa, no hace mucho más de veinte horas. Creo que podemos asegurar sin temor a equivocarnos que vino volando hasta aquí directamente desde Arizona.

Hecha esta afirmación, Doc se puso a hojear el Anuario de teléfonos de Nueva York y el Directorio Comercial de la populosa ciudad, pero no halló lo que buscaba.

—Estaba buscando el nombre de Nate Raff, que es el que gritó Bandy Stevens segundos antes de morir —explicó—. En la lista no figura tal nombre.

Ham miró su reloj.

—A Monk le gustaría asistir a esta reunión —dijo—. ¿Qué os parece si le llamáramos?

Doc hizo un signo afirmativo.

Cruzando a grandes zancadas hacia su mesa-escritorio, hizo funcionar uno de los cinco pequeños conmutadores que se veían sobre ella.

Junto a los conmutadores estaba una caja en uno de cuyos tableros había un vidrio esmerilado. Cuando Doc accionó el conmutador, apareció en el tablero una imagen a modo de película.

Aquel mecanismo no era otra cosa que un aparato de televisión telefónica, ideado por Doc. Los cinco conmutadores conectaban con cinco circuitos que iban a dar a los gabinetes de trabajo de sus cinco colaboradores.

Un conmutador para cada uno. En la pantalla registradora del televisor apareció el interior del laboratorio de Monk, instalado en un cobertizo, en lo alto de una edificación, destinada a oficinas, cerca de Wall Street.

El laboratorio estaba vacío.

—Probablemente Monk no ha ido a trabajar todavía —dijo Ham—. No tardará en llegar. Tiene costumbre de ir a trabajar a las cinco de la mañana. Ya es casi esa hora.

—Tienes la suerte de poder hablar de los que trabajan horas enteras —bufó Johnny—. ¡Te has pasado aquí la noche sin hacer nada!

—Te equivocas —replicó Ham—; He tenido tiempo de ver las fatigas que has pasado tú.

Lo que había dicho Johnny estaba muy lejos de la verdad. Ham había tomado una parte activa en los trabajos de aquella noche, compartiendo la pesada tarea de perfeccionar planos y estructurar detalles complementarios a la extraña institución que mantenía Doc Savage en el Estado de Nueva York.

Pocas personas sabían de aquella fantástica mansión o del no menos fantástico fin a que servía y si el conocimiento hubiese trascendido al exterior, habría resultado verdaderamente sensacional.

Porque era a esa institución a donde llevaba Doc Savage a cuantos criminales capturaba en sus arriesgadas aventuras policíacas.

Una vez recluidos allí, eran sometidos a delicadas operaciones cerebrales, que borraban en ellos todo recuerdo del pasado, dejando sus mentes en blanco.

Recogiendo los planos sobre los que habían estado trabajando la mayor parte de la noche, Doc los guardó en la gran caja de acero.

—Nos ocuparemos de esto después —dijo—. Aunque me parece que están completos.

Ham se quedó mirando ceñudo el cuerpo inanimado de Bandy Stevens.

—¿Tienes alguna idea acerca de ese hombre, Doc? —preguntó tras unos instantes de silencio.

Doc contestó a su pregunta con otra:

—¿Sabes algo de los hombres que dispararon contra ti en la calle?

—Estaban tostados por el sol. Podía notarse fácilmente —contestó Ham.

—Y todos ellos, menos uno, tiraban con antiguos revólveres de seis tiros de simple acción —añadió Renny.

—Ese tipo de armas es el característico de los tiradores del Oeste —hizo resaltar Doc—. Indudablemente eran occidentales, lo mismo que Bandy Stevens. Es indudable que existe una relación entre él y sus asesinos.

—¡Apostaría a que fueron ellos quienes le mataron! —murmuró Ham—. Cuando nos vieron avanzar contra ellos, creyeron que estaban descubiertos. Por eso empezaron a disparar.

Doc asintió en silencio. Volvióse luego hacia el televisor telefónico e hizo funcionar el conmutador.

—Trataré de comunicar con Monk otra vez.

Volvió a aparecer en la pantalla el interior del laboratorio de Monk.

Podía distinguirse perfectamente el gran bastidor en que se alineaban los frascos de productos químicos, las retortas y los tubos de ensayo.

Pero en aquel momento había alguien en el laboratorio.

Una mujer joven, rubia, extremadamente hermosa, se acercó al teléfono al oír la llamada.

Aquella rubia ideal no era otra que Lea Aster, la secretaria de Monk. Éste acostumbraba alardear de que tenía la secretaria más hermosa de Nueva York, y probablemente no exageraba.

Doc habló ante un micrófono, que formaba parte integrante del mecanismo.

—¿Está ahí Monk?

—Todavía no —dijo la voz de Lea Aster, finamente modulada—. No ha venido aún.

—Haga el favor de avisarnos cuando llegue —contestó Doc.

—Lo haré con mucho gusto… ¡pero espere! Oigo andar a alguien en la puerta. Tal vez sea Monk…

La joven se apartó del aparato y, como no estaba muy lejos de éste la puerta del laboratorio, Doc y sus amigos pudieron verla

abrirse perfectamente.

En su marco apareció un hombre. Era alto y corpulento, de rostro estragado por el vicio. En cada uno de sus carrillos podían verse dos enormes cicatrices, como dos botones de color grisáceo.

¡Era Buttons Zortell!

—¡Ése es uno de los pájaros que dispararon contra nosotros en la calle! —anunció Johnny.

Luego guardó silencio sin perder de vista el cuadro que reflejaba el interior del taller de Monk.

Buttons se lanzó hacia adelante, cogiendo entre sus nervudos brazos a Lea Aster, que lanzó un estridente chillido e hizo llover sobre el bandido una lluvia de golpes.

AL verse perdida, volvióse hacia el televisor y chilló: —¡Auxilio!

En el laboratorio aparecieron en aquellos instantes los demás secuaces de Buttons Zortell.

—¡Romped esa caja de un puñetazo! —rugió éste, colérico.

Uno de los hombres corrió hacia el ingenioso mecanismo y lo deshizo materialmente con la culata de su revólver.

La imagen que apareciera en el vidrio deslustrado se desvaneció al quedar destrozado el aparato.

VI
Monk en peligro



Lea Aster era una muchacha de constitución atlética.

En el tejadillo del cobertizo había instalado una mesa de ping-pong y pocos días se pasaban sin que ella y Monk jugaran varios reñidísimos partidos.

Al rehacerse de la sorpresa que le produjera la brusca acometida de Buttons Zortell, empezó a golpear al bandido en la nuez de la garganta, golpe que Monk le enseñara, asegurándole que era uno de los más dolorosos que podían infligírsele a un hombre.

Buttons lanzó un grito de angustia. —¡Dadme una mano! —aulló a sus asalariados—. ¡Este novillo me está ahogando! Sus hombres acudieron a su demanda y estaban en el centro del laboratorio cuando les sacudió un verdadero huracán.

Aquella especie de tornado, era Monk, o sea unas doscientas libras de peso.

Había llegado en el momento oportuno.

Sus brazos, peludos y encordelados, unas cuantas pulgadas más largos que las piernas, abarcaron a dos de aquellos hombres en terrible y «cariñoso» abrazo.

Ambas víctimas resoplaron como trompetas, dando alaridos de dolor. Su agonía no hubiese sido menor de verse aplastados por una locomotora.

Un tercer contendiente alzó apresuradamente una silla y la blandió amenazador sobre la cabeza de Monk, pero aquella calabaza monumental, achatada y plana, era de una dureza a toda

prueba.

Los fragmentos de la silla, hecha astillas, volaron por el laboratorio.

—¡Uf…! —rugió Monk, más de rabia que de dolor.

Y alargando una pierna, encorvada como un gancho, con un diestro movimiento hizo estrellarse violentamente contra el suelo al mismo que segundos antes empuñara la silla.

Logrado su efecto, Monk arrojó de golpe sobre el caído a la pareja que aún tenía entre los brazos, formándose un extraño revoltijo de brazos y piernas que se debatían en esfuerzos inútiles, demasiado quebrantados para representar de momento un serio peligro.

Libre de estorbos, Monk se precipitó sobre Buttons Zortell.

Éste vio lo que se le venía encima y, soltando a Lea Aster, trató de sacar el revólver, pero, como comprendió que su enemigo no le daría tiempo a accionar, volvió la espalda y se escabulló hacia la puerta.

No pudo lograr su propósito. Antes de que traspusiese el umbral, Monk le agarró por el cuello y empezó a apretar, como si estuviese retorciéndole el pescuezo a un gallo.

Buttons descargó una lluvia de golpes sobre su contrincante, coceó, le mordió salvajemente. Todo inútil. Su resistencia duró unos segundos escasos entre las garras potentes de aquel gorila con forma humana.

Monk le estrujó contra su tórax de atleta y apretó forzudamente.

—¡No me mate! —gimió Buttons, presa de un terror mortal y sintiendo que poco a poco le faltaba el aliento—. ¡Por favor!…

No había ya aire en su pecho para decir más y su rostro estaba congestionado.

Monk, que sabía que aún quedaban en la habitación dos hombres en pie, giró sobre sus talones, aunque sin aflojar la presión de sus brazos sobre Buttons.

Súbitamente se detuvo y en su caraza deforme brilló una mirada de consternación.

—¡Basta ya! —gritó uno de aquellos hombres—. ¡Suelte a Buttons o le metemos a este pelo de camello una dosis de plomo en el cuerpo!

Aquellos dos salvajes habían arrinconado a Lea Aster y uno de ellos le apuntaba con un revólver a la cabeza.

Monk se debatió unos segundos en el más terrible de los dilemas.

—¡Pronto! —gritó de nuevo el que había hablado antes.

Monk pudo leer toda la perversidad en aquel rostro patibulario. Vio a aquellos hombres decididos a disparar sobre su secretaria si él se resistía.

Se leía en sus ojos la decisión de matar.

Monk soltó a Buttons Zortell y levantó las manos en alto.

Los hombres cayeron sobre él en tromba y sus alaridos resonaron en el laboratorio, como el ladrido de los mestizos.

Lea Aster, en cuanto se halló en libertad, saltó como una fierecilla sobre Buttons Zortell y la fuerza de su carga inmovilizó al hombre en el suelo.

Durante unos instantes lucharon con verdadero salvajismo, hasta que acudieron a separarlos.

—¡Demonio! —rugió Buttons, mirándola aviesamente—. ¡Nunca he visto una mujer luchar con tanta violencia como usted!

Lea Aster asestaba furiosos puntapiés al hombre que la sujetaba, que emitía sonidos inarticulados hasta que logró derribarla en un rincón.

Monk, que no perdía de vista a su secretaria, pudo ver que ésta escondía algo detrás de los aparatos del gabinete.

Buttons levantó a puntapiés a los tres que aún se debatían en el suelo.

Uno de sus hombres hundió el cañón de su revólver en el cuerpo de Monk, preguntando:

—¿Qué vamos a hacer con este gigantón peludo?

—¡Me gustaría envenenarlo con plomo! —gruñó Buttons, aunque sin atreverse a acercarse al gigante—. ¡Pero no quiero cargar sobre nosotros con un cadáver! ¡De ninguna manera! ¡Lo llevaremos con nosotros!

—¡Me alegro de tener en nuestro poder a uno de la cuadrilla de Doc Savage! —graznó con sorna uno de los rufianes—. ¡Si me preguntas mi opinión, podemos añadir al lote a esa fiera salvaje!

—¡Andando! —gruñó Buttons, autoritario.

—Por fin, ¿qué hacemos con la novilla?

Por toda contestación, Buttons se precipitó súbitamente sobre Lea Aster, luchó breves instantes con la muchacha y consiguió dejarla inconsciente de un golpe.

—Esto le servirá de alimento —dijo brutalmente— y le recompensará de los que me ha dado a mí antes.

Monk trató de acudir en socorro de Lea al verla caer, pero cuatro revólveres se hundieron simultáneamente en su robusto pecho y hubo de someterse.

—¡Lleváoslo! —ordenó Buttons.

Monk consiguió dócilmente en que le sacaran del edificio. Los bandidos tenían un auto estacionado cerca de allí, en el que se le obligó a entrar, ocupando el centro del asiento posterior con un esbirro a cada lado.

El coche rodó lentamente, obstaculizada su carrera por el tráfico, aun cuando a aquella hora temprana apenas circulaban otros vehículos que los de abastecimiento de los mercados.

—¿Podéis decirme adónde me lleváis? —preguntó Monk.

Su voz era tan apacible y sosegada, que hasta resultaba cómica saliendo de aquella peluda corpulencia.

—¡Cállese o le haré comer de este embutido! —contestó brutalmente uno de sus guardianes, metiéndole casi por los ojos el cañón de su descomunal revólver.

Buttons Zortell, tras de hacer un guiño de inteligencia al hombre que estaba junto a él, volvióse hacia su prisionero.

—No quiero ocultar a su conocimiento una cosa que, desde luego, le interesa —sonrió afectuosamente—. Vamos a utilizarlo a usted como cebo para que su querido amigo Doc Savage deje de inmiscuirse en nuestros asuntos.

—Para ponerle al corriente de nuestro pensamiento, le diremos que si Doc no se porta bien, la cabeza de usted peligra.

—¡Qué amabilidad! —exclamó Monk, con engañosa caballerosidad.

Buttons se hizo el desentendido y aún se echó un poco hacia atrás, recordando el terrible apretón de las peludas zarpas de Monk.

Veía con disgusto que, aun en su poder, el gigante no daba muestra alguna de miedo.

—¡Cualquiera diría que aún trata usted de burlarse de nosotros! —graznó, mirando a Monk fieramente—. Un sujeto llamado Ben Johnson tiene una mina de *radium* en la región de Hudson Bay y nosotros queremos quitársela.

—Johnson ha solicitado la ayuda a Doc Savage y tenemos planes serios acerca de esto. Si Savage interviene, le degollaremos a usted. Debe notificar inmediatamente a su jefe lo que estoy diciendo.

Monk escuchó con el mayor interés aquel relato incoherente y extraño.

Era la primera vez en su vida que oía hablar de una mina de *radium*.

Consideraba una estupidez, por parte de sus captores el contarle todo aquello voluntariamente, aun cuando le divertía la fraseología pintoresca de Buttons Zortell.

—¿Y dónde está situada esa mina? La de *radium*, quiero decir —murmuró, fingiendo candidez.

Buttons y sus hombres cambiaron unas miradas de inteligencia.

—¡Hombre, no vamos a decírselo así como así!

Monk se echó hacia atrás, observando con atención a los hombres que tenía sentados a su lado, Observó, desde luego, que eran occidentales, aunque guardóse de comunicarles sus impresiones.

Tenía Monk unos ojos pequeños, chispeantes, medio hundidos en un abismo de arrugas. La parte superior de su cabeza no parecía contener espacio más que para una cucharada de sesos.

Tal apariencia era engañosa, pues Monk había llevado a cabo verdaderos milagros en el campo de las investigaciones químicas durante su brillantísima carrera.

Además de su agudeza de ingenio, estaba muy lejos de calificar de perezoso a su cerebro.

No era aquélla la primera vez que se hallaba en una situación apurada.

Doc Savage y cuantos le rodeaban, estaban acostumbrados a marchar por el mundo a la sombra de peligros.

Pasadas experiencias habían enseñado a Monk que era conveniente tener siempre preparada una treta para esos momentos de apuro.

Aparentando una inquietud que estaba muy lejos de sentir, Monk empezó a mordisquearse las uñas como hombre a quien embargan pensamientos torturadores.

Cuando hubo dado a las uñas de la mano un mordisqueado, a su juicio perfecto, empezó la operación en las uñas de la otra. La operación duró varios segundos.

Buttons, entretanto, palpaba sobresaltado todos los bolsillos de su chaqueta.

En su rostro se transparentaba la alarma que le invadía y sus dedos recorrían nerviosamente el interior y exterior de sus vestiduras.

—¡Los papeles! —exclamó al fin, con voz ahogada—. ¡Han desaparecido!

—¿Qué papeles? —preguntó uno de sus hombres.

—¡Los… míos, que estaban aquí! —se agitó, ya descompuesto, el bandido.

Monk comprendió todo aquel juego escénico, y sonrió para sus adentros.

Recordó que su hermosa secretaria había escondido algo entre los aparatos del laboratorio y tuvo la convicción de que Lea Aster había extraído los documentos perdidos por Buttons Zortell del bolsillo de éste.

Era una muchacha muy avispada.

Durante varios segundos, Monk continuó sus manipulaciones con los dedos.

Luego, como si le venciera la fatiga, se inclinó cabizbajo hacia el hombre que iba sentado a su izquierda.

Hacía un rato que tenía los ojos estrechamente cerrados. Repitió la inclinación, ahora hacia el hombre de la derecha.

Sus dos guardianes, de pronto, a tiempo que lanzaban un alarido de dolor, dejaron caer al suelo sus revólveres y se llevaron ambas manos a los ojos, restregándoselos con furia.

Siempre con los ojos cerrados, Monk se arrojó de un salto fuera del auto, que seguía rodando lentamente.

Tuvo la suerte de mantener el equilibrio al chocar con el pavimento y, abriendo entonces los ojos, echó a correr como un galgo adentrándose por la primera calleja que halló a mano.

Un concierto de maldiciones a sus espaldas le servía de cortejo. A sus captores la fuga les había cogido completamente por sorpresa.

El fugitivo resoplaba alegremente mientras seguía corriendo. Entre la uña y la carne de sus dedos —se había dejado crecer desmesuradamente las uñas con este fin— llevaba unos depósitos de productos químicos, que, mezclados entre sí y humedecidos convenientemente, despedían una especie de gas lacrimógeno.

—¡El mismo Doc no podía haberlo hecho mejor! —murmuró nuestro héroe, aumentando aún más su velocidad.

Como de un maestro de tretas, era del mismo Doc de quien había copiado lo del gas lacrimógeno, pero hay que confesar que él, por su parte, había representado admirablemente la comedia, con una serenidad digna de loa.

Mientras corría Monk, mirando hacia arriba, distinguió una escalera de salvamento que llegaba hasta el primer piso de una de las casas. Saltó a ella y tiró de sí mismo hacia lo alto.

Con un codo hizo saltar el cristal de la primera ventana que encontró a mano. En aquel momento, las balas silbaban ensordecedoramente, en la calleja, al pie de la escalera. Monk se metió por el hueco de la ventana, huyendo así de aquel granizo mortífero.

Hallóse en una alcoba y, en el mismo instante de poner los pies en ella, salió un hombre de un cuarto de baño contiguo.

Iba con la cara medio enjabonada para afeitarse y llevaba en la mano un pesado cubilete de estaño en el que mojaba la brocha, y que arrojó a la cabeza de Monk en cuanto advirtió su presencia.

Monk logró escapar fácilmente, encontrándose a poco en una estancia un poco más oscura que olía a guisote.

Era la cocina. Vio al fondo el hueco de una escalera y la bajó en cuatro zancadas, llegando al portal.

Ya en éste, escuchó unos segundos. Los tiros habían cesado como por encanto. Abrió la puerta y salió a la calle.

Ya en ésta, descubrió a un policía que llegaba corriendo al lugar de la escena. Buttons Zortell y sus secuaces habían puesto pies en polvorosa después de disparar repetidas veces sobre el representante de la ley.

Afortunadamente, no dieron en el blanco.

Monk había perdido varios minutos atravesando la casa del encolerizado inquilino cuya ventana destrozara.

Pagó de buena gana los desperfectos ocasionados por él, y después de dar unas rápidas explicaciones al policía, salió de la calleja, llamó al primer taxi que encontró a su paso y se dirigió a su casa.

Estaba pagando al chófer, ya en la puerta del inmueble, cuando divisó a Doc Savage que salía del mismo edificio acompañado por sus cuatro ayudantes.

Volvían en aquellos momentos del laboratorio y en sus rostros se pintaba honda preocupación.

—¡Vaya, señores, a ver si acaban de arrancarme la inquietud de la sesera! —dijo Monk con una mueca casi burlona—. Todo va perfectamente…

—¿Todo? —preguntó Renny—. ¿Es que…?

—Pues claro. Todo va bien. He logrado evitar que me retorcieran el cuello… y ahora estoy enterado de todo… Un tipo del Oeste, llamado Ben Johnson, tiene una mina de *radium* en el Norte. Quiere que tú le ayudes, Doc, y esos granujas tratan de impedirlo a toda costa.

Ham soltó una carcajada estruendosa.

—¿De modo que fuiste lo suficientemente bestia para tragarte ese cuento chino desde el principio hasta el fin?

Monk dirigió al apuesto portador del bastón de estoque una mirada de inocencia ofendida.

—Pues, ¿qué querías que hiciera? —gruñó—. ¿Irme a robar cerdos?

Ham agitó colérico su bastón de estoque y dijo a Monk, echando espumarajos de rabia:

—¡El día menos pensado te voy a afeitar con este estoque! ¡Pero un afeitado que te va a llegar hasta la médula de los huesos!

Monk hizo una mueca burlona, y concentró toda su atención en Doc.

—¿Crees que me han colocado un cuento chino, Doc? —le preguntó.

—Probablemente —contestó Savage, evitando molestarle—. Por alguna razón, que de momento se me escapa, esos hombres arden

en deseos de mezclarse en una empresa quimérica en la región de Hudson Bay.

—Entonces… ¿por qué me secuestraron?

—Pues, sencillamente, para dar más veracidad a su historia. Deseaban impresionarme con su oposición a que yo vaya al Norte… esperando que con esta treta mis deseos de ir no harían más que robustecerse. No hay que negar que son muy hábiles.

—Es verdad, y debí de darme cuenta de que era una estupidez lo de la mina de *radium* y cuanto me dijeron acerca de ella. Creo que su intención era retenerme unas cuantas horas y luego dejarme escapar. Me contaron la historia de la mina para que te la trasladase a ti.

—Se ve que tienen un gran interés en sacarnos de la ciudad —apuntó Renny—. ¿Por qué será?

—Pierdes el tiempo lastimosamente preguntándole eso a Monk —gruñó Ham, aún molesto por la alusión a los cerdos—. Él no sabrá nunca… unir dos eslabones.

La boca de Monk llegó casi de oreja a oreja, en una mueca burlona.

—¡Tú qué sabes! ¡Picapleitos ridículo!… ¡Me apuesto lo que quieras a que puedo arrojar una buena cantidad de luz sobre este misterio!

—¿Cómo?

—El jefe de la banda, un tal Buttons, como sus secuaces le llaman, llevaba encima unos documentos que mi secretaria ha escondido.

—¿Y qué?

—¿Y qué habéis pensado? Vamos arriba y mi secretaria nos dirá dónde los puso…

Un relámpago de alarma e inquietud brilló en los ojos de Doc Savage. Sus compañeros cambiaron entre sí miradas de desconcierto.

—Creo que te hemos entendido mal, Monk —dijo con firmeza—. Cuando dijiste que todo marchaba perfectamente, lo interpretamos en el sentido de que tú y tu secretaria estabais a salvo.

Monk parecía a punto de ahogarse.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, sintiendo que un sudor frío

recorría su velludo cuerpo.

—¡Lea Aster no está en el laboratorio!

VII
Nick Clipton



La peluda cara de Monk tomó el aspecto de una masa rocosa. Su enorme bocaza se torció en un gesto de mal cariz.

—¡Pero si se quedó allí cuando ellos me sacaron a mí! —murmuró—. Buttons la dejó sin sentido de un golpe. Claro que no la golpeó tan fuerte como para causarle un daño grave.

Doc se dirigió de nuevo hacia la casa, diciendo: —¡Bien, iremos arriba y miraremos otra vez a ver si la encontramos!

Un dorado rayo de sol inundaba el ático en que estaba instalado el laboratorio de Monk, aun cuando la calle continuase aún un tanto sombría.

Aquella luz llegaba hasta el mismo interior del gabinete de trabajo y arrancaba destellos luminosos a la selva intrincada de tubos de ensayo, matraces y retortas, a los almireces de vidrio y aún a las pulimentadas superficies metálicas de los complicados aparatos de laboratorio.

Era como si la habitación se hubiese convertido de pronto en una inmensa arqueta de joyas.

Los penetrantes ojos de Monk descubrieron varios aparatos y estantes yacentes sobre el pavimento.

—¿Derribasteis vosotros todo esto? —preguntó a Doc.

—No —aseguró Savage—. Todo estaba así cuando llegamos.

Monk gruñó entre dientes:

—Entonces esta batahola se produjo cuando yo no estaba aquí… Debe de haber habido otra pelea posterior a mi marcha…

—¿Viste claramente el golpe que dejó a Lea sin sentido?

—Sí. Han debido sacarla a la fuerza… —y el puño del gigante se agitó amenazador al decir estas palabras—. Buttons y su cuadrilla han debido volver después de mi fuga y entonces raptaron a mi secretaria. ¿No crees que sea eso lo que ha sucedido, Doc?

—Aparentemente, sí —admitió Doc.

Monk se precipitó hacia la vitrina de los aparatos tras los cuales viera a Lea Aster ocultar algo. Efectuó un registro minucioso, pero nada encontró.

—Si realmente la muchacha sacó los documentos del bolsillo de Buttons y los escondió aquí, han debido recuperarlos —dijo meditabundo—. Es posible también que Lea Aster, al volver en sí, recobrase los papeles y los tendría en la mano cuando Buttons volvió…

Durante esta escena Ham había permanecido apartado del grupo, golpeando sus inmaculados zapatos con la contera de su bastón de estoque.

Las arrugas de su espaciosa frente indicaban que estaba entregado a profundos pensamientos.

—¡Lo que yo no puedo comprender —murmuró, al fin—, es por qué volvieron por la joven! Concedamos que han hecho todo lo posible para lanzarnos hacia el Norte tras una pista falsa, o quimérica por lo menos, pero creo que ya han baladroneado bastante.

—EL plan completo que han puesto en práctica debe haberles demostrado hasta la saciedad que somos malos compañeros para que se nos gasten bromas de este género. ¿Por qué, pues, iban a arrostrar nuestra venganza ulterior secuestrando a la muchacha?

—Creo que puedo explicar satisfactoriamente ambos hechos —dijo Doc, reposadamente—. Buttons se dio cuenta de que debía haber perdido los papeles en el laboratorio. Volvió por ellos y entonces descubrió a Lea Aster que los estaba leyendo. Ese hombre no tuvo más remedio que apoderarse de la joven, puesto que ésta conocía su secreto.

Doc y sus compañeros interrogaron al empleado del ascensor en aquella hora temprana, en un esfuerzo para comprobar la fuerza del razonamiento del primero.

Aquel individuo defraudó sus esperanzas: no había visto que

nadie se llevase a la secretaria de Monk.

—Pueden haber subido y bajado por la escalera sin que nadie les viera, puesto que tuvieron tiempo suficiente para ello —concluyó Doc.

Ya otra vez en el laboratorio, continuaron sus deliberaciones.

—Podemos estar seguros de una cosa —dijo Renny, con un vozarrón que amenazó con hacer caer los pocos aparatos que aún quedaban en pie—. Esos hombres quieren, con añagazas y tretas, llevarnos al Canadá.

—¡Bien! —refunfuñó Ham—. ¡No creo que tengan mucha suerte si lo logran!

Habían salido apenas estas palabras de sus labios cuando se estremeció violentamente.

Acababa de sonar inesperadamente el extraño gorjeo de Doc Savage.

Brotaba de su cuerpo, sin que pudiese afirmarse de dónde, terrible, melodioso, indescriptible en su misma extraña naturaleza.

Crecía en volumen para decaer después… Cuando hubo terminado, Ham preguntó, anhelante:

—¿Qué ocurre, Doc?

EL interrogado no contestó con palabras. Levantó el auricular del teléfono interurbano, que estaba sobre una mesilla, descolgado de su gancho habitual, y lo aplicó a su oído.

Durante varios segundos sólo percibió distintamente la respiración de un ser humano. Long Tom, impaciente por enterarse de lo que ocurría, salió del laboratorio para ver si encontraba otro teléfono conectado con el anterior, pero sus pesquisas no dieron resultado.

El hombre cuya respiración percibía Doc al otro extremo del hilo era Buttons Zortell; pero el impensado silbido melódico que resonara en el laboratorio segundos antes llegó hasta él y empezó a alarmarse sin saber por qué.

Gracias a estar descolgado el auricular del laboratorio había podido enterarse hasta entonces de cuanto se hablara en él, aun cuando llegara a sus oídos de una manera confusa.

Abandonó con presteza la cabina telefónica en que se hallaba y salió a la calle. La cabina era la de una farmacia situada a una

manzana de distancia del edificio en que estaba el laboratorio de Monk.

Buttons fue a reunirse con sus hombres, que le aguardaban en su auto al otro lado de la calle.

—¿Qué has sabido, Buttons? —preguntó uno de los bandidos.

—Esos hombres están convencidos de que lo de la mina de *radium* en el Canadá no es más que una filfa. ¡No puedo explicarme cómo han llegado a enterarse tan al detalle de nuestro plan! ¡Yo me figuraba que habíamos conseguido ponerlos a tiro!

—¿Saben por qué queremos sacarlos de Nueva York?

—¡Todavía no! —murmuró Buttons, aunque no muy convencido íntimamente de lo que afirmaba.

El piloto del bigotillo y las cejas blancas ocupaba el volante. EL coche se puso en marcha. Los hombres iban sentados en el interior, afectando indiferencia, pero mirando recelosamente a cuantos policías hallaban al paso.

Seguramente, su nerviosismo se debía a llevar en el fondo del coche, atada y amordazada, a Lea Aster. Pero ninguno de ellos estaba tan inquieto como Buttons Zortell.

—¡Ese Doc Savage y sus compañeros son unos tipos de cuidado! —mascullaba entre dientes—. Escuchando al teléfono pude oír lo que hablaban. Era un maldito teléfono bastante bueno y ellos debían estar en pie a poca distancia del aparato. Razonaban sobre lo que hicimos nosotros al volver allí como si lo hubiesen estado viendo. Hasta llegaron a suponer que habíamos secuestrado a la chica porque la sorprendimos leyendo los papeles.

—¡Cómo así sucedió! —dijo uno de los hombres.

—¡Vamos al hotel! —ordenó Buttons al chofer—. Tengo que establecer contacto con el patrón. Este asunto se está enredando demasiado para que lo resuelva por mi cuenta.

Llegaron hasta el hotel sin experimentar contratiempo alguno en el trayecto.

Dejando que los otros le esperasen en el coche, Buttons entró en el hotel y se dirigió apresuradamente a su habitación. Sin perder segundo solicitó una conferencia telefónica con Arizona.

El hilo de conexión que obtuvo era excelente. La conversación iba y venía con absoluta claridad.

Buttons relató cuanto había ocurrido. Exageró la nota de sus triunfos y procuró restar importancia a los fracasos.

—Creo que he hecho un lindo trabajo, ¿verdad, patrón? —terminó.

—¡Vaya al infierno el fanfarrón! —gritó a distancia la voz colérica del jefe—. ¡No ha hecho usted más que chapucerías a derecha e izquierda! ¿Desde dónde está usted hablando?

—Desde mi hotel —contestó Buttons, con marcada aspereza.

—¡Por todos los demonios! ¿No ha oído usted hablar nunca de los operadores de teléfonos que se enteran de cuanto se habla?

—¡Lo que he dicho no puede perjudicarnos en nada!

—Tal vez no; pero debía usted haberme llamado por Nick Clipton en vez de mi verdadero nombre. ¿Se entera? Desde ahora en adelante no vuelva usted a pedir comunicación conmigo más que con el nombre de Nick Clipton. ¿Comprende?

—Sí…, comprendo.

—Además, abandone ese hotel en cuanto terminemos. Hay que hacer todo lo posible para que nadie encuentre sus huellas.

—Perfectamente —prometió Buttons, con timidez.

—¡Y ya se está usted largando de Nueva York! ¡No tiene necesidad de continuar ahí ni un minuto más!

—¿Y qué hago con la fiera?

—La muchacha… ¡Átele una piedra al cuello y arrójela al río!

Buttons se atragantó. Por endurecido que fuese su corazón, el hablar de asesinar a una muchacha le horrorizaba.

—¿Dice usted que no debo estar en Nueva York ni un minuto más? —preguntó, sin poder dominar su nerviosismo—. ¿Qué significa eso?

—Eso quiere decir que yo me cuidaré del final de ese enredo —aulló el hombre que al otro extremo se ocultaba bajo el nombre de Nick Clipton—. El resto de los muchachos han estado trabajando a mis órdenes. Lo que debe usted hacer es regresar aquí y olvidarse de que en el mundo existe Doc Savage.

—¡Lo malo es que él no está tan dispuesto a olvidarse de nosotros! —murmuró Buttons.

—¿Cree usted que sospecha del rincón del Oeste?

—No estoy seguro, pero no me sorprendería…

Por el hilo del teléfono llegó, ensordecedora, a oídos de Buttons, una maldición rotunda e intraducible:

Entonces tal vez haríamos mejor en apartar de nuestro camino a Doc Savage y su cuadrilla.

—Eso no es tan fácil de hacer como parece…

—Séquese el sudor, amigo… y déjeme pensar un minuto.

En el silencio que siguió Buttons podía oír el tic-tac de su propio reloj.

Llegaba hasta él el rodar de los carruajes de la calle, con un murmullo apagado. El sol ardoroso de la mañana había convertido ya la reducida habitación del hotel en un horno.

En su frente perlaban gruesas gotas de sudor.

—¿Tiene usted en su poder todavía los objetos que le entregué? —preguntó, al fin, el hombre de Arizona.

—Todos, menos el veneno para los colmillos del perro y el que mata al que lo toca. Se gastaron con Bandy Stevens. Eran los que tenían los números 1 y 2.

—¿Tiene usted número 3?

—Seguro.

—Busque un lugar a propósito y úselo. Los detalles puede figurárselos. ¿No puede?

—Sí… —contestó, penosamente, Buttons.

—Perfectamente. Eso nos deshará de Doc Savage. No puede fallar.

—¡Hum! —murmuró Buttons, con acento de duda—. ¿Y usted quiere que… suprima a la fiera, patrón?

—Exactamente.

—Muy bien, patrón. Yo había pensado retenerla con nosotros hasta que Doc Savage estuviese fuera de combate… Si algo se torciera y no lográramos desembarazarnos de él, siempre podríamos salvar nuestros cuellos amenazando con degollarla a ella…

Su interlocutor pareció meditar.

—Hágalo así, entonces —murmuró al fin—: Consérvela viva. Y vamos a poner fin a esta conferencia, que seguramente me habrá costado cincuenta dólares. ¿Estará usted seguro de poder arrastrar a Doc Savage dentro de una trampa?

—¡Positivamente, puedo! —dijo Buttons, que desde el indulto de Lea Aster respiraba más a sus anchas—. ¡Ya tengo en la imaginación un plan estupendo!

—Bien. Si ello se realiza logre desembarazarse de la muchacha y vuelva a Arizona. Si no tiene éxito, vuelva de cualquier modo… pero tráigase también a la chica. Cuando llegue aquí aterrice en el hangar exterior de la Calavera Roja.

—El caso es que el avión de Whitey se quemó…

—Compre otro… o robe uno, si tiene ocasión para ello.

—Whitey no conoce la situación del aeródromo de la Calavera Roja.

—Obre por bajo mano… Usted puede decirle a él dónde está, ¿no? Y ya hemos gastado bastante cuerda… ¡Demasiada!

Y dio término a la conversación.

Buttons se dirigió a grandes zancadas hasta donde estaba su equipaje y escogió un enorme Glandstone. Cuando salió del hotel llevaba consigo esta pieza de su equipaje.

Sus hombres le saludaron con una lluvia de preguntas.

—¿Qué dice el patrón, Buttons?

—¡No preguntéis todos a un tiempo! —gruñó, malhumorado—. Ya os lo diré cuando sea hora. Tenemos por delante una gran tarea que nos obligará a maniobrar con tacto.

VIII
Una trampa mortal



Buttons Zortell experimentaba ciertas dudas sobre si había entendido bien lo que hablaron aquellos hombres en el laboratorio de Monk.

No fue él sólo quien habló aquella mañana con Arizona, por teléfono.

Por su parte, Doc Savage se había puesto también al habla con el editor del más importante periódico de Phoenix.

Trataba de averiguar detalles concretos sobre la existencia y características de Nate Raff, el hombre a quien llamara Bandy Stevens en su espantosa agonía.

—¿Nate Raff? —repitió el editor, al oír la pregunta de Doc—. ¿Se refiere usted a «Tough» Nate Raff, presidente de la «Mountain Construction Company»? Es el solo Nate Raff que yo conozco.

—¿Puede usted decirme algo sobre él? —preguntó Doc.

—¿Qué desea usted saber?

—Todo. ¿Por qué le dieron ese nombre de Tough?

—Sencillamente… porque es un hombre de pelo en pecho. Nate Raff es el más «adornado» de todos. No es pelo… es una verdadera melena la que tiene.

—Es un soberbio conductor de hombres y, además, es una cabeza sólida para los negocios.

—¿Es honrado?

—En lo que yo sé, sí. La Mountain Construction Company pertenece a tres propietarios, pero, según creo, Nate Raff es el que la dirige.

»Uno de ellos es Richard
\1
. Es el superintendente de la construcción y actualmente tiene a su cargo los trabajos.
\1
ha matado un par de hombres en sus tiempos… pero puede considerársele como una persona bastante honrada. No fue al penal por ninguna de las dos muertes.

»El otro socio es Ossip Keller, el cerebro del grupo. Dirige la inspección, calcula el costo y traza los planos de todos los trabajos.

—Parece que sabe usted muchas cosas de esos hombres —sugirió Doc—. ¿Han figurado en la prensa, recientemente?

—Le diré… Están construyendo un gran dique en el extremo superior del Cañón de la Calavera Roja. Han hecho mucha publicidad, porque realizan la obra financiándose a sí mismos. Construyeron el dique con su propio dinero, con el manifiesto propósito de mantener trabajando a todos sus empleados. No creo que ello sea todo generosidad por su parte, puesto que esperan que la venta de la fuerza eléctrica les indemnice con creces de todos los gastos.

—¿Algún escándalo relacionado con la empresa?

—Que yo sepa, no. Pero ¿por qué me pregunta usted eso?

—Por mera curiosidad…

—Dígame… ¿qué nombre me dijo que era el suyo?

—Doc Savage.

A través del hilo se oyó una exclamación explosiva. El editor del periódico preguntó, ansiosamente:

—¿Cómo es eso? ¿Es decir, que me ha estado usted tomando el pelo?

—¿Qué le hace a usted pensar que esto sea una tomadura de pelo?

—Tiene que serlo forzosamente, porque «Tough» Nate Raff salió la noche última en el aeroplano de pasajeros y dijo a uno de nuestros reporteros que iba a Nueva York a verle a usted… a Doc Savage.

Antes de que la conversación pudiese continuar se oyó algo así como una conmoción en las oficinas del periódico, durante la cual

sonaron varias voces a un tiempo, y el editor dejó el auricular sobre la mesa.

Unos segundos después el editor de Arizona volvió súbitamente a coger el aparato. Se le notaba que estaba excitadísimo.

—¡El aeroplano de pasajeros en que viajaba «Tough» Nate Raff ha caído, envuelto en llamas, en Nuevo México! —gritó—. ¡Todos los que iban a su bordo han muerto! Nosotros mismos hemos oído el chispazo en los hilos de la prensa.

Media hora después Doc Savage se hallaba leyendo un relato completo de la tragedia en las ediciones extraordinarias de los periódicos neoyorquinos.

Las hojas volanderas habían inundado materialmente las calles con la noticia.

Gracias a ellas obtuvo un magnífico complemento a su información: Los cuerpos de los que iban a bordo del aparato se habían carbonizado por completo, imposibilitando toda identificación.

Entre la caída y el fuego estaban desconocidos, aunque un inspector de aeronáutica del Gobierno había salido para el lugar de la catástrofe a comprobar la veracidad de esta afirmación.

Añadían las informaciones periodísticas que estos detalles se habían obtenido por la casual fuga, de un rancho próximo al lugar del siniestro, de un caballo algo rebelde y a quien sus dueños hallaron a la mañana siguiente pisoteando los restos del aparato incendiado.

El ruido de la caída despertó durante la noche a los cowboys que dormían en el rancho, pero lo atribuyeron a que el citado caballo estaría coceando, como acostumbraba, las barreras del corral.

Los cowboys recordaban, sin embargo, que el ruido les despertó a las tres de la madrugada.

De acuerdo con dicha hora, el avión había estado volando aproximadamente una hora después de su hora ordinaria de salida. Ya incendiado, fue a chocar con un cañón.

—Nada, por ahora, que pueda hacer sospechar un atentado en relación con la catástrofe —observó Doc.

Monk, que le escuchaba, murmuró: —Pues yo me apostaría cualquier cosa a que el aparato fue incendiado para matar a Nate

Raff.

—No hay pruebas.

—Tal vez no. Pero la catástrofe es demasiada coincidencia.

—Puede ser prudente recordar que el aparato llevaba ya una hora de vuelo cuando ocurrió el desastre —suspiró Doc.

Monk miró a su amigo, interrogante, pero el gigante bronceado no amplió su pensamiento ni expuso sus razones para justificarlo. A Monk le hubiera gustado lo contrario.

Doc poseía una capacidad maravillosa para poner de manifiesto circunstancias sospechosas que después se ajustaban perfectamente a la realidad.

Minutos después sonó el timbre del teléfono.

Fue Monk quien acudió a la llamada, y, al oír la voz de quien le hablaba, lanzó una exclamación de gozo.

—¡Es mi secretaria! —dijo, en un aparte, y continuó después hablando por el aparato—: ¿Está usted libre?

—No —contestó, rápidamente, la joven—. Todavía estoy prisionera. Pero este teléfono está detrás de una caja y ellos seguramente no lo saben. Ignoran que estoy hablando con usted.

—¿Dónde se encuentra?

—En un edificio desalquilado, en Seashore Street. He visto el número. Es el 1113. Estoy en la planta baja. Todo el edificio está deshabitado. Puede usted venir… psss… ¡Creo que vuelve mi guardián!

Un débil ruido indicó al oyente que el auricular había sido colgado.

Dejando su propio auricular, Monk se precipitó hacia la puerta. Doc y los otros cuatro compañeros le siguieron. Ya en el ascensor, mientras bajaban, Monk les contó toda la conversación.

—¡Podemos coger a toda la cuadrilla! —gritó, jubiloso, Monk.

Penetraron en el interior de un taxi, con la sola excepción de Doc Savage, que se colocó en el estribo, junto al conductor.

Desde allí sus penetrantes ojos avizoraban el peligro. Era éste el proceder habitual del gigante de bronce cuando emprendían alguna excursión arriesgada.

Además, su sola figura, su rostro característico, era una señal viviente para que cuantos policías hallaran al paso les dejaran

circular ligeramente, aun cuando en más de una ocasión violaran todos los reglamentos vigentes sobre velocidades en la vía pública.

La manzana número 1100, en Seashore Street, estaba formada por unos edificios de cinco y seis pisos destinados a alquiler, aun cuando en la actualidad estaban todos desocupados.

Las edificaciones eran bastante destartaladas y debía hacer tiempo que el edificio permanecía inhabitado.

Una cooperativa de edificaciones había adquirido los bienes raíces, al igual que el total de los censos, y ordenó a los inquilinos que evacuasen los inmuebles, prontos a ser derribados, para construir sobre su solar edificaciones de gustos más modernos.

Doc y sus hombres dejaron el taxi dos manzanas antes de llegar al número indicado, Monk, ceñudo y torvo, descendió de un salto del taxi y empezó a andar precipitadamente, pero Doc le llamó rápido.

—¡Espera!

Monk contuvo su impaciencia y volvió hacia el grupo. Hacía tiempo que había adoptado el juicioso criterio de obedecer los más leves deseos de Doc Savage, no porque éste fuese un autócrata para la disciplina, sino, sencillamente, porque las razones que alegaba para hacerse obedecer de sus amigos eran siempre convincentes.

Dejando a los otros en el lugar donde se hallaban, Doc avanzó solo hacia la casa en que suponían prisionera a Lea Aster.

No se dirigió directamente al portal del 1112, que indicara la linda secretaria en su conferencia telefónica, sino que, lejos de esto, escaló una baja empalizada y penetró en unos patios malolientes situados en la parte posterior de las edificaciones.

Procurando en todo momento no ser visto desde las ventanas del 1113, Doc entró en el edificio adyacente.

Unas escaleras desvencijadas le llevaron hacia los pisos superiores y por una trampa, que chirrió desagradablemente al abrirla, pasó al tejado.

Desde éste corrióse al de la casa que indicara Lea Aster, y por una claraboya, que rompió de un golpe, penetró en ella.

Para lograrlo, columpióse un momento en el vacío y su aterrizaje fue totalmente silencioso, amortiguando la caída el poderoso esfuerzo ejercido sobre los músculos de sus piernas.

Ni el más leve ruido llegó a sus oídos. Como un fantasma de bronce fue descendiendo escalera abajo hacia los pisos inferiores, cruzando lóbregas habitaciones.

Éstas no debían estar deshabitadas hacía mucho tiempo por cuanto descubrió en algunas paredes los aparatos telefónicos intactos, pero, en cambio, las ratas ennegrecían ya en algunos espacios el pavimento.

Lentamente y con toda clase de precauciones, Doc pasó del cuarto piso al tercero y de éste al segundo. No llegaron a sus oídos ni ruidos ni rumores de conversación alguna.

De cuando en cuando caían, con un ruido sordo, gruesos terrones de yeso de los techos y las ratas huían despavoridas. Del exterior, como un rumor apagado, llegaba el ruido del tráfico callejero.

Como un fantasma metálico, se deslizó Doc hasta la mitad de las escaleras que llevaban a las habitaciones de la planta baja. Detuvo se un momento y escuchó con atención.

Hasta sus finos oídos llegó distintamente el «tic-tac» de un reloj. El sonido era rápido y, por su misma velocidad, se denunciaba como el «tic-tac» de un relojillo pulsera de mujer.

Recordó Doc que Lea Aster llevaba siempre en su muñeca uno de estos instrumentos medidores del tiempo.

El «tic-tac» provenía de una gran habitación cuya puerta se abría en el hueco de la escalera que acababa de descender. Doc no se acercó, desde luego, a dicha puerta, sino que permaneció unos segundos escuchando atentamente a medio camino de ella.

Anduvo, paso a paso, hacia la puerta, empujó ésta, y ya dentro de la estancia, vio casi adosada al muro, una gran caja.

Sobre la gruesa capa de polvo que cubría por completo el pavimento observó unas huellas que le indicaron instantáneamente que la joven había permanecido allí tendida durante su cautiverio.

Acercóse Doc a la caja y la examinó cuidadosamente. Detrás de

ésta había un teléfono. Levantó la caja y pudo convencerse de que debajo de ella la capa de polvo era tan espesa como en el resto del piso de la habitación.

En sus ojos brilló un relámpago. Durante unos segundos pareció vibrar contra las paredes desnudas el extraño y potente silbido de que ya hemos hablado en otras ocasiones y que era como indicador de que su fértil imaginación estaba entregada a un trabajo intensivo.

La existencia de polvo bajo la caja puso en guardia a Doc, dándole al mismo tiempo la clave del enigma.

La caja había sido colocada allí recientemente, y a no dudar por Buttons, con el solo objeto de fingir la ocultación del teléfono.

Había calculado el deseo imperioso de llamar a Monk que experimentaría la secretaria al divisar el aparato, como efectivamente lo hiciera.

Doc Savage, experto en profundizar los más ocultos pensamientos de los criminales, no había tardado en descubrir la maquinación, y era este mismo descubrimiento el que le llevaba como de la mano a otro nada tranquilizador: había sido atraído a una celada, lo que indicaba de una manera que no dejaba lugar a dudas que allí, en alguna parte del destartalado edificio, debía existir algún instrumento de muerte preparado contra él o sus amigos.

Andando lentamente, calculando cada paso, como si estuviese caminando descalzo por un sendero alfombrado de pinchos, Doc avanzó en la habitación en que se oía el «tic-tac» del reloj, hasta llegar a pocos pasos de éste.

Lo examinó atentamente. Era, en efecto, y como ya antes supusiera, el reloj de pulsera de Lea Aster, tendido casi en el centro de la habitación, sin duda para que fuese más visible.

Doc, con paso cauto, dio la vuelta en torno al reloj. No lo tocó, desde luego, porque supuso que el haberlo hecho así suponía una muerte horrible.

Realmente, a más de horrible era ingeniosísima aquella trampa mortífera ideada por Buttons Zortell.

Era un plan que parecía imposible que fallase, y, sin embargo,

esa imposibilidad no era, como se ve, más que aparente, puesto que Doc había rastreado su secreto.

Apartándose del reloj, sin tocarlo, Doc hizo una rápida inspección del local en que se hallaba. Miró primero las paredes.

Su primera inspección resultó infructuosa, hasta que llegó, en la misma planta baja, a una habitación directamente opuesta a la en que se hallaba el teléfono.

La habitación carecía de ventana y debió haber sido en su tiempo una cocina.

Había allí, amontonados junto a una de las paredes, unos cuantos bastidores de ventana, con los vidrios intactos. Doc había visto bastidores como aquéllos en distintas habitaciones de la casa.

Indudablemente, éstos habían sido preparados por la sociedad adquiridora del inmueble para su extracción del edificio.

Sólo uno de los marcos depositados en la cocina llamó la atención de Doc Savage. De toda la colección era el único que tenía el cristal despojado de polvo, como si éste hubiese sido sacudido recientemente.

Al notarlo, el hombre de bronce lo inspeccionó con detención.

Notó entonces algunas asperezas particulares sobre los restos de polvo que aún empañaban el cristal.

Cogiólo cuidadosamente y, desandando el camino hecho para llegar allí, llevó el bastidor hasta la calle y lo dejó reposando en el suelo, sobre el bordillo de la acera.

Otra vez dentro del edificio, fue, a grandes zancadas, hacia la habitación en que se hallaba el reloj.

Sin tocar éste, sacó de uno de los bolsillos de su americana un objeto pequeño, que no era otra cosa que un cohete de los llamados carretillas que, al dispararse, produce un estallido confundible admirablemente con el del disparo de un fusil.

El cohete estaba provisto de una mecha bastante larga. Doc consideraba conveniente disponer en algunas ocasiones de tales artefactos para fingir una detonación en un sitio dado, del que se hallaba distante, y acostumbraba llevar varios en sus bolsillos.

Lo colocó cuidadosamente junto al reloj, encendió la mecha y abandonó rápidamente el inmueble.

Cogiendo el bastidor de ventana que dejara en el bordillo de la

acera, corrió calle abajo, portador de aquel objeto que consideraba altamente precioso.

Un minuto después, la tierra, detrás de él, pareció volar en pedazos y el pavimento tembló bajo sus pies a efectos de una terrorífica explosión. Por las ventanas sin marco del edificio salió como un huracán de humo y escombros.

Algunos ladrillos de las paredes se desmoronaron con estrépito. De haber habido habitantes en el edificio es seguro que hubieran perecido horriblemente mutilados.

IX
Hacia Arizona



Para evitar que los cascotes proyectados por la explosión pudieran romper el vidrio del bastidor que llevaba en las manos lo escondió a medias bajo su americana.

Una niebla sofocante de polvo gris le envolvió durante unos segundos.

Monk y sus amigos le vieron avanzar hacia ellos. El velludo rostro de Monk tornóse lívido al comprobar que Lea Aster no venía con él.

—¿Qué has encontrado, Doc?

—¡No hay nadie en la plaza!

—¿Pero, qué fue lo que produjo esa explosión?

—He dejado una carretilla detrás de mí.

Monk lanzó un bufido.

—¡Una carretilla no puede haber producido una explosión como ésa!

—Y no lo hizo —explicó Doc—. La carretilla no hizo más que mover el reloj de pulsera de tu secretaria, que estaba tirado en el suelo. Dos alambres diminutos, demasiado finos para ser observados a simple vista, estaban conectados al reloj, y al explotar la carretilla y separar los conductores, determinó la explosión de una bomba colocada en el sótano.

—¡Entonces era una trampa! —gruñó Monk.

—¡Desde luego!

Los cinco ayudantes miraban, extrañados, el marco de ventanas de que era portador Doc y al que tan cuidadosamente procuraba

que ningún daño le ocurriese, pero no les dio tiempo a que le hicieran ninguna pregunta.

Savage echó a andar deprisa calle abajo hasta encontrar un taxi.

En ruta hacia el cuartel general del rascacielos de Broadway, fue un poco más explícito acerca de lo que había visto en el edificio deshabitado.

—Buttons y sus secuaces abandonaron el edificio llevándose a la muchacha, probablemente pocos minutos después de hacerla caer en el lazo preparado de antemano de avistarnos por teléfono de su secuestro —terminó Doc.

Llegados a su oficina, Doc colocó el bastidor sobre la mesa adornada de incrustaciones y se dirigió luego al laboratorio.

Segundos después regresó llevando en las manos algo que se parecía a una gran cámara oscura.

Monk miró el mecanismo y luego el cristal.

—¡Oh, oh! —murmuró—. ¡Ya comprendo!

Corrió Doc las cortinas de la ventana produciendo la oscuridad en la estancia y enchufó en un portalámparas un flexible que partía de la cámara oscura.

Hecho todo, enfocó el objetivo sobre el cristal empolvado.

En donde un segundo antes no podía verse más que polvo aparecieron súbitamente y de un modo misterioso unas letras azules fosforescentes.

Parecía como si se hubiese operado una magia fantástica.

Para los amigos de Doc el secreto de aquella aparente fantasmagoría era de sobras conocido. La cámara oscura proyectaba unos rayos ultravioletas invisibles. Bajo el efecto de estos rayos determinadas sustancias resplandecían o se hacían fosforescentes.

Capitalizando sobre esta última cualidad, Doc había fabricado una tiza con la que podían escribirse letras invisibles en apariencia, pero que tomaban vida adquiriendo un tono azul bajo el influjo de los rayos ultravioletas.

Todos los que trabajaban a las órdenes de Doc llevaban siempre consigo trozos de esta tiza, elaborada en formas diversas, incluso afectando la apariencia de botones.

Era indudablemente con uno de estos últimos, cosido a sus vestidos, con el que la secretaria de Monk había escrito un mensaje

sobre el cristal.

Doc y sus hombres, inclinados sobre éste, no tardaron en leer dicho mensaje. Se notaba que había sido escrito apresuradamente, pero como Lea Aster era una calígrafa expertísima la escritura era perfectamente legible.

Decía así:

> Espero que hallará este mensaje, señor Doc Savage. He aquí lo que he oído por casualidad:
>
> Mis captores trabajan a las órdenes de un individuo de Arizona. Tienen un escondite secreto en la parte exterior del Cañón de la Calavera Roja, en Arizona. Este lugar, que indican cuatro potentes luces por la noche, está situado varias millas río abajo de la enorme roca roja en forma de calavera, de donde ha tomado el nombre el cañón. Oí cómo lo explicaban a uno de sus compinches, llamado Whitey, donde está situado. Whitey intenta, evidentemente, llevarlos en aeroplano y piensan adquirirlo en el aeropuerto de Star.
>
> Les oí también hablar de la «Mountain Desert Construction Company» y de tres hombres llamados Nate Raff, Richard
>
> \1
>
> y Ossip Keller, pero sí que amenazan varios peligros a uno o más de estos tres hombres. Pero los documentos de que yo me apoderé…

El escrito terminaba aquí bruscamente. Doc apartó la cámara de los rayos ultravioleta y el cristal empolvado recobró su primitivo aspecto, borrándose en el acto toda huella de escritura.

—¡Propongo que votemos la concesión de una medalla especial para mi secretaria! —gritó Monk, entusiasmado—. ¡Nos ha dado una pista segura para llegar al escondite secreto de la cuadrilla!

—Además de esto ha puesto en claro la relación que existe entre la «Mountain Desert Construction Company» y nuestro enemigo —añadió Doc.

En el remate del rascacielos vecino, desde donde, como sabemos, podía verse la oficina de Doc Savage, Buttons Zortell se escondió precipitadamente tras el telescopio niquelado por el que había estado atisbando largo rato.

El movimiento había sido instintivo, antes de comprobar de que a la distancia en que se hallaba estaba demasiado lejos para que pudieran distinguirle.

Buttons, no atreviéndose a permanecer en la vecindad del edificio en que colocara la bomba, se dirigió a la torre del rascacielos, desde donde calculó que no tardaría en enterarse del resultado de su odiosa trama.

La aparición de Doc y de sus compañeros le produjo el efecto que es de suponer. Tras los primeros transportes de rabia ciega, se apoderó de él un desasosiego infinito.

—¡Maldición! —aulló, como un poseso—. ¿Cómo no daría esa bomba en el blanco y cómo conseguirían escaparse?

—Tal vez una rata arrastró el reloj y produjo la explosión de la bomba —sugirió uno de los hombres de Buttons que le había acompañado hasta el observatorio.

—¡Como si fuera un trozo de tocino! ¿Verdad? —refunfuñó Buttons, descompuesto—. Lo de menos es cómo sucedió. ¡Lo único cierto es que otra vez ha fallado nuestro plan! ¡Maldita sea!…

—¡No creo que al amo le guste mucho esto!

—¡Ni a mí tampoco! —refunfuñó Buttons, descompuesto—. ¿Crees que estoy muy satisfecho? Hemos hecho cuanto podíamos, ¿no es eso?

—El patrón nos dijo que nos fuéramos de la ciudad si fallaba lo de la bomba —le recordó su compañero.

—¡Y vamos a hacerlo sin pensarlo más! —murmuró Buttons, receloso—. ¡Detrás de los riscos de la Calavera Roja soy capaz de desafiar a un regimiento!

—¿Y qué vamos a hacer con la muchacha?

—La llevaremos con nosotros… por supuesto.

Y sin cambiar más palabras se dirigieron hacia la escalera para tomar el ascensor.

Monk nada había podido observar de lo que ocurría en la torre del rascacielos frontero al suyo. Al cabo de un rato de

ensimismamiento volvióse hacia sus compañeros y murmuró con voz opaca:

—Me gustaría saber qué hay detrás de todo esto… De las últimas palabras del mensaje de mi secretaria deduzco que iba a decirnos lo que contenían los documentos que le sacó a Button. La deben haber interrumpido cuando escribía.

Doc, que hojeaba un listín de teléfonos, no alzó siquiera la cabeza al oír estas palabras.

—¿Qué estás buscando, Doc? —preguntó Ham.

—Miss Aster dice que la cuadrilla trata de comprar un aeroplano en el aeropuerto de Star.

—¡Hum! —murmuró Monk—. ¡Yo he pasado más de una vez por encima de ese rincón!

Doc encontró al fin lo que buscaba y pidió comunicación con el aeropuerto sin obtener contestación alguna a su llamada. Repetida ésta, con idéntico resultado negativo, dijo:

—El aeródromo no está lejos. Vamos allá.

Guardaba Doc Savage varios automóviles en un garaje especial situado en el sótano del gigantesco edificio. Fuera de los empleados del rascacielos pocas personas conocían la existencia de tal garaje.

Un gran ascensor llevaba los automóviles a la misma calle.

Doc escogió un coche de turismo de un tamaño regular y de un color ordinario e indiscernible.

Aunque no parecía poseer ninguna cualidad que sobresaliese de lo corriente a los ojos de un observador, el chasis del vehículo era de una resistencia poco común y el motor desarrollaba con exceso una fuerza de doscientos caballos.

Ya en su interior, partió el auto velozmente, cruzando por sobre uno de los puentes que dan acceso a Manhattan y de allí a un bullicioso bulevar.

En menos de media hora Doc llevó el coche hasta el aeropuerto de Star.

Miraron a todas partes sin ver alma viviente, pero en el interior de la oficina encontraron a un hombre sin sentido.

Observaron inmediatamente que aquel hombre había recibido un golpe violento en la sien. Tardó Doc unos minutos en volverle a la vida y el lesionado le contó así lo ocurrido:

—Soy el gerente del aeropuerto —murmuró, medio emocionado aún—; he vendido a unos individuos un aeroplano… un ocho plazas. Es un monoplano pintado de verde, con un solo motor.

—¿Quién le golpeó a usted?

—Uno de esos tipos a los que vendí el aparato. Se han ido volando hace veinte minutos. Llevaban a la fuerza a una joven con ellos. Era una rubia como un melocotón —añadió, admirado—. Vi que la joven estaba intranquila y se resistía y traté de intervenir. Fue entonces cuando uno de aquellos energúmenos me golpeó con un revólver del tamaño de un cañón.

Doc y sus hombres cambiaron entre sí una mirada. ¡Se llevan a Lea Aster! —murmuró Monk, con desesperación—. ¡Apostaría cualquier cosa a que se dirigen a Arizona!

—¡Venid! —dijo Doc.

Se dirigieron rápidamente al coche de turismo. Puesto el motor en marcha, pisó Doc el acelerador y partió el auto como una centella.

—¿Supongo que iremos a Arizona? —preguntó, esperanzado, Monk.

—¡Tú acabas de decirlo! —contestó Doc, ceñudo.

X
El hombre que vuela



Unas dieciséis horas después, un solitario pastor que apacentaba su rebaño en la meseta de uno de los cañones de Arizona, fue testigo de algo que no olvidaría tan fácilmente.

El pastor aquél había recogido su ganado para pasar la noche en una especie de gruta situada en la falda de un monte solitario y llevaba escopeta al brazo, en espera de dar cuenta de un par de coyotes que molestaban a su rebaño.

De pronto llegó a sus oídos un penetrante silbido. El ruido fue subiendo de tono hasta hacerse atronador, semejando un tremendo alarido.

Allí arriba, sobre la meseta, brilló un relámpago gigantesco, una monstruosa aparición que oscureció las estrellas.

Parecía viajar con la velocidad de la luz, por lo que desapareció casi en el acto, dejando tras sí su terrible silbido, muy semejante al que produce la sirena de un motor a la que se acaba la cuerda.

El pastor sólo pudo distinguir vagamente que el objeto aquél tenía una forma parecida a un murciélago sin patas ni cabeza y de un color bronceado claro.

El rebaño se aterró al oír el estridente silbido que acompañaba al veloz fantasma que volaba en la noche.

Si se trataba de un aeroplano hay que convenir en que era de un tipo no corriente y que volaba a una velocidad superior a doscientos cincuenta millas por hora.

Y el monstruo de la noche era precisamente eso: un aeroplano de forma notable y el piloto era Doc Savage. Las características del

aparato se diferenciaban notablemente de las de los demás de su especie.

Lo accionaban tres grandes motores que desaparecían casi por completo entre las alas y el fuselaje. El tren de aterrizaje, igual que el rodillo de cola, se ocultaba en vuelo para no ofrecer resistencia al aire.

Doc y sus cinco compañeros viajaban en la parte anterior de la carlinga.

Iban un poco apiñados por falta de sitio, pues aun cuando el interior de la cabina era bastante espacioso, llevaba un cargamento voluminoso.

Un lienzo moreno cubría la carga.

Los tres motores estaban provistos de unos silenciadores admirables y los propulsores eran de una forma especial que reducía al mínimo el zumbido del aire. La cabina tenía la forma de una botella herméticamente cerrada y a prueba de ruidos, por lo que la conversación podía sostenerse en ella en el tono corriente.

—Estamos a unas ochenta millas del cañón de la Calavera Roja —dijo, desde su asiento, Renny, que había estado localizando la posición.

Renny era piloto y navegante y sus conocimientos de ingeniería le hacían apto para la tarea.

Los mandos los llevaba Doc en persona.

Long Tom, el elegante gentleman de aspecto enfermizo, el mago de la electricidad, manipulaba con el aparato de radio, un equipo potente, que le ponía en contacto con todas las estaciones semejantes en los aeropuertos enclavados a lo largo del trayecto.

Volvióse hacia el altavoz, ya que el teléfono era innecesario en aquella cabina silenciosa, e informó a sus compañeros:

—No tenemos suerte. Un aeroplano respondiendo a la descripción que nos hicieron del aparato verde que lleva a Buttons y su cuadrilla se detuvo a proveerse de esencia en un aeropuerto cerca de Kirksville, en el Missouri. La muchacha con ellos. El encargado del aeropuerto, que conocía las características que nosotros le dimos, envió por el «Sheriff», pero la cuadrilla se largó antes de que llegase el representante de la autoridad. Desde entonces no se les ha vuelto a ver.

—Les llevamos por lo menos cuatro horas de ventaja —dijo Doc—. Nuestro aparato es mucho más veloz que el suyo.

Monk iba atisbando el terreno sobre el que pasaban.

—¡Oh! —exclamó, al ver el aspecto montañoso del paisaje—. ¡Este país que ahora atravesamos parece una pesadilla de piloto!

En la bóveda celeste se apiñaban gruesas nubes. La luz de la luna coronábalas de un halo resplandeciente, pero por la parte inferior eran negras y siniestras.

La rapidez con que se movían indicaba que las empujaba una fuerte corriente de aire.

Los rayos de luna, penetrando a través de las nubes, como potentes reflectores, descubrían a los ojos del observador atónito amplias mesetas tapizadas de mezquitas, salvia y cactus, junto a hondonadas fantasmales que parecían labradas a cuchillo por la mano de un gigante, cañones enormes que se diría bostezos monstruosos, y abismos insondables.

Doc disminuyó la velocidad del aparato.

—Aterrizaremos por aquí —dijo.

Hizo funcionar una palanca y a su impulso las alas del avión empezaron a oscilar suavemente. Esto permitió al aparato avanzar un trecho sin perder por eso su altitud.

Otra palanca hizo descender el tren de aterrizaje.

Doc escogió para aterrizar la cima de una montaña, que tenía la forma de una ancha meseta, y después de trazar sobre ella dos círculos, tomó tierra.

El avión dio algunos saltos un tanto violentos por la abundante maleza que coronaba la meseta. Las ruedas segaron materialmente la vegetación, despidiendo algunos fragmentos de cactus, que volaban a regular altura.

Funcionaron a tiempo los frenos y el aparato quedó inmóvil.

—Estamos ahora a unas quince millas del Cañón de la Calavera Roja —anunció Renny.

No se pronunciaron más palabras. Todos sabían la empeñada tarea que les aguardaba y empezaron a trabajar con eficacia silenciosa.

Retiraron la lona que cubría el cargamento y, una vez desplegada, resultó ser de tamaño bastante regular. Era listada en

varios colores, imitando las vetas de las rocas.

Desplegada sobre el aparato quedaba oculto el avión a miradas indiscretas y, desde la altura, el lugar del aterrizaje podía ser tomado fácilmente por un peñón más en aquel abrupto paraje.

Se hicieron funcionar diversos cerrojos y aldabillas y la cabina giró sobre unos goznes, formando una especie de senda inclinada hacia la superficie de la meseta.

Sobre ella hicieron rodar los hombres un voluminoso artefacto que constituía la parte más sobresaliente del cargamento.

Tratábase de un mecanismo que semejaba el fuselaje de un aeroplano.

Pero la cola, en vez de tener elevadores y timón, únicamente tenía éste.

La parte inferior del carro tenía cuatro ruedas de forma parecida a la de un buñuelo, dispuestas de tal modo que permitían al aparato, una vez posado en tierra, rodar en cualquier dirección.

Por encima del fuselaje se elevaba un árbol rematado en forma de una especie de giba de la que salían arracimados varios tubos y bielas.

De la cabina del avión mayor trajeron los compañeros de Doc unas paletas abarquilladas que colocaron en los tubos anteriores.

Las extremidades de dichas aletas iban provistas de unos elevadores en miniatura.

Dentro de este minúsculo avión colocó Doc dos paracaídas y varias pesadas cajas de aparatos.

Terminadas todas las operaciones preparatorias, tomaron asiento en la reducida carlinga del pequeño avión Doc Savage y Renny.

Un recio motor, enfriado químicamente, ponía el vehículo del aire en movimiento.

Las aletas, en forma de aspas, empezaron a girar como lo hacen las de un molino de viento, aumentando gradualmente de velocidad.

EL aparato se elevó en línea recta fuera del terreno. Era un giroplano, invención de Doc. Como el más vulgar autogiro, no era capaz de grandes velocidades.

Manipulando los mandos, Doc guió el giroplano hacia el Norte. Estos mandos eran como una adición a las válvulas usuales de los

aparatos de navegación a manera de rueda de timón montada sobre un balancín.

Haciendo girar la rueda se dirigía el aparato. Tirando hacia atrás se producía el ascenso, y empujándola hacia delante el descenso.

El giroplano era un aparato adecuado para volar sobre aquella tierra accidentada que se extendía a sus pies…

Las violentas corrientes de aire que azotaban oblicuamente las laderas de los montes y aumentaban el hervor de los abismales cañones obligaron al giroplano a volar en forma circular en torno de ellos.

Bien tapado el motor, sólo las aletas móviles dejaban escapar un débil gemido.

Para vigilar con ventaja el terreno que tenía debajo Doc hizo funcionar unos grandes anteojos amplificadores montados sobre una armadura a propósito.

Este instrumento afectaba la forma de un «sport-ocular».

—¡Éste es el valle que inundará el dique, una vez construido! —exclamó, súbitamente, Renny.

Aunque su partida de Nueva York había sido precipitada, Doc y sus hombres habían podido adquirir ciertos detalles referentes a la construcción del dique por la «Mountain Desert Construction Company».

La compra de unos periódicos de la época de la propaganda de la empresa les facultó suficiente información.

EL valle que había de ser inundado tenía varias millas de ancho y unas cuantas veces más esta cantidad de largo. Indudablemente, aquel valle había formado, hacía siglos, el lecho de un vasto lago natural circundado por las montañas de la región.

Las aguas se habían filtrado, desapareciendo, por una cortadura que formaba un hondo canal a través de las montañas.

Aquel canal, amurallado y cortado a pico, no era otro que el Cañón de la Calavera Roja. La construcción del dique a la entrada del Cañón suponía la vuelta del valle a una reproducción, aunque en miniatura, del gran lago que antes existiera allí.

La electricidad generada por el dique se proyectaba venderla a las ciudades e industrias eléctricas de Arizona, California y otros Estados.

Doc hizo girar su vehículo aéreo hacia la boca del cañón. Las movedizas nubes que interceptaban la luz de la luna hacían que la iluminación de ésta fuese desmayada.

Los grandes farallones, además, alzaban hacia el cielo muros de sólida piedra que aún dificultaban más la visión perfecta. Aquí y allá se erguían graníticas figuras algo semejantes a monumentales agujas de catedrales gigantes.

La entrada del Cañón de la Calavera Roja bostezaba con su enorme bocaza abierta. Allá en el fondo de la hondonada veíanse dobles hileras de luces eléctricas.

Nubes, tierra y polvo envolvían como un vaho los focos luminosos. El río de la Calavera Roja, detenido por la ataguía y derivado hacia el interior de un túnel, semejaba una descomunal serpiente bronceada.

—¡El dique está a punto de terminarse! —afirmó Renny, que por su parte había dirigido personalmente no pocas construcciones semejantes—. ¡Están llevando a cabo los trabajos complementarios!

Doc detuvo la marcha del giroplano en el interior de una nube. Había estado volando hacia el Norte, al darse cuenta de que el viento arrastraba las nubes hacia el Sur.

Sin grandes esfuerzos logró mantenerse con el aparato dentro de la nube.

De tanto en tanto descendía algo para observar el terreno desde menor altura y con más precisión.

Pasaban ahora por encima del bullicioso escenario de las obras del dique.

A sus pies se abría el Cañón. Era una hendidura de piedra de tremenda profundidad.

Los rayos de la luna, filtrándose a través de los intersticios de las nubes, entraban sesgados en su interior, como si pretendiesen en un esfuerzo desesperado llegar hasta las aguas del río, que eran su sangre vital, pero el lecho de aquél continuaba oculto en las profundas tinieblas.

Doc descendía con más frecuencia hacia el borde inferior de la nube. Sus miradas correteaban atentamente, buscando algo que le indicase el cubil de sus enemigos.

—Ésta es la formación rocosa que ha dado nombre al río y al

cañón —dijo Renny, en un momento determinado del vuelo. Mirando con fijeza pudo distinguirlo con bastante claridad. Era una gran protuberancia de piedras de aspecto monstruoso que sobresalía en la extremidad del Cañón.

Aquella roca ingente tenía una sorprendente semejanza con una enorme calavera humana. Su color era rojizo pálido, contrastando con el tono más oscuro de las rocas que la circundaban.

Aquel signo terrorífico a la entrada del Cañón parecía un presagio de peligro y de muerte.

El giroplano continuaba volando millas y millas.

—¡Ya hemos llegado! ¡Es allí! —dijo Doc.

Sus ojos penetrantes habían distinguido cuatro puntitos de luz, como cabezas de alfiler, formando un rectángulo alargado. A una elevación aproximada de una milla Doc guió su avión hacia una nube.

Púsose uno de los paracaídas y entregó los mandos a Renny.

En torno a su cinturón ciñóse un ancho cinturón en el cual estaban fijas unas cajas algo voluminosas.

No hubo entre ellos, como podría suponerse, despedida dramática, aunque ambos estaban convencidos de que Doc corría en aquellos momentos un peligro de muerte.

Sólo el dar el salto suponía un riesgo incalculable, ya que las probabilidades de aterrizar sin daño en aquellos parajes no dejaban de ser algo limitadas.

—¡Reúnete con los otros y espera órdenes! —dijo Doc, a tiempo de lanzarse al vacío.

Mientras caía zumbaba el aire en sus oídos. Empezó a girar sobre sí mismo vertiginosamente pero con una proyección hacia adelante de ambas piernas, detuvo el movimiento de vértigo.

La monstruosa hendedura del cañón parecía lanzar hacia lo alto las quijadas abiertas para engullirlo. Sin embargo, no tiró de la cuerda que había de abrir el aparato y continuó el descenso a una velocidad acelerada.

No quería exponerse a las sacudidas de las corrientes de aire que le hubieran arrastrado bastante lejos del punto escogido de antemano para tomar tierra.

La oscuridad aumentaba por momentos.

A sus pies, las cuatro luces indicadoras empezaron a apartarse unas de otras como si las empujase una mano invisible.

Era indudable que servían de guión de los límites de un campo de aterrizaje.

En uno de los extremos de éste apareció de pronto un rojizo resplandor.

Era el reflejo de una hoguera encendida sobre la roca. En el mismo instante en que vio aquella orilla rojiza abrió Doc su paracaídas.

Al abrirse experimentó una sacudida que podía haber lastimado a cualquier otro individuo menos musculoso que él.

Todo iba sucediendo un poco mejor de lo que calculara. El paracaídas se había llenado completamente de aire y el golpe contra la tierra apenas tuvo violencia alguna.

En cuclillas salió de entre los pliegues del aparato.

Escuchó atentamente unos segundos. No percibió señal alguna de alarma.

Era indudable que los hombres que hacían guardia en el campamento no esperaban una visita individual por el aire.

La hoguera que antes distinguiera estaba lo menos a unos cien pies sobre el nivel del campo. Resplandecía fuera del cuadrángulo a uno de los lados del farallón.

Doc dobló cuidadosamente el paracaídas. Una nube había ocultado totalmente la luna y la oscuridad era completa. Doc se dirigió hacia uno de los extremos.

Bajo sus pies sentía una superficie arenosa, indicando que se trataba de un banco de arena a bastante elevación en el cañón. Tal vez en tiempos remotos fuera aquella una de las estribaciones del lecho del río.

AL otro lado del rectángulo formado por las luces y a cierta distancia encontró una quebrada.

Descendió al fondo y se arrastró hasta que tropezó en su camino con un peñasco caído indudablemente de lo alto y que se mantenía sobre el abismo a unos cien pies de altitud, aproximadamente.

De una de las cajas del cinturón sacó varios tubos y botellas y empezó a trabajar con ayuda de una linterna. Lavó cuidadosamente sus manos y su cara con un líquido especial que dio a su piel un

tinte pálido y enfermizo.

Una tintura preparada por él dio un color más oscuro a su cabello. Otro líquido purificador podía hacer desaparecer rápidamente los efectos de aquellos tintes.

Terminadas estas operaciones escondió el paracaídas y el cinturón en una grieta del terreno, cubriéndolos con guijarros y tierra. Luego regresó al terreno nivelado en que antes estuviera.

Siguió andando en silencio hacia el lugar donde estaba la hoguera, pero se sorprendió al notar que la roca ascendía normalmente.

Hizo de intento algún ruido e instantáneamente se oyó en lo alto la detonación de un revólver, silbó el proyectil en el aire y una bala fue a hundirse a sus pies en la arena.

XI
La lucha del cañón



Doc no cambió de posición. El tirador no podía verle.

Dando a su voz una grosera brusquedad y un acento desgarrante de rabia, lanzó un rugido hacia la altura.

—¿Qué manera es ésta de recibir a las personas?

—¡Éste no es sitio para andar huroneando en la oscuridad! —se oyó gritar desde lo alto a una voz aguardentosa—. ¿Quién es usted, hombre?

—¡Soy alguien que va a agujerearte la piel como sigas disparando! —rugió Doc, simulando la forma violenta de dirigirse un truhán a otro de su especie.

—¿Cuántos hombres te acompañan?

—¡No necesito que nadie me ayude a liquidarte! —bufó Doc, vuelto siempre hacia el que hablaba.

—¡Déjate de tonterías! ¿Vino contigo el patrón?

—No —contestó Doc, enterándose por las palabras del otro de que el jefe de la cuadrilla no se encontraba allí—. He venido a esperarle, precisamente.

—No estoy muy seguro de que digas la verdad. ¿Eres el sheriff?

—¿Quién te ha dado permiso para insultarme? —rugió Doc; como considerando una burla sangrienta el compararle con el representante de la autoridad.

—Da la vuelta a la roca —ordenó su interlocutor—. ¡Voy a enterarme de qué casta de pájaro eres!

En vez de un hombre fueron varios los que descendieron gateando por una escala de cuerda que dejaron caer previamente a

lo largo de la pared del farallón. Todos llevaban linternas eléctricas.

EL hombre que había disparado contra Doc Savage, un individuo rechoncho como un tonel, tenía unas orejas descomunales y una nariz tan chata que parecía haber estado recibiendo golpes durante cien años.

—¿De modo que el amo te envía aquí para esperarle, no es eso?

—Supongo que no habrá venido aquí a curarme un dolor de muelas, ¿no te parece? —gruñó Doc.

Deliberadamente aparentaba ser un individuo rudo e irritable en grado sumo.

—Pues no creo que anden muy lejos de dolerte las muelas si sigues galleando de ese modo —contestó, no menos fieramente—. Aún no te he visto la jeta.

—Pues eso vas perdiendo.

—¿Ah, sí? ¿Acaso eres un nuevo ejemplar de hombre?

—Podría considerarse que soy eso.

El hombre rechoncho miró significativamente a su alrededor.

—Este tipo —dijo a sus compañeros— se presenta en una forma que se me hace difícil de creer. El amo nada nos ha dicho acerca de aumentar la cuadrilla.

—¿Es que tiene que pedirte permiso a ti? —rezongó, sarcásticamente, Doc.

—¿Qué camino seguiste para venir aquí? —contestó el que parecía cabecilla de aquella gente.

—¿Me vas a hacer reír? —murmuró Doc.

Y aguardó ansiosamente a que algún indicio le dictara la contestación categórica que había de dar a aquella pregunta embarazosa para él.

Se oyeron varias risas ahogadas.

—¡Me parece que a este tipo no lo enredas, Jud! —dijo uno de los bandidos, dirigiéndose al que hasta entonces había llevado el peso de la conversación—. Demasiado se ve que sabe que el único medio para llegar aquí es el río… o el aeroplano, pues no creo que tenga alas para volar…

La observación era luminosa. Aquellos hombres debían de tener forzosamente una embarcación en el río de la Calavera Roja lo bastante capaz para luchar con la corriente.

—¿Quién te trajo aquí? —insistió el orejudo.

Doc asestó una mirada furibunda al preguntón.

—Tal vez necesitas que alguien te lleve de la mano por el río, pero a mí no me hace falta.

—¡Ah! —exclamó, ya más convencido, Jud—. ¿Entonces el patrón te alistó en la banda porque conoces la región y el río?

Doc, como si no hubiese oído lo que le preguntaban, interrogó a su vez:

—¿Sabéis que viene de camino hacia aquí un aeroplano desde Nueva York?

—Claro que sí.

—¿Y sabéis algo sobre la muchacha?

—También. Tenemos allá arriba una estación de radio y el amo nos ha dado órdenes importantes sobre esto.

La observación sobre el aparato de radio era una mala noticia para Doc.

¿No era de suponer que aquellos hombres se pondrían en comunicación con su jefe para comprobar la veracidad de sus afirmaciones sobre su pertenencia a la cuadrilla?

Esto echaría por tierra todos sus planes tan concienzudamente elaborados.

—Yo he venido a hacerme cargo de la muchacha, y llevarla a su lado —afirmó no obstante, sin dejar en ningún momento traslucir sus temores.

Contra lo que era de esperar, nadie mostró la menor sorpresa ante su afirmación. Sólo uno de los hombres bufó retador:

—¿Qué significa eso? ¿Acaso no somos lo bastante finos para tratar a una señorita de la ciudad?

Doc se decidió a preparar el terreno en pocas palabras para cuando llegase la ocasión.

—¡El hombre que se atreva a ofender a esa muchacha firma su sentencia de muerte! —dijo, con vehemencia—. ¡Y que ninguno de vosotros lo intente siquiera! Esa muchacha puede ser el precio que se le imponga a Doc Savage, si logra arrinconarnos. ¡Si es injuriada en lo más mínimo puede resultar un perjuicio para todos!

Por un momento se dijo Doc que tal vez había ido un poco lejos en la violencia de su discurso, al ver las curiosas miradas que le

dirigían los del grupo.

Pero el incidente no pasó de allí.

Invitaron a Doc a que ascendiese por la escala de cuerda que servía de acceso a la parte superior del farallón.

Hízolo así y pronto se halló en el interior del rectángulo que vislumbrara durante su vuelo sobre el campamento de los bandidos.

Ya en tierra firme, al otro lado del farallón pudo ver un amplio espacio de terreno en cuyo centro ardía una hoguera. Doc miró en torno, un poco sorprendido.

Veíanse varias casas, algunas de varios pisos. Las paredes eran de grandes piedras toscamente talladas, ajustadas unas a otras por una especie de hormigón de barro.

Todo el farallón resultaba ser una antiquísima vivienda, algo ruinosa, de un modelo no poco frecuente en Arizona y en otros Estados del Sudoeste.

—Tenemos, aquí un verdadero palacio, ¿verdad? —preguntó uno de los bandidos.

—Así parece… ¡si no se nos cae encima! —contestó Doc, con aspereza.

—No querrá hacerlo ahora, después de haber resistido tantos años. Apostaría cualquier cosa a que nadie había estado en él desde hace más de mil años, hasta que lo descubrió el patrón. Él dice que esto lo edificó tiempo atrás, para vivienda suya, el diablo.

Doc, procurando mantenerse bastante alejado del resplandor de la hoguera, empezó a hacer astutas preguntas.

—¿Cuándo dijo que lo descubrió? —preguntó, fingiendo sólo curiosidad.

—No sé. Antes de empezar la construcción del dique… creo que sería.

—¿Y cómo se le ocurrió al patrón asomarse a esta región?

El otro le miró, sorprendido.

—¿Parece que no sabes mucho acerca del patrón? —murmuró.

—No.

—¿Pues cómo has llegado a ponerte en contacto con él?

—Por mediación de un amigo suyo: Buttons.

Y Doc se dijo a sí mismo que en el fondo no mentía al afirmarlo.

—Buttons Zortell, ¿eh? —continuó el bandido—. Es un buen

sujeto, pero en Nueva York no lo hizo del todo bien.

—¡Allá Buttons con sus cosas! —gruñó Doc, destempladamente —. Lo que a mí me interesaría, compañero, es algo más acerca de este asunto en el que voy a jugarme tal vez el pellejo. EL patrón no ha tenido tiempo de decirme gran cosa. ¿Qué gato encerrado hay en todo esto? ¿Qué haremos nosotros después?

Doc se mantuvo alerta, espiando el más ligero signo de hostilidad, ante la audaz pregunta que acababa de hacer.

Demostraba tal ignorancia en un hombre admitido a formar parte integrante de la banda que debía despertar una desconfianza instantánea. Pero su sorpresa fue enorme.

Los hombres se limitaron a soltar una estruendosa carcajada.

—¡Tampoco sabemos nosotros lo que el patrón querrá hacer después! —cacareó uno—. Nos pagan, trabajamos y cerramos el pico. Eso es todo lo que hay.

—Debe de tener relación con el dique —sugirió Doc.

—Con evitar que el dique se construya, querrás decir.

Doc archivó en su memoria aquellas noticias para futuras consideraciones.

¡Luego existía la oposición a que se terminase la construcción del dique!

—¡Ya comprendo! —murmuró—. Pero… ¿qué se sabe del patrón? Por mi parte, lo poco que sé es gracias a Buttons.

Su interlocutor parecía no abrigar sospecha alguna.

Doc se decía interiormente que todo cuanto fuera aprendido sería de interés.

—¿Su nombre mismo debe ser un gran secreto? —aventuró.

Un fogonazo de perplejidad apareció en los ojos del hombre que tenía delante.

—No puedo adelantarte gran cosa sobre lo que deseas averiguar… Desde luego es un secreto fuera de la banda, pero todos los que formamos parte de ella sabemos perfectamente que su verdadero nombre no es el de Nick Clipton.

—¡Eh, oye! —rugió, súbitamente, el rechoncho hombrecillo que fuera el primero en descubrir a Doc y que respondía al nombre de Jud.

EL bandido había adelantado poco a poco hasta el lugar en que

se hallaba nuestro héroe, y al hallarse junto a él echó rápidamente mano a uno de sus revólveres con el cual apuntó a la cabeza de Doc.

—¡Ahora estoy seguro de que no eres uno de los nuestros!

Doc recobró en el acto su carácter pendenciero que tan buenos resultados le diera con anterioridad.

—¡Me parece que estás necesitando que te ventilen la sesera, y si sigues por ese camino no voy a tener más remedio que hacerlo! —farfulló.

El gran revólver de Jud se inclinó aún más amenazador.

—¡Me parece que estoy de ti al cabo de la calle! —escupió materialmente el hombrecillo—. Hay algo sospechoso en tu juego que no me parece muy limpio…

—¡Qué chiquillo tan listo! —murmuró Doc, socarronamente.

—¡Por lo menos algo más que tú! Si eres realmente uno de los nuestros puedes decirnos el nombre verdadero del patrón. ¿Cómo se llama?

Doc hubiera dado cualquier cosa por poder contestar correctamente a aquella pregunta, no por lo que podía referirse a su situación crítica en aquellos instantes, ya que se había encontrado repetidas veces en otras semejantes, sino por saber a ciencia cierta quién era el director de aquella ofensiva criminal.

Precisamente el objetivo que le llevara a trabar conocimiento con aquellos granujas era averiguar el nombre del que los capitaneaba.

—El único nombre que yo le conozco es el de Nick Clipton —dijo.

No mentía al hablar así y aún podía haber añadido que acababa de saberlo segundos antes.

Los bandidos cambiaron entre sí miradas de alarma y no fue sólo ahora el revólver de Jud el que brilló a la luz de la hoguera, fuera de la funda.

—¡Diablo! ¡Creo que estás en lo cierto acerca de este pájaro! —dijo uno a Jud.

—¡Claro que lo estoy!

—¡Sois un hato de borregos! —aulló Doc—. Yo sé cómo puede aclararse esto. Llama al patrón por la radio y pídele informes sobre

mi persona.

Aquella sugerencia no era una bravata más por su parte. Deseaba que lo hicieran y así esperaba oír el verdadero nombre del jefe.

—¡Naranjas! —contestó, con socarronería, Jud—. Nuestra radio es un cascajo que cuando funciona se oye en todo el farallón. ¡Tanto daría que te dijésemos el nombre del patrón ahora mismo! ¡En vez de eso lo que vamos a hacer es amarrarte y luego veremos lo que se hace contigo!

Y como si estas palabras fuesen una consigna, avanzaron todos con los revólveres prontos a hacer fuego.

Un observador cualquiera podría haber visto cómo se iba dilatando poco a poco el tórax de Doc, como si estuviese aspirando una gran cantidad de aire para almacenarlo en el interior de sus pulmones.

Alzó las manos por encima de la cabeza y entre tanto, aunque sin razón aparente para ello, el bíceps de su brazo derecho, tenso e hinchado, parecía pronto a estallar la manga de su chaqueta.

El hombre que iba a la cabeza del grupo extendió la mano para apresarle, pero en aquel mismo instante ocurrió algo fantástico.

El esfuerzo de Doc, llegado a su grado máximo, pareció electrizar a aquel hombre, que cayó de bruces, como un guiñapo.

Un segundo después, los restantes componentes de la banda rodaban por el suelo como su compañero y quedaron cara al suelo jadeando ruidosamente.

¡Todos ellos estaban sin sentido!

Doc esperó que transcurriese un minuto y, pasado éste, libertó el aire que había estado almacenando con anterioridad. Contener el aliento durante este intervalo era para Doc un juego de chicos.

En la parte interior de la manga de su americana había un bolsillo secreto precisamente sobre el bíceps, y en él guardaba varias ampollas de un vidrio finísimo, que contenía un gas anestésico penetrante y fácilmente propagable, que producía en quien lo aspiraba un estado de inconsciencia, pero que se convertía en un vapor totalmente inocuo pasado un minuto de su difusión en el aire.

Con la tensión de sus poderosos músculos, Savage había

quebrado las ampollas, dejando escapar el gas, y contuvo la respiración hasta que el gas venenoso se evaporó.

Aquellos hombres continuarían insensibles durante algún tiempo.

Mientras respiraba ampliamente para refrescar sus pulmones con el aire frío de la noche, oyóse el zumbido de un aeroplano que roncaba penosamente ya dentro de las profundidades del cañón de la Calavera Roja.

El especial zumbido indicaba que debía tratarse de un avión de un solo motor.

¡Buttons Zortell debía llegar de un momento a otro en un aparato de esas características! Doc corrió hacia una de las aberturas de aquel rectángulo amurallado que hacían las veces de ventanas.

Sus ojos taladraron la oscuridad.

A lo lejos rebrillaban las alas descubiertas del aparato. En aquel momento estaba trazando círculos a la luz de la luna, manteniéndose precisamente encima de las cuatro luces indicadoras del rectángulo.

Doc comprendió que en casos parecidos aquellas gentes necesitaban emplear algún procedimiento para iluminar el campo de aterrizaje y eso era lo que estaba indudablemente esperando el piloto.

Encendió su inseparable linterna de bolsillo y realizó una rápida pesquisa.

En una habitación adyacente de aquella vivienda ruinosa del farallón halló lo que buscaba.

Era un tubo ordinario, como los usados en la minería, que apuntaba hacia la tierra en forma de reflector y en el centro del cual, por un ingenioso sistema de fricciones, se producía la luz. Raspó en el extraño aparato y brotó una intensa claridad. Su brillo era realmente cegador. Doc pudo contemplar a su sabor el campo de aterrizaje en sus más mínimos detalles.

Era aquélla la primera ocasión que se le ofrecía para ello y se entretuvo unos instantes en sus exploraciones.

La repisa de arena sobre la que estaba edificada la vivienda milenaria era aún más lisa de lo que él se figuraba y tendría varios

acres de extensión.

Situada en uno de los bordes del gran cañón que terminaba en la Calavera Roja, estaba abierta en tres direcciones y era lo suficiente ancha para permitir aterrizar a un piloto medianamente experto.

La cuarta orilla del rectángulo era la que la unía a la pared rocosa del farallón.

Doc se dirigió velozmente a la escala de cuerda por donde antes subiera y empezó a descender. No pudo, sin embargo, ver los detalles del aeroplano, que aún no había llegado a penetrar en el espacio iluminado por el reflector.

La escala de cuerda cimbreaba violentamente durante el descenso de Doc, que pasaba rozando la piedra vertical.

A sus pies había una hondonada cortada a pico de lo menos cien pies de profundidad. Por arriba era imposible adivinar hasta qué altura se elevaba la abrupta masa rocosa.

Habría recorrido Doc unos pocos pies cuando la escala experimentó una sacudida inexplicable. Un instante después se desplomaba como arrancada de cuajo en su origen.

¡Había sido cortada en el extremo superior!

XII
El precipicio de la muerte



El accidente no había tomado a Doc desprevenido. La primera sacudida de la escalera le indicó que había sido cortada la cuerda en uno de los lados.

Rápidamente tanteó con las manos la pared, a lo largo de la cual descendía, hasta hallar algo que era más que una aspereza, un saliente, en el que pudo al fin aferrar sus dedos.

Aquello fue lo suficiente para que quedara suspendido en el vacío en el momento en que la escalera, cortada la otra cuerda lateral, caía desde lo alto.

Arriba, una voz desconocida para Doc soltó una blasfemia de grosero regocijo.

Era indudable que el hombre que la profiriera no se hallaba en el grupo de los bandidos.

Debió llegar instantes después desde alguna habitación interior de la vivienda abandonada. Tal vez sospechó de él desde un principio y se mantuvo oculto en algún lugar a donde no llegaron los efectos del gas.

Colgado de su asidero providencial, Doc extrajo de uno de sus bolsillos una larga cuerda de seda, fina y fuerte, a uno de cuyos extremos llevaba fijo un gancho de metal plegable.

Dióle Doc al gancho una forma de ancla, lanzó ésta a un lado y a otro de la roca, hasta que hizo presa en ella y, conseguido esto, empezó a descender, controlando sus progresos merced a una vuelta dada con la cuerda sedosa a una de sus piernas.

Una vez llegado al fondo del precipicio un diestro tirón de la

cuerda hizo desprenderse el gancho.

Tronó un revólver sobre su cabeza. La bala, con un sonido desagradable, se estrelló contra la roca, a los pies de Doc.

La superficie de aquella pared del farallón formaba una ligera panza, lo que obligaba al hombre que estaba en la altura a inclinarse hacia afuera peligrosamente para afinar la puntería.

El avión descendía cada vez más, pronto a aterrizar y el rugir de su motor multiplicado por el eco, hacía el efecto de una manada de leones furiosos.

Doc alzó la vista para ver el aparato y experimentó una gran sorpresa.

¡Aquél no era el monoplano pintado de verde que Buttons Zortell comprara en Nueva York, sino un biplano amarillo!

Un nuevo disparo del revólver sonó en los oídos de Doc. El hombre que acababa de disparar vociferaba estruendosamente.

Obligado, como hemos dicho, a inclinarse mucho hacia afuera, no podía precisar el efecto de sus disparos y cada bala perdida arrancaba de su boca horribles maldiciones.

Además, el resplandor del reflector no arrojaba un solo rayo de luz al pie del farallón.

Doc escogió dos trozos de roca redondos y de un tamaño parecido al de una pelota de *base-ball*, y arrastrándose de espaldas, zigzagueando hacia adelante, para desconcertar al tirador de lo alto, miró hacia el aeroplano.

El aparato se abatió, posándose lentamente, y, al hacerlo, las ruedas de su tren de aterrizaje levantaron una nube de polvo. Se oyó el frenazo de la parada y la hélice dejó oír su último zumbido.

En el mismo instante en que cesó de batir la hélice, Doc se apartó corriendo unos cuantos metros del pie del farallón y, calculando sabiamente la dirección, arrojó hacia arriba sus dos piedras. Ambos proyectiles dieron en el blanco escogido de antemano y que no era otro que el reflector encendido en la altura, produciéndose las tinieblas a consecuencia del impacto.

Doc Savage, corrió hacia el aeroplano.

Su intención era llegar a él antes de que el motor pudiera ser puesto en marcha y el aparato girase para un nuevo vuelo.

No tenía idea de quiénes eran los hombres que iban en el avión, pero esta pregunta que se hizo a sí mismo fue contestada casi en el instante de formulársela.

—¡Patrón! —vociferó el hombre que estaba en lo alto del farallón—. ¡Alerta ahí fuera!

Un minuto después de la advertencia, el hombre que la hiciera lograba encender de nuevo el proyector.

A favor del chorro de luz que brotó de la repisa, Doc Savage dirigió una rápida mirada al aeroplano, esperando descubrir las facciones del hombre a quien acababan de llamar «patrón».

Que el que acababa de llegar en el avión era el cerebro director de aquella cuadrilla de bandidos lo había descubierto claramente el grito lanzado por el individuo que cortara la escalera de cuerda.

Eran cuatro los individuos que ocupaban la cabina del aeroplano, pero con gran desencanto de Doc los cuatro tenían bajadas las amplias alas de sus sombreros de *cow-boys* y sus rostros desaparecían tras unos pañuelos atados a la nuca que ocultaban así su identidad.

Los cuatro viajeros echaron mano a sus revólveres y empezaron a disparar sobre Doc Savage.

Habían desaparecido para éste todas las probabilidades de alcanzar el aeroplano. Comprobado esto, torció a un lado y corrió hasta la pequeña hondonada en donde dejara oculto su paracaídas y su cinturón.

Era aquél el refugio más cercano que podía hallar.

Las balas dieron escolta a su carrera. Los hombres que tripulaban el aeroplano eran buenos tiradores, pero el resplandor del reflector los cegaba materialmente.

Antes de que se acostumbrasen a la luz, Doc había llegado a su refugio.

Abandonando el aeroplano y siempre con las caras tapadas, los cuatro hombres se dispusieron a cargar sobre el fugitivo, echando a correr detrás de Doc, pero en aquel momento se oyó un chillido estridente del hombre que estaba en la vivienda abandonada del farallón:

—¡Cuidado! ¡Ese hombre debe ser Doc Savage!

Los individuos que un momento antes pilotaban el vehículo aéreo miraron hacia uno de sus miembros en espera de órdenes sin duda.

—¡Apresad a ese hombre! —gritó el desconocido, señalando con un brazo hacia la hondonada en que se había refugiado Doc Savage —. ¡No retrocedáis un paso, sea quien sea! ¡Alcanzadlo!

Obedientes a su voz, los pistoleros avanzaron hacia la hondonada, revólver en mano, y aguzando la vista hasta casi dolerles los ojos.

No esperaban que Doc apareciese en el sitio exacto por donde había desaparecido y, sin embargo, fue eso lo que sucedió. El hombre de la piel bronceada avanzó un paso y su aspecto parecía fantasmagórico.

Sus brazos se lanzaron hacia adelante en un movimiento impulsivo y ya había desaparecido otra vez cuando una lluvia de balas cayó sobre él, sin más efecto que levantar del suelo una nube de polvo y piedras.

El objeto brillante que arrojara en su salida temeraria había ido a caer a pocos pasos del grupo.

—¡Cuidado con los gases! —vociferó el hombre del farallón—. ¡Son mortales!

Los pistoleros atendieron la advertencia instantáneamente, y aunque no se habían dado cuenta con exactitud de cuál era el objeto que Doc les arrojara, giraron sobre sus talones y emprendieron una vertiginosa carrera, corriendo como locos.

Su fuga los alejó del aeroplano hacia el farallón. Esperaban sentir los efectos del gas de un momento a otro.

El individuo que estaba en el farallón contribuyó a aumentar su terror relatándoles lo que les había ocurrido anteriormente a sus compañeros.

Al mismo tiempo les arrojó una escalera de cuerda que para los casos imprevistos tenían en reserva, y los viajeros del avión treparon por ella, presas de un frenesí de locura.

Doc Savage los vio desaparecer con encontradas emociones. A la luz del reflector podía verse perfectamente el objeto que les arrojara y que produjera aquel efecto mágico.

Lo que había elevado su terror al grado máximo yacía a unos

pasos de distancia y a Doc no le parecía en manera alguna peligroso.

¡Era su reloj!

Las cosas estaban en un estado de jaque mate mutuo. Doc no podía abandonar su refugio, situado en una escarpada pendiente que se dirigía hacia la corriente impetuosa del río.

Sus enemigos, sin saber que habían sido engañados por cosa tan inofensiva como un reloj, no se atrevían a abandonar su elevada guarida.

No obstante, seguían disparando sin cesar hacia el refugio de Doc.

Pasaron unos veinte minutos en esta situación, y al cabo de ellos se oyó roncar en el silencio de la noche el motor de un aeroplano.

Doc entró en acción inmediatamente. De su cinturón sacó un diminuto receptor transmisor de radio. Una cinta de metal arrojada al fondo de la hondonada le proporcionó la antena necesaria.

Una vez todo en marcha estuvo transmitiendo dos o tres minutos sin interrupción.

En esta fracción de tiempo el aeroplano que se acercaba entró en el interior del cañón trazando ajustados círculos hasta penetrar en la zona iluminada por los reflectores.

¡Era un ocho plazas, de color verde y provisto de un solo motor!

Respondía exactamente a la descripción del aparato comprado en Nueva York por Buttons Zortell.

EL piloto se veía que desconocía aquellos parajes y volaba con grandes precauciones en vez de hacer un movimiento decidido para tomar tierra.

El hombre de la gabardina apareció en una de las aberturas que, semejantes a ventanas, estaban practicadas en la vivienda milenaria del farallón.

Movía los brazos como un telégrafo marino para indicar a Buttons que atacase la hondonada en que estaba escondido Doc Savage.

Los tripulantes del ocho plazas comprendieron al fin las órdenes de su amo, y el avión buceaba a poco sobre el refugio de Doc. Rifles y pistolas empezaron a vomitar plomo a través de las ventanas de la carlinga.

Doc, rodeado de sombras en la hondonada, escapó al peligro, ¡pero no debía de triunfar tan fácilmente en aquella situación desesperada!

Los tripulantes del aeroplano se elevaron unos cientos de pies y ya en esta altura dejaron caer un paracaídas-faro.

Su claridad dejó al descubierto el fondo de la hondonada en que se hallaba oculto su enemigo.

Los hombres volvieron ansiosamente al ataque, pero las rugosas paredes de la quebrada parecían haberse tragado a su presa.

En los pocos segundos que mediaron entre la suspensión del fuego y el lanzamiento del paracaídas-faro Doc Savage se había tendido en el suelo, cubriendo su cuerpo de arena.

Planeaba el avión sobre aquel hoyo y sus tripulantes, con los revólveres preparados, acechaban el momento de hacer blanco. Ante el nuevo cariz de los acontecimientos no arrojaron balas, sino juramentos de impotencia.

Eran incapaces de descubrir el montón de arena que ocultaba a su odiado enemigo. Se figuraban lo que había hecho, pero la claridad no era suficiente para hallar su escondite.

El avión verde voló a la altura mientras los que estaban a bordo discutían modos y medios de ofensiva.

Doc, desde su refugio, miraba al cielo, expectante. No experimentó, no obstante, sorpresa alguna cuando dos aeroplanos penetraron súbitamente en el espacio iluminado del cañón.

Uno de ellos era el gigantesco avión rápido; el otro el giroplano. No había perdido tiempo en contestar a sus llamadas por radio, especificándoles con toda precisión el emplazamiento del campo de aterrizaje.

Buttons Zortell y su piloto Whitey abandonaron la ofensiva contra Doc tan pronto se enteraron de la llegada de los dos aparatos. El monoplano verde planeó desesperadamente, en un esfuerzo supremo, para escapar de aquéllos que tenían motivos sobrados para considerar como enemigos.

Pese a todos sus esfuerzos, no tardó en ser alcanzado por el monstruoso aeroplano de Doc, que podía desarrollar una velocidad doble que la de su presa.

A ambos lados de la carlinga aparecieron de pronto unas bocas

como de fuego que lanzaban rojas llamaradas tronantes. Eran flameantes ametralladoras disimuladas admirablemente en el interior de las alas.

En pocos minutos vióse dibujarse un círculo gris y rojo en torno al monoplano verde.

EL aparato parecía hilvanado en todo su contorno por unas hebras terroríficas, pero las balas no llegaron a alcanzar la aeronave ni hicieron blanco en ningún órgano vital de la máquina voladora, porque los que manejaban las armas sabían que en su interior iba prisionera la linda Lea Aster.

Lo que trataban por todos los medios era evitar su fuga. El avión verde empezó una loca zambullida en las profundidades del cañón.

Comprendían sus tripulantes que les era imposible escapar y trataron por todos los medios de penetrar en el espacio iluminado por los reflectores para aterrizar a los pies del farallón.

Whitey logró, al fin, en su premura, tocar tierra, pero hizo un aterrizaje torpe y violento; se encabritó el armatoste y se dio a la banda, logrando sólo evitar el vuelco definitivo por un verdadero milagro de equilibrio.

Fue a detenerse a pocos metros del farallón y sus seis atemorizados tripulantes saltaron a tierra, sudorosos y jadeantes, arrastrando con ellos a la retadora, pero desvalida, Lea Aster.

A la vista de la pobre secretaria de Monk, Doc salió, de un salto, de su escondite, intentando volar en su auxilio, pero una granizada de balas disparadas sobre el escondite abandonado le hizo retroceder.

Buttons Zortell, completamente dominado por el pánico, se precipitó a la escalera de cuerda. Subieron tras él Whitey y los demás bandidos.

Lea Aster se negó a subir por sí sola, viéndose los bandidos precisados a atarla, izándola como un fardo. Mientras realizaba la ascensión, Renny, que pilotaba el giroplano, se dejó caer con éste, yendo a posarse al pie de la pequeña hondonada para recoger a bordo a Doc Savage.

Esta maniobra fue protegida por el fuego de las ametralladoras del otro avión gigante.

—¡Creo que tenemos arrinconada a toda la banda! —dijo Doc a

Renny, así que el aparato estuvo volando fuera del alcance de las balas que los bandidos disparaban contra él.

—¿Y al gran patrón también? —preguntó Renny.

—Así lo creo. Llegó poco antes que el aeroplano de Nueva York. Todos los hombres que de él dependen están ahora ahí, en esa especie de vivienda abandonada en lo alto del farallón.

—¿Qué buscaba el jefe por estos andurriales?

—Me buscaba a mí —contestó Doc, explicando luego por qué no había podido distinguir con claridad a aquel hombre por culpa de su disfraz.

—¡Bien, de cualquier modo creo que ese rancho está ya guisado y a punto de hincarle el diente! —comentó, gozosamente, Renny—. ¡Se han encerrado a sí mismos en la trampa que preparaban para nosotros! ¡No pueden escapar hacia abajo del farallón y en cuanto a que huyan volando es materialmente imposible, estando aquí nosotros!

XIII
La roca ardiente



Doc dio a su amigo unas rápidas órdenes en voz baja.

Cumpliendo éstas, Renny maniobró aquella especie de molino de viento, volando junto a la pared cortada a pico del farallón.

Empujando la rueda de control hacia adelante, el extraño aparato empezó a descender con suavidad.

Desde lo alto de las ruinas, los bandidos que las ocupaban trataron de oponerse a tiros a tan audaz tentativa, pero se vieron obligados a refugiarse en la vivienda abandonada ante el fuego graneado que les hacían los ocupantes del avión gigante.

La luz que ardía en el rústico reflector de estaño se había ido apagando poco a poco, pero la oscuridad que siguió fue momentánea, pues desde el avión gigante Monk dejó caer un paracaídas-faro, que iluminó suficientemente el rectángulo, sustituyendo eficazmente al reflector.

Ya no disparaban desde el interior de las ruinas, ni se veía a los bandidos, aunque debían haberse dado cuenta de que el giroplano se acercaba a la abertura rectangular que daba acceso a aquella verdadera plaza fuerte.

Esto parecía un poco extraño.

Al hallarse a unos pocos metros de la primera abertura, Doc lanzó por ella una ampolla de vidrio de un tamaño algo mayor que el de un grano de uva y que, al chocar contra el suelo, produjo una explosión, dejando escapar un gas anestésico, cuya exacta composición sólo era conocida por él.

Nuevamente funcionaron la cuerda de seda y el gancho en forma

de ancla que antes sirviera a Doc para escapar de una muerte cierta.

Desde la carlinga del giro Doc balanceó el gancho varias veces hasta lograr aferrarlo a una de las aberturas en las ruinas y, consiguiendo esto, soltó la cuerda, que fue a caer a lo largo de la pared del farallón.

Renny hizo aterrizar el aparato, lo que permitió a Doc saltar a tierra y empezar a descender por la cuerda de seda.

Para un hombre de fortaleza extraordinaria hubiera resultado imposible realizar aquella operación, por el escaso diámetro de la cuerda y lo resbaladizo de su superficie, pero las manos de Doc tenían una fuerza asombrosa, gracias a un sistema de ejercicios intensivos que realizaba todos los días, como entrenamiento.

Subió rápidamente y ni una sola vez resbaló la cuerda entre sus poderosas manos.

—¿Oyes algo? —preguntó Renny, desde abajo.

—No —contestó Doc, después de escuchar atentamente unos segundos.

El suspiro de alivio de Renny llegó a las alturas distintamente.

—¡Creo que el gas ha dado cuenta de todos!

Unos cuarenta pies por debajo de su objetivo se detuvo Doc, súbitamente.

Las finas aletas de su nariz se agitaron tenuemente al aspirar un aire extraño.

—¿Qué es eso? —preguntó Renny, extrañado de aquella detención.

—¡Un olor como si estuviese ardiendo algo! —contestó su jefe.

—Será probablemente de los reflectores…

Doc no contestó, pero estaba convencido de que aquel olor no provenía de los reflectores. Cuál era en realidad su origen, era lo que le tenía desconcertado.

Era algo que en vano trataba de descubrir su experimentado olfato.

Deslizóse hacia abajo y no tardó en reunirse con Renny.

—¡Puede que se trate de algún gas venenoso! —murmuró, contestando a las miradas de sorpresa de Renny—. ¡Es un olor muy extraño!

Monk tomó tierra con su aparato en un gracioso aterrizaje. El

gigantesco avión se detuvo y sus ocupantes saltaron a tierra.

La carlinga contenía aún diversas mercancías y cajas de varios tamaños. De una de éstas extrajo Doc un aparato inventado por él y que merced a una reacción química, también de su invención, servía para denunciar la presencia de cualquier gas venenoso en el aire.

Otro de los objetos que llevó consigo fue una gran botella de vidrio que se podía tapar herméticamente merced a un dispositivo especial.

En posesión de estos objetos, subió otra vez por la cuerda de seda.

Ni el más imperceptible movimiento, ni el más leve sonido venía de la vivienda ruinosa del farallón.

No había sustancia alguna venenosa en el ambiente. Se lo dijeron sus aparatos al cabo de unos segundos de observación.

Tranquilizado respecto a este extremo, saltó al interior de la vivienda.

Lo primero que le llenó de sorpresa fue el no hallar en lo que podríamos llamar la primera habitación de la morada milenaria el menor rastro de Jud y sus compañeros, los que cayeron víctimas del gas desprendido al quebrarse las ampollas que encerraba la manga de su americana.

Doc arrojó a sus hombres la escalera de cuerda y unos minutos después estaban a su lado, a excepción de Long Tom y Ham, que se quedaron vigilando, ante la probable eventualidad de que los bandidos intentaran acercarse a los aviones.

El extraño olor iba haciéndose más intenso a medida que avanzaba en el interior de la vivienda. Doc había encendido su linterna y proyectaba la luz de ésta a su alrededor.

En el centro de la habitación descubrió un agujero en el pavimento.

De él salía el extremo de una pértiga en la que había talladas unas muescas que la convertían en cierto modo en una escalera.

Inclinándose sobre el agujero comprobó Doc que de él ascendía mucho más fuerte aquel olor fantástico y que ahora parecía ser caliente.

Monk, Renny y Johnny, que había recorrido infructuosamente

las demás habitaciones de la vivienda abandonada, se reunieron a su jefe.

—¡No hay señal alguna de la cuadrilla! —le informaron.

—¡Deben de haber huido por este agujero! —rezongó Monk.

Doc dejó caer en aquella especie de pozo una ampolla de gas. Él y sus hombres esperaron el espacio de tiempo necesario para que se disipara su efecto y luego empezaron el descenso.

A unos cuantos pies de profundidad, llegaron a una serie de varios aposentos excavados en la dura roca y que estaban pavimentados por el desconchado de los años.

Hallaron a poco otros agujeros en el suelo, y al comprobar que de él salía aquel extraño gas cuya capacidad calorífica iba en aumento descendió Savage y los demás no tardaron en seguirle.

—¡Por el Buey Apis! —exclamó Renny—. ¡Alguna extraña sustancia de una potencia extraordinaria debe estar ardiendo ahí delante de nosotros!

Había perdido de vista al químico.

—¡Monk! —llamó Doc.

—¡Estoy explorando esto! —contestó la voz de Monk, desde una habitación contigua—. ¡Estas habitaciones deben haber sido un granero! He encontrado un montón de mazorcas de maíz y algunos granos…

—¿Has olido alguna vez un olor igual a éste? —preguntó Doc.

Monk bufó, ruidosamente.

—¡Válgame Dios, no!

—¿Estás seguro? Creí que tal vez hubieses olido esto al mezclar algunos productos químicos…

—¡Jamás! Pero, dime: ¿dónde se ha ido esa gente? ¿De dónde viene este calor?

Moviendo la linterna en torno, Doc se zambulló a través de una puerta baja.

El calor allí era cada vez más intenso.

Aumentaba a medida que avanzaba. Ante sus ojos se hizo visible un rojizo resplandor.

¡Cuando se acercaron un poco más vieron, con la natural sorpresa, que se trataba de una especie de puerta de roca que estaba ardiendo al rojo vivo!

Doc se detuvo en seco, mirando de hito en hito, maravillado.

—¡Parece lava candente! —exclamó, estupefacto.

Avanzaron cautelosamente. El calor era terrorífico. Secaba la humedad de sus ojos y el sudor que brotaba de su rostro.

Y, sin embargo, la fuente de aquel calor espantoso estaba a más de cuarenta pies de distancia, al final de una larga estancia que era mitad pasillo, mitad habitación.

¡El extremo remoto de aquel pasillo amurallado tenía un brillante color cereza y en uno de los rincones aquella piedra granítica que parecía indestructible a la acción de los años fluía derretida!

¡Semejante a una masa de algodón rojo, la roca derretida rezumaba en un área de varios pies cuadrados, goteando sobre una figura que semejaba una calavera humana!

Con un rápido movimiento, Doc destapó la botella de vidrio que llevara consigo. Dirigiendo el cuello abierto hacia las emanaciones de la roca, recogió en el interior del recipiente cierta cantidad del gas que viciaba la atmósfera y luego lo tapó herméticamente.

—¿Cuál es tu idea? —quiso saber Renny, que había observado atentamente todos sus movimientos.

—He recogido algo de aire para analizarlo después —contestó Doc—. Este olor me tiene confuso.

—¡Para mí esa piedra derretida es el mayor de los misterios! —murmuró Monk—. ¿Dónde estará mi secretaria? ¿Dónde estarán esos hombres?

Doc señaló hacia la roca derretida, en donde vieran la calavera.

—¿No te dice nada esta figura?

—¡Por los cuernos de Satanás! —vociferó Monk—. ¡Eso es una puerta! ¡Y la roca derretida ha trasudado desde la otra parte rellenando el hueco! ¡Por ahí deben haber escapado!

—¡Exactamente!

—¿Pero qué puede haber producido el calor necesario para derretir una roca como ésa?

Doc, en vez de contestar, dijo, dirigiéndose a sus compañeros:

—¡Registrad bien todos los rincones y ved lo que podéis descubrir!

Y dichas estas palabras desapareció súbitamente con la rapidez

que hubiera podido hacerlo un fantasma. Un momento después descendía a lo largo de la pared del farallón.

Long Tom y Ham, que continuaban custodiando los aeroplanos, no se dieron cuenta de nada hasta que le vieron surgir junto a ellos.

—¿Oísteis algo? —les preguntó.

—Hace un minuto —contestó Ham— oí algo parecido al roncar de un motor, pero tal vez fuera el rumor del río…

—¡No creo que lo fuera! —murmuró Doc, frunciendo el entrecejo.

Fue hacia el giroplano, saltó a su interior y puso en marcha el motor.

Hizo girar las aletas del molino con la mayor rapidez posible, tiró lentamente de la rueda timón y la aeronave se elevó majestuosamente.

Aunque sólo había permanecido unos minutos en el interior de la vivienda abandonada, el abismo del gran cañón era menos oscuro que antes.

La explicación no podía ser más sencilla: empezaba a amanecer.

Dirigió el avión hacia el río y empezó a volar sobre éste, enviando hacia su superficie el chorro de luz de uno de los reflectores de a bordo.

A favor de la claridad aparecieron ante sus ojos distintamente ambas orillas, pero en el mismo instante hizo un asombroso descubrimiento.

Junto a una de las márgenes del río alguien había apartado de su alvéolo una gran losa de piedra, dejando al descubierto la entrada de un túnel, fuera de toda duda obra de manos humanas, que indudablemente debía conducir a la vivienda abandonada del farallón.

Doc no perdió el tiempo en investigaciones, limitándose a comprobar la existencia de una estaca o pilote cerca del agua.

Era evidente que allí debió estar amarrada una embarcación. Lo que había sucedido aparecía claro a sus ojos.

Los constructores de la antigua vivienda del farallón construirían al mismo tiempo el túnel para dar acceso a los fosos de la fortaleza en caso de sitio de ésta por sus enemigos. Los bandidos habían huido por aquel pasaje subterráneo, y ya al aire libre, continuaron

su fuga en la embarcación preparada de antemano.

La manera cómo habían obstruido el túnel con la piedra derretida era todavía un misterio para Doc, y cuya incógnita esperaba despejar por el análisis del gas que encerrara en la botella.

Lanzó el giroplano río abajo. Volaba con cautela para evitar un choque contra las accidentadas paredes del cañón. La única duda que le atormentaba era el saber si su aparato sería o no más rápido que la embarcación.

El río, antes tormentoso y violento, avanzaba más tranquilo. El cañón empezaba a ser menos escarpado, más ancho, hasta que cesaba por completo la angostura para dejar paso a un hermoso valle suavemente inclinado.

Había salido de la hilera de montañas entre las cuales corría el río, como una cuchilla de líquido.

Divisó ante él un puente prolongado a uno y otro lado, en un sendero arenoso. Bajo el puente se veía, amarrada, una poderosa chalupa cuyas bandas estaban todavía húmedas por el choque de las aguas impetuosas.

En el centro del puente dos hombres alzaron la cabeza mirando curiosamente a la extraña aeronave.

Doc fue a tomar tierra en el sendero y conforme se acercaba a tierra observaba fijamente a aquellos individuos.

Uno era un hombre fornido, cargado de hombros y con unas manazas disformes. Su cara estaba pidiendo a gritos un afeitado.

El segundo era el reverso de la medalla. Su continente aseado denotaba más bien al hombre de la ciudad que al habitante de aquellos agrestes parajes, aun cuando sus facciones eran coriáceas, tal vez por la exposición al viento y al sol. Tenía una barba rojiza.

—¡Cuándo no es una cosa, es otra! —murmuró el último, saludando a Doc—. Primero nos roban nuestro coche y ahora aparece usted volando en ese extraño aparato. Aparte de todo, ¿quiere usted decirnos qué clase de cacharro volador es ése?

—¿Han logrado distinguir a los hombres que les robaron el auto? —interrogó Doc, sin aparentar haber oído la pregunta.

—Únicamente a uno que nos apuntaba con su revólver, un tal Buttons Zortell, un sujeto poco recomendable a quien despedimos de las obras hace algún tiempo.

—Nos hizo tender en la cuneta al lado de la carretera y no vimos a los demás. Por el ruido debían ser un tropel y basta pude oír una voz de mujer. Parecía que la llevaban a la fuerza.

—¿Quién es usted, caballero? —preguntó Doc a su interlocutor.

—Yo soy Ossip Keller —contestó el que aparentemente parecía un ciudadano—. Mi compañero es mi socio, Richard
\1
.

—¿Ustedes, junto con Nate Raff, son los propietarios de la «Mountain Desert Company», no es eso? —preguntó Savage.

—¡Eso es!

Doc indicó con un gesto el asiento vacío detrás de él:

—¡Suban! ¡Vamos a perseguir al coche y a los hombres que lo han robado!

Los dos hombres parecían un poco indecisos, como temerosos de subir en el giroplano.

—¿Podrá llevarnos?

—Desde luego. Es mucho más seguro que un aeroplano ordinario, si es eso lo que les inquieta…

Ambos ocuparon el asiento y el aparato se elevó inmediatamente.

—El coche se dirigía hacia el Norte… hacia nuestro dique —dijo Richard
\1
, con voz que era un rugido de mal humor.

Doc puso el aparato a su máxima velocidad. Alzando la voz por encima del ruido de las aletas giratorias y el ronquido del motor,
\1
y Keller explicaron su presencia en aquellos parajes a aquellas horas de la madrugada.

—Nuestro socio Nate Raff pereció en una catástrofe de aeroplano anteayer —dijo
\1
—. Nos levantamos esta mañana para ir al lugar del siniestro en Nuevo México y ver si podíamos identificar el cuerpo de Nate. Todos los que viajaban en el avión perecieron carbonizados…

—Y Buttons Zortell nos alcanzó en el puente —añadió su

compañero—. ¡Yo creo que ese hombre ha tenido algo que ver en la muerte de Nate!

—¿Es qué se funda usted? —preguntó Doc.

Sus interlocutores recelaban confiarse a aquel desconocido.

—¡Sospechamos un juego sucio en la muerte de Nate! —dijo al fin
\1
.

Ossip Keller se quedó mirando a Doc con fijeza. Se notaba en su aspecto que debía de ser más inteligente que el impetuoso
\1
.

—¿Puedo preguntarle quién es usted? —dijo, dirigiéndose a Doc.

—Mi nombre es Savage.

El efecto de estas palabras fue altamente cómico. Las bocas de los dos hombres se abrieron de par en par y sus ojos giraron vertiginosamente en sus órbitas.

—¿Doc Savage? —tartamudeó
\1
.

—El mismo.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó
\1
—. ¡Es usted el hombre a quien más deseábamos ver en este mundo! Cuando Nate Raff fue muerto, se dirigía a Nueva York a visitarle. También le enviamos a Bandy.

—¿Quién era Bandy Stevens? —inquirió Doc.

—¿No le entregó Bandy un mensaje nuestro?

—Iba a hacerlo, pero murió antes de poder decirme nada.

Ossip Keller dejó transparentarse en su rostro la duda y la sorpresa.

—Si Bandy no habló con usted —dijo—, ¿por qué se encuentra aquí?

—Estoy aquí porque una cuadrilla de bandidos en apariencia enemigos míos, se han apoderado de la joven secretaria de uno de mis hombres —se apresuró a contestar Doc—. Pero no me han dicho todavía quién era Bandy Stevens.

—Uno de nuestros empleados. Un hombre de entera confianza —contestó Keller—. Enviamos a Bandy a solicitar su ayuda. Stevens nos comunicó que alguien había atentado contra su vida en Phoenix. Esto inquietó sobremanera a Nate Raff y decidió, en el acto, ir personalmente a verle a usted. ¡Pero el aeroplano en que viajaba se estrelló!

Doc había ido mirando la carretera que se extendía a sus pies. Aun cuando los montes que formaban como una barrera al Este, quitaban todavía el sol, había bastante claridad.

A pesar de ello no divisó en parte alguna el auto de los fugitivos.

—¿Supongo que me explicarán ustedes por qué solicitaban mi ayuda? —dijo Doc al cabo de un rato.

—¡Hemos estado sufriendo rudos contratiempos en la construcción de nuestro dique! —dijo con su voz de trueno
\1
—. ¡Y qué contratiempos! ¡No puede usted imaginárselos! ¡Rocas desprendidas, accidentes fatales, equipos fracasados! Después de todo, estas cosas aún podían soportarse, pero lo que me quemaba la sangre es que no podíamos ni aun sospechar cómo ocurrían estos accidentes en el trabajo. ¡Eran demasiados hombres a un tiempo los que nos minaban el terreno! Uno de éstos era Buttons Zortell… ¡Y de pronto, despertó en nosotros la sospecha de que alguien intentaba por todos los medios hacernos fracasar en nuestra empresa!

—¿Por qué razón?

—¡El demonio me lleve si lo sé! ¡Eso precisamente es lo que nos tiene como sobre ascuas! ¡Tenemos enemigos, qué duda cabe. Todos los industriales los tienen; pero nuestros enemigos, los que conocemos, pertenecen a la clase de los que llegarían a pegarnos un tiro, pero cara a cara, en vez de escurrir el bulto atacándonos a traición como coyotes!

—¿Hay algún peligro de que el dique les arruine a ustedes?

—¡Peligro! —exclamó
\1
—. ¡Eso está casi hecho! No sé si sabrá usted que estamos construyendo este dique con nuestro propio peculio y nos ha costado ya bastante más de lo que la gente se figura. Nuestro caudal

está casi agotado.

—¿En caso de quiebra financiera, qué sucedería?

—Tendríamos que vender en subasta pública y a los más altos postores la parte de dique construido y la tierra que compramos para el lago… Si nadie litigara, podíamos adquirirlo de nuevo, salvar el capital y seguir trabajando…

—¿Han recibido ustedes ofertas por el dique incompleto y las tierras del lago?

\1

lanzó un rotundo juramento.

—¡Una sola! ¡Pero nos ofrecían una porquería! ¡Menos de la mitad de lo que nos costó a nosotros el terreno y eso que lo compramos baratísimo!

—Creo que el dique les ha costado a ustedes mucho.

—¡Y tanto! Pero ese Nick Clipton lo que deseaba es la tierra. Dicen que era ranchero.

—¡Nick Clipton!

—El mismo. Ése es el individuo que nos hizo la oferta.

—Nick Clipton es un hombre falso, tras el que se oculta el verdadero causante de todas sus calamidades —dijo vivamente Doc.

—¿Lograron verle cuando les hizo la oferta?

—No.

Doc prestó su atención al terreno que tenía debajo. Había llegado a volar sobre un cruce de carreteras.

Sólo en uno de los cuatro brazos de la intercesión se veía claramente indicado el paso de un vehículo. Doc siguió aquellas huellas.

—En el accidente de Nueva York, en la muerte de Bandy, creo que había algunos papeles o documentos de por medio… ¿Pueden decirme de qué naturaleza eran? —preguntó de pronto.

—Los que llevaba el gordinflón de Bandy —contestó

\1

—. Era portador de una carta que firmábamos los tres socios y en la que le pedíamos a usted ayuda. Le dimos también unos mapas de la región, planos del dique, y además cuentas de materiales, descripción de cada caso de accidentes, etc. Creíamos que sería bastante para que se hiciera cargo del asunto antes de venir.

Ossip Keller, que tomaba poca parte en la conversación, había estado observando a Doc Savage atentamente. Existía una intensidad casi irracional en su escrutinio.

—Como usted ve —dijo—, dábamos por supuesto que nos ayudaría. Habíamos oído grandes cosas de usted y de la extraña vida que llevaba. Ahora bien, por lo que a mí me toca, me parece un tanto extraordinario ese continuo viajar, sus trabajos incesantes y peligrosos, ese trasladarse a los más remotos países, sólo para ayudar a los que necesitan su ayuda.

—¡Y castigar a los que los hayan atacado! —estuvo a punto de añadir Doc.

Súbitamente hizo un gesto de disgusto, y manipulando diestramente, hizo retroceder al giroplano en el camino que hasta entonces habían llevado.

El vehículo, cuyas huellas siguiera hasta entonces con tanto interés, no era el coche empleado por los fugitivos, sino simplemente un camión de carga vacío. La inutilidad de sus pesquisas pareció un presagio, pues en vano continuó buscando aquí y allá por espacio de dos horas: no halló el menor vestigio de Lea Aster y de sus raptores.

Llegó a la conclusión de que se habrían refugiado en la parte cubierta de bosques en la montaña, abandonando el coche en cualquier pinar.

Abandonó, pues, la investigación, tanto más cuanto que temía quedarse sin esencia para alimentar el motor, por lo que decidió regresar al punto de partida. Pasó rápidamente por el gran cañón de la Calavera Roja.

La enorme hendidura resultaba aún más repulsiva a la clara luz del día.

\1

y Keller eran hombres de valor reconocido y, sin embargo, se pegaban materialmente a los asientos de la carlinga, agarrotando sus manos en los bordes, ante el temor de que un descuido del piloto lo precipitase en aquel abismo infernal.

Se alzó ante sus ojos distendidos por el miedo, la repisa del campo de aterrizaje, y junto a ella el hosco precipicio sobre el que estaba como suspendida la vivienda abandonada del farallón.

Había unos hombres agrupados junto al veloz aparato de Doc y otros dos aviones más pequeños, los de los bandidos, Doc repasó mentalmente los nombres de sus cinco ayudantes, pero de pronto parpadeó como si viera algo extraordinario: ¡En la repisa había seis hombres!

El número seis, era un hombre como de unos cuarenta años de edad, según pudo apreciar Doc mientras el aparato descendía. Tenía una cabellera como de púas de cactus, rígidas y erecta.

Su mandíbula inferior enorme, su boca sin labios y sus ojos brillantes y acerados, le daban el aspecto de un hombre violento y autoritario. Era además poderosamente musculado.

Un grito ahogado de sus dos pasajeros llamó la atención de Doc Savage.

\1

y Keller tenían los ojos enormemente abiertos y en ellos se pintaba una incredulidad infinita.

—¡No murió en la catástrofe! —gritó

\1

.

—¿Qué? EL hombre del chaquetón de cuerpo y aspecto tosco, señaló con un brazo al desconocido que se hallaba entre los hombres de Doc.

—¡Ése es Nate Raff! —anunció.

XIV
El complot siniestro



Como unas dos horas después de estos incidentes, nueve hombres de aspecto corpulento, y todos ellos conciso habladores, se hallaban reunidos en el gran edificio de hierro acanalado, en el que estaba instalado el cuartel general de los constructores del dique.

Aquellos hombres eran Doc Savage y sus cinco ayudantes, y los tres socios.

Nate Raff se disponía a relatar la historia completa de cómo había escapado con vida, a despecho de todas las informaciones periodísticas que le daban como muerto en la catástrofe de aviación.

—¿Le han dicho ya

\1

y Keller algo sobre nuestros trastornos en el dique? ¿Y cómo sacamos en consecuencia por último, a causa de la frecuencia con que se producían, que debía de haber alguien interesado en aumentar hasta más allá el límite de nuestras dificultades financieras? Ya sabrá usted también, que resolvimos llamarle a usted, para que viese qué era lo que había dentro del plato. Fue por eso por lo que enviamos a Nueva York a Bandy Stevens.

—Todo eso está ya suficientemente aclarado —observó Doc.

—Bien. Bandy nos comunicó que al pasar por Phoenix alguien había disparado sobre él con ánimo de matarle —continuó Raff—. En vista de esto partí yo mismo para Nueva York, para tener la completa seguridad de que alguien llegaba hasta usted y para ello tomé un avión de pasajeros en el aeródromo de Phoenix.

»Había otros viajeros en el aeroplano. Cuando ya llevábamos volando cerca de una hora, uno de los pasajeros sacó un revólver. Era un individuo rechoncho, de nariz aplastada y con unas orejas enormes. Su nombre es Jud».

—Le conozco —le interrumpió Doc—. Jud fue quien trató de cortar mis esfuerzos por averiguar el verdadero nombre de su jefe, durante mi primera visita a la vivienda del farallón.

—Jud es un poco despierto —admitió Raff—. Pero, en fin, volvamos al aeroplano. Jud le obligó a aterrizar y al hallarnos en tierra me obligó a seguirle, llevándome a esas ruinas del farallón, en donde me encontraron sus amigos de usted.

—Estaba en una habitación apartada del camino que seguimos en un principio —intervino Monk—. De todos modos estaba usted atado y amordazado y además el anestésico de Doc había vencido su naturaleza…

—La cuadrilla huyó tan rápidamente, que no tuvieron tiempo de llevarme consigo —gruñó Raff.

—¿Durante el tiempo que gozó de sus sentidos, no pudo usted ver al jefe de la cuadrilla, ni observar algún detalle u oír alguna palabra que sirviera para identificarle? —preguntó el elegante Ham.

—¡No! —murmuró malhumorado Raff—. ¡No tengo ni la más remota idea de quién pueda ser!

Doc Savage llevó de nuevo la conversación hacia lo ocurrido, en el aeroplano que saliera de Phoenix.

—No nos ha explicado usted cómo ocurrió la catástrofe, señor Raff. —¡No puedo contarle nada de eso! ¡No sé lo que sucedió!

—¿No vio a Jud colocar una bomba a bordo?

—Lo único que le vi hacer a Jud fue destrozar el aparato de radio. Hizo añicos los instrumentos y luego ordenó al piloto que se marchara, lo que éste hizo en el acto, atemorizado.

—Es evidente que Jud le recetó algo al avión, que fue lo que produjo la catástrofe —dijo Ham—. No quería que quedase nadie vivo a bordo y que pudiese estorbarle después.

—¿Y cuáles eran sus propósitos al apoderarse de usted, Mr. Raff? —volvió a preguntar Doc.

—¡Me ha agarrado usted! —exclamó Raff, alzando las manos en un gesto de desconcierto—. ¡No me dieron ninguna explicación de

ello! No hicieron más que mantenerme cautivo. ¡No puedo comprenderlo!

—Ni yo —contestó como un eco Doc Savage.

Dicho esto sacó la última edición de uno de los periódicos de Phoenix.

Llevaba fecha corriente. Los periódicos los traían en auto, al amanecer, desde la estación de ferrocarril más cercana y llegaban al campo de construcción a la misma hora en que se repartían a los suscriptores de la ciudad.

El periódico insertaba un relato completo de la catástrofe de Nuevo México, relatando los esfuerzos realizados por las autoridades para identificar los cadáveres de los pasajeros.

—¿No dijo usted que Jud le sacó del aeroplano de línea? —murmuró Doc.

—¡Claro que lo dije! —contestó Raff.

—¿Entonces cómo explica usted que el número de cuerpos quemados hallados concuerde exactamente con el número de viajeros del aeroplano? —preguntó Savage con marcada frialdad.

Nate Raff dio un bote en su asiento, y un bufido de sorpresa hizo crujir la pipa entre sus dientes. Apoderándose del periódico, leyó éste de cabo a rabo, para convencerse de la certeza de la aseveración de Doc.

Después de leerlo, echose hacia atrás con violencia y lanzó un taco rotundo.

—¡No me lo explico! —resopló con fuerza—. ¡Debía haber dos menos, porque Jud y yo dejamos el avión! Y sin embargo, el papel dice que había once personas a bordo y se han encontrado once cuerpos carbonizados… ¡No puedo comprender cómo él…!

Súbitamente se detuvo. Dio una tremenda chupada a su pipa, mientras brillaba una chispa en sus ojillos perspicaces.

—¡Apostaría cualquier cosa a que lo hicieron así! —gruñó—. ¡Falsificaron la lista de pasajeros del aeroplano, para que figurasen dos menos que los que estaban a bordo!

—¿Pero, por qué Nate? —preguntó uno de sus socios.

—¡Para demostrar que yo estaba muerto, desde luego! —contestó Raff—. Luego podían mantenerme prisionero y nadie notaría la diferencia. Si decidían matarme, tampoco se enteraría

nadie de ello.

Doc Savage no dijo nada de momento. Púsose en pie y se dirigió hacia la puerta de la oficina, mirando a través de ella.

Ante su vista se ofrecían alineadas, ordenadamente formando calles, unas barracas de tablas y varios tenderetes cubiertos de lona. Otros edificios de mayor tamaño ostentaban rótulos de tiendas de comestibles, garajes, farmacias, etc.

Había también en el centro de las otras edificaciones, una con su granero anexo que servía de hotel.

A unos cuantos metros de distancia de la oficina central de la construcción, veíase una cabaña de madera, forradas sus paredes de papel alquitranado, cuya puerta y ventanas hallábanse herméticamente cerradas, como dando a entender que estaba deshabitada.

Cerca de allí ardía un montón de hojarasca. Un trabajador de un garaje cercano había arrojado en ella unos trapos empapados en grasa, que al arder desprendían una humareda negruzca y fuliginosa.

El humo envolvía la cabaña, haciéndola parecer más desierta que nunca.

Y no obstante, a despecho de las apariencias externas, la cabaña estaba muy lejos de estar vacía. La única habitación que formaba la vivienda, estaba atestada de hombres.

Eran los malvados individuos que habían logrado escapar de la vivienda del farallón. Sólo uno de sus miembros faltaba a la reunión: el jefe de toda aquella carne de patíbulo.

Cinco de aquellos hombres estaban sentados en una trampa abierta en el centro de la habitación, con las piernas colgando en el vacío.

Debajo había una bodega y sobre el duro suelo de la tierra de aquel subterráneo yacía Lea Aster. Parecía estar durmiendo profundamente, tal vez demasiado profundamente, para tratarse de un sueño sosegado.

—¡Mira que si le da por despertar a la fiera y empieza a graznar! —murmuró uno de los hombres, intranquilo—. ¡No dejaría de oírla alguien! ¡Estamos precisamente en el centro de la ciudad!

—¡No te apures, que no despertará! —aulló Button Zortell—. ¡Le

he dado bastante medicina para que se esté durmiendo todo el día!

—¡De todos modos, no sé cómo se les ocurre buscar este escondrijo en un lugar tan céntrico! —juró entre dientes Jud, restregándose el sitio donde debía haber tenido las narices—. ¡Y ese humo me está fastidiando!

—¡Cállate! —le aconsejó Buttons—. ¡Éste es el último sitio donde se les ocurriría buscarnos!

—Sí… ¿pero suponte que alguien nos ha visto entrar aquí?

—Nadie pudo vernos. Llegamos antes del amanecer y fuimos muy cautelosos. De todos modos, si lográramos hallarnos fuera de este avispero, estaríamos a salvo de trastornos y podríamos trazar el camino recto. ¡Las cosas que pueden hacerse con un tercio de los habitantes, de la ciudad, que tiene el patrón a sueldo!

—¡No sabía que estuviese organizado en esa escala! —murmuró Jud—. ¡Un tercio de hombres! ¡Hombre, eso le costará una quijada! ¡Las cosas que espera conseguir después de todo esto, deben ser de mucho valor!

Buttons Zortell miró a su compañero con evidente curiosidad.

—¿Has sido capaz de averiguar por cálculo lo qué es lo que el patrón trata de pescar?

—¡No! —contestó Jud—. La última vez que se lo pregunté me contestó con un bufido y una maldición. ¡Seguramente guarda el secreto para sí!

Buttons hizo una mueca socarrona.

—¡Bien! ¡Por el infierno! ¡Mi curiosidad no la llevaré tan lejos! ¡Por sí las moscas! ¿Qué me importa lo que el patrón haga o no? ¡Se está portando admirablemente con nosotros y lo que debemos hacer es ayudarle a quitarnos de en medio a ese Doc Savage!

—¡Espero que él tendrá mejor suerte de la que hemos tenido nosotros!

—¡La tendrá! ¡El plan que está ejecutando es formidable! ¡El hombre de bronce será borrado del mapa… y se achacará todo a un accidente! ¡Aun sus propios hombres no sospecharán nada! ¡Aunque oliesen una rata, no podrían probar nada!

—¡Estoy dispuesto a hacer una apuesta en favor del patrón! ¡Ven y mira!

Jud había estado atisbando a través del agujero dejado en una

de las tablas de la pared por un nudo desprendido de ella.

Desde allí podía verse por la puerta abierta de par en par, el interior de la oficina de la Compañía.

Además de Doc y sus ayudantes, podía verse a los tres propietarios de la Mountain Desert Construction. Habían estado discutiendo sobre los accidentes ocurridos en las obras.
\1
, puesto en pie ahora, dio un violento tirón al cinto que sujetaba sus *breches* caqui y gruñó ceñudo:

—¡Voy a ver cómo van los trabajos! Ya sabrán ustedes que soy el capataz de las obras.

Keller miraba sin saber adónde, como en un éxtasis. Éste no mirar a nada en particular, parecía ser en él un hábito. Púsose también en movimiento.

Manoseó unos segundos su barba y echó a andar.

—Creo que me entretendré también en algo. Estoy estudiando el moderar algunos gastos que pueden ser innecesarios…

—Yo me llegaré hasta el dique y veré cómo andamos de sangre en el cañón —rió Nate Raff, haciendo una chanza macabra.

Poco después quedaban solos en la oficina, Doc y sus compañeros.

Ham, que había continuado pensativo dejó escapar un tenue silbido.

—Estaba pensando en la notable coincidencia de hallarse
\1
y Keller en aquel puente en el crítico momento en que llegaron nuestros enemigos, para servirse tan a punto de su coche —murmuró sutilmente.

—¡Sí! —carraspeó Monk rascándose las cerdas de erizo que cubrían la parte superior de su cabeza—. ¡Es raro! ¡Pero a mí no se me había ocurrido!

—¿Estás seguro de que
\1
y Keller tenían el coche en el sitio que indicaron? —preguntó Ham.

—Yo sólo tengo su palabra —contestó Doc.

—¿Concuerdan ellos en estatura con el individuo de la gabardina? ¿Podría alguno de los dos haber estado en la vivienda

del farallón?

—Cualquiera de los tres socios podía haber llevado la gabardina —contestó Doc—. Pero ésa no es una prueba, ni aun siquiera un motivo para sospechar. Además, no debes tú perder de vista la posibilidad de que, después de todo, el hombre de la gabardina no fuese el jefe en realidad.

—Bien. Sin embargo,
\1
y Keller podían haber estado apostados en el puente para lanzarnos sobre una pista falsa —dijo Ham reflexivamente—. En cierta manera su relato quedaría justificado si encontrásemos el coche robado.

El coche fue hallado cuatro horas después. Una llamada telefónica, procedente de uno de los grupos de trabajadores que lo buscaban desde el amanecer, registraba su aparición en uno de los senderos de la montaña.

El auto fue encontrado en una profunda quebrada, cubierto por completo con una capa de maleza recién cortada. El olor a gasolina había descubierto su escondite. De los hombres que lo robaron no había ni rastro.

—Ham —ordenó Doc—. Coge lo necesario para obtener las huellas digitales, vete en el giroplano y ve lo que puede sacarse en limpio.

A requerimiento de Doc, les habían destinado una cabaña especial para su uso. Allí había instalado Savage un laboratorio portátil, que transportara en el avión gigante.

Una de las partes integrantes de este laboratorio, era un aparato especial para analizar las más complejas combinaciones químicas, líquidas y gaseosas, con sólo unos pocos minutos de trabajo.

Merced a este aparato trataba Doc de desentrañar cuál era la verdadera naturaleza del gas que recogiera en la botella, en la vivienda abandonada del farallón.

Deseaba saber cuál era el gas que producía aquel olor extraño y averiguar al mismo tiempo cómo estaba formada la sustancia que había logrado cerrar, con roca derretida, aquel hueco en forma de puerta, que descubrieran en el mismo lugar.

Considerando en conjunto la lista de trastornos ocurridos, se

llegaba prácticamente a la consecuencia de que se trataba de un plan perfectamente coordinado, no para impedir la construcción del dique, sino para hacerla tan costosa como fuese posible.

—¡Alguien tiene interés en que la Compañía se declare en quiebra! —dijo Doc a los tres socios cuando se reunieron a primera hora de aquella misma tarde—. Yo sospecho que muchos de sus trabajadores, están todavía a sueldo del enemigo.

—¡Maldición sobre ellos! —vociferó Nate Raff—. ¡Vamos a abrasar a toda la cuadrilla! ¡Valiente hato de granujas estamos manteniendo! ¡Desgraciados! Ya sabe usted que si dimos impulso a estas obras, fue, en primer lugar; para sostener a nuestros hombres trabajando, cuando los negocios empezaban a decaer.

—¡La venta de la fuerza eléctrica habría contribuido eventualmente a los gastos! —dijo brevemente Doc.

—¡Después de lo que nos cuesta, nunca llegará a compensarnos! —dijo desabridamente Nate Raff—. ¡Por Dios, Savage! ¿No puede usted sacarnos de este atolladero, sea como sea?

—Les ayudaré con todas mis fuerzas —contestó Doc—. Para lograrlo, mis hombres y yo vamos a encargarnos desde ahora mismo de la dirección de las obras.

—¡Eso es lo que estamos deseando que haga! —dijo Nate Raff con aire de triunfo.

XV
La muerte fulminante



Pronto se abreviaron los trámites para poner a Doc y a sus hombres al frente de la construcción del dique.

Renny, ingeniero de impresionante reputación, tomó a su cargo la parte mecánica del trabajo.

Su presencia fue saludada con miradas hurañas por un gran número de los trabajadores, que consideraban como un agravio para ellos, al estar sometidos a la autoridad de un extraño.

AL cabo de una hora de trabajo cesó el descontento. Los murmuradores se quedaron atónitos. ¡Allí había un hombre —no tardaron en comprobarlo— que conocía el oficio!

Dio la casualidad de que un hombre de edad madura, empleado en el negocio, había trabajado ya una vez a las órdenes de Renny, en la construcción de un puente en Sud América.

Aquel hombre divulgó ciertos detalles acerca de la reputación de Renny.

Detalles que no fueron difíciles de creer, cuando pudo comprobarse al cabo de una hora de trabajo, que aquel hombre de puños de maza, había ordenado ciertos cambios en los procedimientos que suponía un ahorro de varios miles de dólares en el costo total de las obras.

En la segunda hora, Renny sostuvo una cuestión. Para lograr que la pasta de hormigón se mantuviera fresca mientras se procedía al ajuste, era necesario a causa del calor generado en el engaste, que circulase el agua a través de numerosas pipas escalonadas a lo largo del cuerpo principal del dique.

Estas pipas habían de llegar a formar más adelante parte integrante del dique, siendo bombeadas después del tubo de sedimento con fino hormigón.

De momento se empleaban para transportar el agua que servía de refrigerante en una instalación de maquinaria.

Dicha instalación estaba al cuidado de un gigantón, tan corpulento como Renny, quien por olvido, o por malicia, dejó que se recalentase un compresor.

Renny lanzó un rugido que podía haber sido oído a un kilómetro de distancia. EL atendedor contestó a sus reconvenciones, dándole un empujón acompañado de algunas palabras malsonantes… ¡y se despertó cuatro horas después en el hospital!

Renny inmediatamente, paró el trabajo, y reunió a todos los trabajadores, incluso a los que habían de iniciar el turno de la noche y que tuvieron que levantarse de la cama.

Les habló de los continuos actos de sabotaje que se estaban realizando y de la necesidad en que se hallaba de acabar con aquello de una vez y para siempre.

Sus enormes puños formaban como recios barriletes en sus caderas, mientras siguió diciendo que todo aquello obedecía a que alguien estaba tratando de arruinar a la «Mountain Desert Construction Company», gastando mucho dinero para conseguirlo.

—¡No necesito malgastar el tiempo para notificaros que esto se ha acabado! —terminó diciendo—. Yo he querido avisaros con tiempo para que no me maldigáis después por no haberlo hecho, pero no conviene que os coja en un renuncio. ¡No sería saludable para vosotros! ¡En realidad ese delito podría serles fatal!

Estas palabras fueron oídas en silencio por los hombres sensatos de la construcción. Parecían hacerse cargo de que aquellas indicaciones y advertencias eran serias. En ningún rostro pudo verse la menor sonrisa.

Y, sin embargo, alguien, al terminarse el discurso, dejó oír algo semejante al graznido de un ave.

Renny se lanzó de un salto al centro del grupo, buscando al atrevido autor de la burla, pero no pudo hallarlo.

En realidad había sido Ham el que había llegado a tiempo de oír el dramático final de la arenga y no pudo resistir aquella

oportunidad…

Ham regresaba en aquel momento de cumplir su misión de recoger las huellas dactilares del coche robado a
\1
y Keller.

—Todas las huellas han sido borradas cuidadosamente en todas las partes del coche, portezuelas, pasamanos, etc. —informó a Doc Savage, a quien encontró en su laboratorio improvisado—. No hay allí nada que valga la pena.

—Muy bien —contestó Doc—. Voy a dar una vuelta por ahí…

Y salió de la estancia. Varias personas, trabajadoras sin duda, o papanatas que circulaban por las calles de la ciudad, clavaron sus ojos en él al pasar.

De todos los que vieron paseando a Doc Savage por las calles del campo de construcción, nadie, probablemente, se sintió tan impresionado como Buttons Zortell.

El hombre de las cicatrices en las mejillas, a las que debía su nombre, apartó la vista del atisbadero de su cabaña y murmuró:

—¡Diablo! ¡El individuo ése de bronce ha venido por fin al negocio! ¡Eso puede darle alguna probabilidad de deshacerse de él al patrón!

—¡Cincuenta dólares a que ésta es la última vez que vemos a Doc Savage! —rió Jud entre dientes.

—¡Se ve que quieres ganar sobre seguro! —gruñó Buttons.

Estas palabras arrancaron una carcajada a los otros hombres que estaban tendidos en el suelo. Los demás continuaban al borde de la zanja para no perder de vista a Lea Aster.

Calle abajo avanzó un camión cargado de sacos de cemento. Al pasar por su lado, Doc se encaramó a él de un salto prodigioso y siguió en esta forma el viaje por un escarpado y tortuoso camino que llevaba hasta el lugar donde estaba emplazado el dique.

Llegado allí se apeó cerca de los que estaban trabajando, dejando al camión que siguiese hasta la gran batería de hormigón.

El peligro parecía muy lejano en su pensamiento, cuando se detuvo ante uno de los vertederos y contempló tranquilamente las operaciones que estaba realizando.

Sobre unos cables tendidos a lo largo del canal viajaban unas a

modo de grandes canastas metálicas, a las que algunos llamaban «cigüeñas».

EL mote provenía sin duda de su vertiginoso cabalgar.

Se empleaban para transportar a los trabajadores de una a otra orilla a la hora de los relevos.

Cerca de allí, unos hombres armados de potentes palas amontonaban las rocas en el interior de unos camiones; un poco más lejos, los escaladores, trabajaban con martinetes y perforadoras, colocando la pólvora para los barrenos.

Este trabajo debía realizarse para abrir un camino que atravesase el dique.

Doc empezó a andar en busca de Monk.

Un tractor oruga, con un «intimidados» delante y un «adormecedor» detrás, amontonaba en pilas las rocas desprendidas, para que las recogiesen los hombres de las palas.

El conjunto de todas aquellas maniobras era realmente para aturdir a cualquiera, con el chirriar y rugir de la maquinaria, el estruendo de los motores, el traqueteo de los camiones, el ruido del hormigón al caer en los moldes y las voces de mando de los capataces.

La polvareda se elevaba hasta las nubes.

Monk iba y venía de un lado a otro frente al paredón del dique. Con ayuda de dos escaladores, que habían sido anteriormente acróbatas de circo, estaba cavando pequeños agujeros y tomando muestras de hormigón.

Aquellos agujeros serian rellenados después con mezcla a baja presión.

—Todo parece marchar aquí perfectamente —informó. La tarea asignada a Monk era cerciorarse de sí se había empleado en la construcción algún material defectuoso que podía ocasionar posteriormente el derrumbamiento de la gran barrera.

En lo alto, sobre las paredes abismales, podía verse a Johnny. Doc pudo ver que el larguirucho geólogo se movía de un lado a otro llevando al hombro un saco en el que iba colocando las muestras de roca y brincando ágilmente de una peña a otra del farallón.

Johnny, por su parte, estaba inquiriendo la verdadera causa de los continuos deslizamientos de rocas, que no sólo habían destruido

valiosa maquinaria en ocasiones repetidas, sino que causaron la muerte de cuatro trabajadores.

A primera vista, se observaba que las grandes masas de roca tenían un veteado en su parte inferior, razón que no estaba suficientemente explicada en los informes.

Johnny tenía la seguridad de llegar a averiguar a qué era debido aquello.

Doc tomó un elevador en el fondo del dique y se dirigió hacia las dos fábricas de electricidad, situadas una a cada lado del río y parcialmente construidas en la actualidad.

No obstante, necesitaba de toda la atención la instalación de generadores y turbinas.

Long Tom, el notable electricista, había tomado a su cargo esta fase del trabajo. Doc le encontró en la potente fábrica de la izquierda, refunfuñando porque su tipo favorito de equipos no había sido instalado todavía.

—¡Y hay otra cosa aún! —informó a Doc—. Las bases que han construido, no pueden utilizarse para el tipo de turbinas que han encargado. ¡Tendrán que hacerse cambios con un coste total de quince o veinte mil dólares!

—¡Corregiremos el error! —dijo Doc rápidamente—. Lo que yo quiero averiguar es quién es el responsable. ¡Es necesario que se sepa quién es el culpable de este sabotaje!

—Haré investigaciones —declaró Johnny.

Dejando la fábrica, Doc pasó a grandes zancadas bajo el saliente del farallón. El sol hacía arder la tierra bajo sus pies en el lecho del río seco.

La corriente debía haber tenido en aquel lugar, en sus tiempos, escasamente unos cuarenta píes de anchura.

Los paredones de roca a ambos lados se elevaban casi verticalmente. En lo alto, los cables de los transbordadores semejaban a enredadas telas de araña.

Se oyó el estampido horrísono de una explosión. Doc miró hacia la altura y a su alrededor.

Sus ojos sorprendieron un espectáculo aterrador. ¡Uno de los paredones negruzcos parecía derrumbarse sobre él en toda su extensión!

Huir le parecía absurdo. Correr más que la avalancha, imposible. Escalar la pared opuesta del cañón, parecía también una locura, pues se trataba de una piedra resbaladiza como sí fuera de vidrio pulido, por el roce de las aguas durante siglos enteros.

Doc no perdió el tiempo en pasear sus miradas; sin objeto práctico alguno, sobre las cosas que le rodeaban, ni en meditar inútilmente.

Entró en acción, como si lo que estaba haciendo lo hubiese ejecutado antes miles de veces.

En su mano derecha revoloteó un instante la cuerda de seda a cuyo extremo terminaba el gancho plegable y acabó arrojando éste hacia arriba con fuerza.

Uno solo de los cables que cruzaban en la altura sobre su cabeza, no estaba anclado en el paredón que se desplomaba.

Aquel cable cruzaba desde un punto cercano al dique hasta la fábrica de fuerza electromotriz que se alzaba al otro lado de la zona del derrumbamiento.

Apenas había tocado el gancho al cable aéreo, ya Doc estaba suspendido de la cuerda de seda izándose hacia arriba. Aun así y todo, no había obrado con bastante rapidez.

Una peña, saltando por delante de las demás, chocó contra él. Su bronceada figura balanceóse como una moneda de cobre atada al extremo de un hilo.

Los trabajadores, incapaces de medir la extensión del derrumbamiento, fueron presa del pánico y huyeron en todas direcciones, abandonando sus tareas.

Dando terribles alaridos corrían desalentados, chocando unos contra otros, empujándose para ser los primeros en escapar a la avalancha de piedras que se les venía encima, encaramándose a los camiones en marcha y huyendo en ellos carretera arriba.

Súbitamente, surgiendo de entre la nube de polvo que envolvía el dique por la parte de la fábrica de energía, apareció el hombre de bronce.

Su voz retumbó por encima de la confusión con pavorosa potencia, tratando de detener a los hombres alocados en su insensata fuga.

Muchos oyeron las órdenes del gigante de bronce, y

avergonzados de sí mismos y viéndole avanzar hacia ellos, se detuvieron.

Afortunadamente, a pesar de la magnitud del desastre, no hubo que lamentar ningún accidente grave.

Doc, después de convencerse de este último extremo, murmuró pensativo, dirigiéndose a Monk, que se hallaba a su lado:

—¡Cualquiera diría que una parte de los trabajadores esperaba lo que iba a suceder y procuraron ponerse a salvo con anticipación!

En aquel momento llegaron a sus oídos unos gritos airados, acompañados de un rumor de lucha que debía ventilarse a poca distancia.

Saltando de risco en risco, Savage se dirigió rápidamente hacia el lugar de donde provenía el escándalo y se detuvo sorprendido.

Johnny tenía como enroscada su figura larguirucha sobre un hombre tendido en el suelo. Los dos hombres debían haber sostenido una titánica lucha que terminara con la victoria de Johnny.

—¿Qué es este escándalo, Johnny? —preguntó Doc, acudiendo a separarlos.

—¡Que he sorprendido a este hombre huyendo del lugar preciso donde empezó el derrumbamiento! —gritó el zanquilargo geólogo —. ¡Creo que es el autor de esa hecatombe!

Doc se inclinó para ver las facciones del caído y dejó escapar un grito de sorpresa.

¡Era el tipo de las barbas rojas, del trío de asociados: Ossip Keller!

XVI
Nuevas sospechas



—¡Es una solemne mentira! —vociferó Ossip Keller, pugnando por incorporarse—. ¡Yo no tengo nada que ver con el derrumbamiento!

Johnny le ayudó a ponerse en pie, pero sin soltarle el chaquetón de cuero.

—¡Pero usted trataba de escapar!

—¡Claro que corría! —se apresuró a replicar Keller—. ¡No había de escapar!

¡Creí que era un terremoto o algo parecido!

Y debatiéndose para verse libre, vomitó una catarata de injurias sobre Johnny y aún intentó golpearle de nuevo, pero le falló el golpe.

Se oyó un ruido como de dos bloques de madera que chocan, y Keller se encontró de pronto sentado en el suelo, palpándose la quijada y mirando a los puños de Johnny, como si en su vida hubiese visto nada semejante.

—¡Lo mejor es que se esté usted quieto! —le aconsejó Doc—. ¡Será mejor para usted! ¡Volveré dentro de un minuto!

Sin gran trabajo encontró Savage el sitio donde se había producido la explosión que precediera inmediatamente al derrumbamiento. Lo produjo una cantidad como de un cuarto de kilo de nitroglicerina.

Los ojos dorados de Doc relampaguearon con desagrado. ¡Aquel insignificante líquido había bastado para poner en movimiento centenares de toneladas de roca viva! Miró detenidamente a su alrededor.

La roca allí aparecía enteramente sólida. Era una masa oscura con unas vetas de un matiz más claro.

Fue ese veteado el que atrajo su atención. Jugando materialmente con la muerte, gateó unos cuantos metros hacia abajo por la abrupta pared de la que había partido el cataclismo.

Con un pequeño microscopio de bolsillo y varios productos químicos, realizó una investigación detenida.

Terminada su labor, regresó adonde se hallaba Johnny, sujetando aún al irascible Keller.

—¡No puedo comprender cómo se ha producido ese derrumbamiento en una formación rocosa como ésta! —murmuró Johnny con el desconcierto de un geólogo que ve violadas todas las leyes de la naturaleza—. ¡Yo hubiera jurado que eso no podía suceder!

—La explosión de una pequeña cantidad de nitro provocó la catástrofe —afirmó Doc Savage.

Johnny se ajustó sus lentes en el caballete de su nariz puntiaguda y miró a Doc sin acabar de comprender.

—¡Este derrumbamiento era de una imposibilidad lógica, y tú lo sabes! —dijo—. ¡No veo cómo puede haber sucedido!

—Y no obstante… Permíteme, Johnny: ¿tienes noticias de esas vetas que hay en las rocas?

—Desde luego.

—Y comprobarás que existen allí sustancias químicas susceptibles de disolver el relleno de aquellas masas de piedra o, al menos, debilitarlas grandemente…

—Es que… —empezó a decir Johnny.

—Es así. Alguien ha introducido ciertas sustancias químicas en el interior de las rocas, haciendo flaquear a la formación entera. La cantidad de nitro se ha limitado a ponerlas en conmoción.

Johnny dirigió una mirada a Ossip Keller.

—Este hombre estaba procediendo de una manera sospechosa en la vecindad del sitio donde empezó el derrumbamiento. ¡No puede negarlo!

—¡Yo no tengo nada que ver con el derrumbamiento! —insistió una vez más Keller—. ¡Si alguien disparó un barreno, yo no lo vi! ¡Sólo oí el ruido infernal de todas esas rocas viniéndose abajo!

Hizo una pausa, se estremeció violentamente, y continuó:

—¡Me asusté! No me da vergüenza el decirlo. ¡Me asusté mucho y por eso era por lo que corría!

—¿Y por qué me golpeó usted cuando traté de detenerle? —preguntó Johnny, escépticamente.

Keller sudaba a chorros.

—¡Estaba aterrorizado! ¡El ruido de ese deslizamiento de tierras me pareció un terremoto! ¡El mismo miedo me inspiró mal! ¡Tengo un pánico horrible a los terremotos! ¡Cuándo oí ése estruendo y vi aquella nube de polvo, perdí el dominio de mí mismo! ¡Le pegué a usted y hubiera pegado al mundo entero que se me hubiera puesto delante impidiéndome huir!

Y un temblor convulsivo sacudía sus nervios.

—Puede usted marcharse —le dijo Doc, secamente—. Aceptamos sus explicaciones.

Ossip Keller miró a Johnny, ya más humanizado.

—¡Usted sabrá disculparme, caballero! —murmuró.

—Escuche, Keller —refunfuñó Johnny—. Cuándo le ocurra otra vez lo de ahora, discúlpese antes de nada… ¡De no hacerlo, resultará usted malparado!

Y al hablar así, levantó el racimo de nudillos que tenía por los puños.

Keller se humedeció los labios una vez o dos y luego se alejó imprimiendo a su cuerpo una sacudida como para recobrar el equilibrio de su dignidad ofendida.

—¡Ese pájaro daría ahora cualquier cosa por no haber solicitado nuestra ayuda! —gruñó Johnny, aún desconfiado—. ¿Qué te parece su historia, Doc? A mí me suena a falso desde el principio hasta el fin…

—Puedes añadirlo a la lista de los sospechosos, si no encuentras algo mejor que anotar en esa misma lista.

—¿Qué quieres decir con esa lista de sospechosos?

—¡Que tú serás el primer sorprendido! —contestó Doc.

No parecía haber ligereza alguna en la, al parecer, petulante respuesta de Doc, aun cuando su tono, al hablar así, fuese algo más seco y frío que de costumbre.

Johnny, al comprobarlo, sintió que le invadía una oleada de

júbilo. De pronto, tuvo la seguridad de que Doc tenía una idea concreta sobre quién era el jefe de los bandidos.

Pero aún quedaba Lea Aster, y su rescate era antes que todo.

Johnny se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente con el pañuelo. Sus manos denunciaban su nerviosismo, moviéndose como espasmódicamente.

El pensamiento de Lea Aster le había trastornado por completo. Era extraño que sus enemigos no hubiesen utilizado la vida de la joven como un ardid para alejar a Doc del escenario de sus crímenes.

¿Significaría aquello que la linda secretaria había muerto?

Los temores de Johnny eran injustificados. Poco antes de que se pusiera el sol, les llegaron noticias de Lea Aster, pero la forma de llegar hasta ellos era sospechosa en grado sumo.

Doc Savage tenía la facultad de ver cuanto pasaba junto a él, aun cuando aparentemente pareciese lo contrario.

De aquí que sorprendiese al rudo Richard
\1
en el preciso momento en que, furtivamente, dejaba caer algo detrás de su pupitre.
\1
parecía nervioso. Inmediatamente después de ocultar aquel objeto, miró recelosamente en torno. Doc parecía estar enfrascado en la lectura de un periódico.
\1
no se fijó en un espejo diminuto que tenía en la palma de la mano y que reflejaba todos sus movimientos.

En cuanto él salió de la oficina, Doc se puso en pie y recogió el objeto abandonado subrepticiamente por
\1
. Era un sobre, y en él, escrito por la letra inconfundible de Aster, podía leerse su nombre.

Rápido como un relámpago, Doc llegó hasta la puerta y llamó: —¡
\1
!

La figura corpulenta que se alejaba giró nerviosamente sobre sus

talones.

—¿Ha perdido usted esto? —preguntó Doc, mostrándole el sobre.

La boca de
\1
se abrió y cerró varias veces como si fuera a hablar, aunque sin lograrlo. Sus manos recorrieron sucesivamente todas las prendas de vestir hasta desaparecer, al fin, en los bolsillos de sus *breches*.

Parecía completamente atontado.

—¡De modo que me vio usted cuando lo dejaba caer! —murmuró al fin—. ¡Me lo estaba temiendo! ¡Ahora sí que estoy en un verdadero apuro!

—¿Por qué?

—Lea y verá.

—Primero —le interrumpió Doc con aspereza—, dígame dónde lo encontró.

—¡En mi bolsillo! —dijo con presteza
\1
—. ¡Ésa es la verdad, créala o no la crea! ¡No sé cómo fue a parar allí! ¡Pero alguien que tenía interés en que esa carta llegase a sus manos, intentó echar sobre mí todas las sospechas!

—¿Y por qué trató de ocultarlo?
\1
hizo una mueca como un chiquillo cogido en falta. O era un buen actor y un perfecto embustero, o estaba realmente inquieto.

—¡Me trastornó el encontrar eso en mi bolsillo de una manera tan inesperada! —explicó—. Se me ocurrió hacer que llegase a sus manos, sin parecer que venía de las mías… quiero decir… que yo nunca lo había tenido…

Sacó el contenido del sobre, una hoja de papel corriente. En ella había escrito Lea Aster lo siguiente:

> Señor Savage: Como es natural, me obligan a escribir lo siguiente:
>
> Me piden que informe a usted de que, si se encuentra aún en Atizona mañana por la mañana, recibirá un

paquete conteniendo mi mano izquierda. La derecha llegará a su poder por la noche. En adelante, cada seis horas, si permanece en el Estado, irá recibiendo alguna parte de mi cuerpo, que me será seccionada y remitida a usted como recordatorio.

Estoy aquí en un peligro mortal.

Lea Aster.

Llamados por Doc, sus amigos acompañados de Keller y Nate Raff, no tardaron en llegar a la oficina, y Doc les entregó para su lectura la anterior misiva.

Luego salió de la oficina para dirigirse a su laboratorio, de donde regresó portador de la famosa linterna de los rayos ultravioleta.

Existía la probabilidad de que Lea Aster hubiese escrito en el mismo papel algún mensaje secreto.

Ossip Keller miró ceñudo a Doc al ver entrar a éste con la cámara oscura.

Era natural que Keller estuviese todavía resentido por su encuentro con Johnny. Su indignación era una cosa perfectamente lógica en un hombre honrado, pero difícil discernir si estaba realmente afrentado o si aparentaba estarlo, para mejor encubrir así siniestros propósitos.

Las endebles edificaciones del pueblo estaban provistas todas de cables conductores de luz eléctrica, proporcionada ésta por la instalación de las fábricas de energía situadas en las inmediaciones del dique.

Doc enchufó la cámara y proyectó sus rayos sobre la nota escrita por Lea Aster, en la que aparecieron segundos después, en forma de débiles destellos, los caracteres invisibles hasta entonces.

—¡Bendito sea Dios! —suspiró gozosamente Monk.

Los destellos se convirtieron poco a poco en unas letras azules y merced a ello se pudo leer lo siguiente:

Este mensaje es un *bluff*, Doc.

> Estas gentes se proponen mantenerme sana y salva y servirse de mí para obligarle a poner en libertad a alguno de la cuadrilla, si llegara usted a capturarlo.
>
> No he sido capaz de averiguar aún quién es el cerebro que dirige a esta cuadrilla. Su nombre no ha llegado nunca a mis oídos.
>
> No tengo la menor idea de dónde me tienen escondida.

Monk dejó escapar un ruidoso suspiro de alivio.

—¡Ya decía yo que todo eso tenía que ser un *bluff*; pero… por un momento me asustó!

—Demuestran bastante habilidad sirviéndose de la muchacha como lo hacen —dijo gravemente Doc—. ¡De este modo estorban mis operaciones considerablemente!

Pintóse una gran sorpresa en la velluda cara de Monk.

—El caso es que ésta es la primera vez que han amenazado con hacer daño corporal a Lea…

—No necesitan amenazarme —indicó Doc—. Y lo sabían, sin duda. Hay entre los trabajadores del dique muchos que, indudablemente, pertenecen a la cuadrilla. El hombre que dejó calentar el refrigerador es uno de ellos… No lo hizo por torpeza, sino sabiendo perfectamente que no debía usar el aceite en las conexiones. Y hay otros varios como él. Yo necesito, sea como sea, reprimir sus desmanes.

»En el momento en que yo capture a uno de la cuadrilla, las cosas irán como sobre ruedas. O tendré que soltar a mi prisionero o matarán a la muchacha: pero como actualmente no he cogido a ninguno de ellos, Lea Aster no corre peligro alguno.

»¡Esa muchacha representa una carta que no jugarán más que un momento de apuro y seguramente lo saben!

Los cinco hombres de Doc, mostraron su aprobación a esta teoría.

Había allí otras personas, no obstante, que no veían las cosas bajo el mismo prisma.

\1

y Keller —hacia quienes ya apuntaban las sospechas— oscilaban

nerviosamente sobre sus pies.

Parecían no saber qué hacer con sus manos. Sudaban ambos copiosamente, aunque esto podía haberse debido al calor, que era realmente sofocante.

En cuanto a Nate Raff, se mantenía aparte con su gran quijada contraída y mordisqueando su pipa entre los dientes. Sus ojos se posaron en sus socios y los miró con curiosidad.

Los cinco ayudantes de Doc eran todos hombres expertos en la rápida observación de detalles y no se les escapó el gesto de Nate Raff.

Leyeron sus pensamientos con la misma claridad que si Raff estuviese reproduciendo sus ideas ante una cámara fotográfica.

¡La mirada de Raff decía con toda claridad que sospechaba de sus dos compañeros!

XVII
Siguiendo el rastro



Tan tirante era la situación que nadie se dio cuenta de que Doc Savage estaba examinando por segunda vez la carta de Lea Aster.

Su atención se concentraba ahora en el papel mismo y en el sobre.

Empleaba para ello un microscopio de bolsillo.

En la parte interior del papel, pudo descubrir unas tenues manchas oscuras.

Indudablemente provenían de la mesa que sirvió para escribir y contra la que aquél fue oprimido, sin duda, la naturaleza de ninguna materia podía escapar mucho tiempo el análisis de Doc.

Pronto supo de qué eran las manchas.

¡Eran de humo de petróleo!

Sin pronunciar una palabra salió de la oficina. No malgastó el tiempo en averiguaciones inútiles.

Sus notables facultades deductivas habían funcionado ya. Sabía lo que significaba en el pueblo aquel hollín. Como se trataba de una ciudad temporal, no había en sus viviendas hornillos que funcionasen por medio de petróleo.

Sus habitaciones quemaban tallos de mezquite, y este combustible no despedía aquella clase de humo.

Doc había notado a corta distancia de la oficina, una hoguera de hojarasca en el centro de la calle y se había fijado en el humo fulginoso que despedía.

Aquello fue días atrás, pero no recordaba exactamente en qué sitio.

El detalle más importante que acudía a su memoria era el de la existencia de una vivienda desierta en las proximidades de la hoguera.

Era razonable suponer que era allí donde Lea Aster había escrito la carta.

No tardó en llegar ante la barraca que buscaba. Junto a ella había un bosquecillo de mezquite, en el que penetró Doc dando la vuelta a la casa.

Medio oculto entre las ramas observó ésta detenidamente. Nada extraño observó en las paredes cubiertas de papel alquitranado.

Por la puerta y las ventanas cerradas herméticamente no se filtraba luz alguna.

Tres o cuatro ardillas jugaban alrededor de la puerta principal. Sobre el tejado trabajaba industriosamente un picamaderos. Reinaba allí la paz más completa.

Oyóse de pronto un chasquido extraño en la cabaña. Las ardillas juguetonas se quedaron dormidas y el picamaderos debió irse a acostar.

Resonaron dentro del edificio unos golpes como si alguien se cayera de una silla.

Doc Savage, el gigantesco hombre de bronce, surgió como por arte de magia del bosquecillo de mezquites y corrió hacia la cabaña. EL penetrante gas anestésico debía de haber hecho su efecto y llegando a ser inocuo.

Su penetración en el interior de la barraca fue muy rápida gracias a las rendijas que dejaban las tablas mal ajustadas de sus paredes.

Las víctimas en caso de haberlas en el interior, estarían inconscientes, pero completamente ilesas.

Doc llegó a la puerta, pero no tocó el picaporte. Lo observó un instante y pudo comprobar que estaba empapado en un líquido viscoso.

Una vez más su precaución habitual le había salvado de la muerte. ¡La sustancia que bañaba el picaporte era indudablemente la misma que ocasionara la muerte de Bandy Stevens!

El gigante de bronce fue hacia uno de los extremos de la barraca. Su mano derecha se convirtió en un bloque metálico y de

un puñetazo seco hundió uno de los tablones lo suficiente para poder coger los dos contiguos entre sus dedos de acero.

Dio un violento tirón y recias maderas parecieron convertirse de pronto en débiles tablillas.

Penetró en la casa esparciendo en torno suyo los rayos de su linterna de bolsillo.

En el suelo estaban tendidos de bruces y ambos roncando ruidosamente, dos hombres.

Doc los movió con la punta del pie y los hizo volverse boca arriba.

Reconoció en ellos a dos de los componentes de la cuadrilla que conociera en la vivienda abandonada del farallón.

A la luz de la linterna vio un escotillón en el centro del pavimento.

Levantó la compuerta y por unas escaleras descendió al sótano. El piso estaba sembrado de colillas de cigarrillos, ceniza de pipa y cerillas apagadas.

No había nadie allí, ni nada de lo que había era de valor. Los cigarrillos eran ordinarios y liados a mano, a la manera de los cowboys. Las cerillas eran de la misma clase.

En uno de los toscos peldaños de la escalera había un bloc de papel ordinario del que vendían en las tiendas del poblado a cinco centavos.

Era el que había servido, indudablemente, a Lea para escribir su carta.

Todas las huellas indicaban que la cabaña había albergado a varios hombres durante el día.

La cuadrilla se había retirado a algún otro refugio llevándose a la prisionera.

Sólo dos de los hombres se quedaron allí.

Doc levantó en alto a los caídos como si fueran de paja, y pasándolos a través de la abertura que practicara para entrar, no tardó en reunirse con ellos en el exterior.

Limpió el veneno del picaporte con el pañuelo de uno de los prisioneros y luego lo quemó.

Llevando a los hombres a cuestas, cruzó por las calles sumidas ahora en la oscuridad más completa.

A lo lejos resonó un trueno que rodó cielo adelante como la carcajada de un loco.

Todo presagiaba una tormenta.

Los tres socios propietarios de la Mountain Desert Construction Company, se hallaban todavía en la oficina y los ayudantes de Doc estaban con ellos.

Todos manifestaron su sorpresa al ver entrar a Savage con su extraño cargamento.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Monk.

Doc explicó lo sucedido y colocó a los dos bandidos en dos sillones frente a dos pupitres separados.

—Los haremos hablar —dijo al terminar su relato—. Vigilen mientras yo voy a buscar el suero al laboratorio.

—¡Suero… suero! —masculló Nate Raff a través de sus enormes mandíbulas—. ¿Qué quiere usted decir con eso, Doc Savage?

—¡Sencillamente eso: suero! —contestó Monk, muy sorprendido de que Raff no comprendiera.

—Pero yo no pensaba que esa sustancia fuese segura —balbuceó Raff—. La policía no admite como verídica las confesiones logradas por ese procedimiento.

—Verá usted —explicó Monk—. Doc emplea el hipnotismo después de administrarles el suero. ¡Estos dos pájaros descubrirán cuanto saben!

Zumbó ruidosamente un trueno sobre sus cabezas mientras Monk hablaba.

Era como si a algún coloso etéreo le divirtiese todo aquello. Una llamarada roja iluminó el desierto y la montaña.

Por unos instantes los terribles elementos atrajeron la atención de todos.

¡Durante una fracción de diez segundos, nadie se cuidó de aquellos dos miserables aletargados en sus asientos!

La verdad no se supo hasta que regresó Doc Savage. El hombre de bronce se detuvo sobrecogido en cuanto vio los dos cuerpos.

—¡Esos hombres están muertos! —dijo con viveza.

Si un rayo hubiese caído de pronto en la endeble vivienda, no hubiese producido tanto efecto como aquellas palabras.

—¡No puede ser! —vociferó Nate Raff.

—¡No nos hemos separado de ellos ni un segundo!

—¡Ni un segundo! —repitió como un eco
\1
ajustándose nerviosamente los pantalones—. ¡Sí, señor!

—¡Tal vez los mató su anestésico! —sugirió el barbudo Keller con un agrio gruñido.

Renny dio un paso hacia los dos cadáveres.

—¡No! —le gritó Doc. Con unos gestos rápidos le indicó el peligro que entrañaba el acercarse a aquellos cuerpos. Esparcidas por los rostros de aquellos desgraciados se veían unas manchas viscosas.

—¡El veneno que mata a quien lo toca! —anunció lúgubremente Doc Savage.

—Pero ¿por dónde ha venido? —preguntó Nate Raff.

Las ventanas de la oficina estaban abiertas de par en par. En la parte de afuera de una de ellas halló Doc la contestación a la pregunta de Nate Raff.

¡Una pistola pulverizador de juguete! De ella había partido el líquido fatal y las huellas digitales habían sido frotadas cuidadosamente.

—¡Alguien lo arrojó a través de la ventana! —aulló Nate Raff. Keller inclinó la cabeza y se acarició su roja barba.
\1
temblaba.

Torvas miradas se cambiaron entre los ayudantes de Doc. Eran unos observadores atentos aquellos cinco hombres.

Aunque a veces se les podía considerar como unos chiquillos comparados con su gran maestro, cada uno de por sí era superior en facultades a cualquier otro hombre corriente.

¡Los cinco vieron en el acto, que al otro lado de la ventana no había huellas de pisadas! En el acto dijeron que el líquido venenoso había sido arrojado desde dentro de la habitación.

Tenían ahora el convencimiento de que uno de los tres socios de la «Mountain Desert», había asesinado a aquellos dos hombres para que no fuesen interrogados.

El descubrimiento les aterró. Raff,
\1

, Keller. ¿Cuál de los tres había sido? Se preguntaban desconcertados.

Deseaban saber si Doc había ya señalado en su pensamiento y de una manera especial a uno de los tres. ¿Por qué no descargaba ya el golpe definitivo sobre aquel miserable?

¿Era por salvar a Lea Aster? ¿Sería para averiguar el móvil de sus crímenes? ¿Trataba acaso de descubrir el secreto de la lava ardiente en la vivienda ruinosa del farallón?

Doc Savage, broncíneo e inescrutable, no contestaba a sus preguntas.

Después de retirados los cuerpos de aquellos infelices, Doc y sus amigos se retiraron a la vivienda que les había sido asignada.

Era un edificio largo y estrecho, que más tenía de pasillo que de casa propiamente dicha, construido como el resto de la mayoría de las viviendas del pueblo, con planchas de hierro acanalado.

Estaba situado a poca distancia de la cabaña que Doc utilizaba como laboratorio.

El horror, los peligros y aun la muerte misma, nada de esto parecía impresionar a Doc Savage. Una vez retirado a su nueva habitación se acostó y no tardó en dormirse.

Se levantó cuatro horas después y empezó a hacer sus ejercicios habituales.

Era un trabajo que no tenía semejanza alguna con los corrientes de gimnasia ordinaria.

Su padre le había acostumbrado a aquella especie de ritual cuando apenas sabía andar y Doc conservaba la costumbre como un rito religioso.

Tal vez a aquellos ejercicios se debía el crecimiento de sus facultades físicas y mentales. Siguió ejercitando sus músculos hasta que el sudor cubrió su cuerpo.

Seleccionó unos cuantos números y estuvo haciendo con ellos mentalmente multiplicaciones, divisiones, extrayendo raíces cuadradas y cúbicas.

Aquello excitaba sus cualidades de concentración.

Había otros muchos detalles variados en aquélla su rutina. Terminados sus ejercicios, permaneció un espacio de tiempo en una calma absoluta.

Vistióse luego y saliendo de la casa, se aventuró en la noche.

Los relámpagos seguían salpicando el firmamento y los truenos hacían temblar la tierra. Había cesado casi por completo el viento y la atmósfera era mucho más cálida.

Las nubes eran de un azul negruzco, hinchadas, amenazadoras. Doc se dirigió hacia el dique.

Dos hombres le vieron salir. Tenían los rostros ceñudos. Empuñaban ambos sendos rifles y las culatas de sus revólveres sobresalían de las pistoleras de sus cinturones.

Uno de ellos lanzó una maldición y apuntó con el rifle a Doc Savage, pero su compañero le sujetó por el brazo.

—¡Nada, Jud! ¡Podrías errar el tiro!

—¿Estás loco, Buttons? —gruñó el otro—. ¡Puedo acertar a un abalorio lanzado al aire con la claridad de estos relámpagos! ¡Soy un tirador infalible!

—¡Déjate de bromas! —murmuró Buttons—. ¡Tenemos otro modo de hacerlo!

Los dos bandidos vieron alejarse a Doc Savage hasta que estuvo fuera de la vecindad del poblado. Entonces penetraron en un bosquecillo de mezquite y salieron a poco, llevando entre los dos con mucho cuidado un medio tonel, y se dirigieron hacia la vivienda de Doc y sus hombres.

Bajo el alero del tejado del edificio en forma de pasillo, encontraron otro barril usado para recoger agua de la lluvia y lavar distintos objetos.

El barril que llevaban Buttons Zortell y su compañero, era aproximadamente igual al que había delante de la casa.

Rápidamente sustituyeron uno por otro.

Sólo un examen muy detenido hubiera revelado la sustitución. ¿Pero, quién iba a preocuparse por un simple barril casi inservible?

—Pueden hasta lavar su ropa en él sin darse cuenta del error —murmuró Buttons mientras se llevaban el otro barril lejos de allí.

—¿Dejaremos que se vayan esos tipos antes de que vuelva el gigante? —preguntó Jud.

Buttons pareció meditar unos instantes.

—¡Sería mejor que pudiéramos apresar a los seis!

—¡Trataremos de hacerlo así!

Súbitamente se oyó un trueno más fuerte que los anteriores.

—¡Va a caer un diluvio! —gruñó Jud.

—Eso agrava las cosas para nosotros, ¿eh? —rió Buttons.

—¡Me parece que las cosas no van a rodar tan bien como tú te figuras!…

—¡*Pardiez*! Todo lo que tenemos que hacer es sentarnos por ahí a cubierto hasta que veamos a Doc entrar en su barraca a reunirse con sus hombres, y entonces…

—No quería decir eso —refunfuñó Jud—. Estaba pensando que Doc ha ido hacia las fábricas que hay junto al dique… Tal vez consiga atrapar a alguno…

—¡Bien, pero no será a ninguno de nosotros! —murmuró Buttons con rudeza.

—No acabo de comprenderlo, ¿sabes?

—¿Qué es ello?

—¿Por qué el patrón no vuela el dique de una vez? ¡Eso sería la ruina definitiva de la Compañía! ¿Por qué no lo hace?

—El patrón debe tener su plan —explicó pacientemente Buttons —. ¿No se te ha ocurrido pensarlo? ¡Es algo que nadie más que él lo sabe! ¡Te repito que va recto hacia donde quiere ir! Cesaron en su vaga conversación y se dispusieron a esperar cachazudamente. Su trabajo estaba allí. Eran simples instrumentos de una trama diabólica.

Entre tanto, allá, en el dique, se estaba preparando otro complot siniestro.

¡Un complot mucho más siniestro que la destrucción del dique!

XVIII
Designios misteriosos



Doc encontró a Renny colocando lienzos alquitranados sobre el hormigón reciente, para preservarlo de la lluvia.

—¡En este país no llueve nunca, me decían! —murmuró Renny —. ¡Y parece que el cielo entero se derrumba sobre nosotros!

Los obreros trabajaban allá arriba, fuera del cañón. Patrullas de trabajadores estaban dedicadas a sujetar con estacas cobertizos de tela sobre la maquinaria eléctrica y fabricaban rápidos techados de tablas.

Sabían lo que eran aquellos aguaceros en el Oeste. La luz de las bombillas eléctricas, provistas de reflectores de estaño, apenas proyectaban una débil claridad cuando cesaban los relámpagos.

El fulgor de éstos llegó a ser tan intenso, que los hombres podían trabajar perfectamente sin necesidad del fluido artificial. La tierra parecía estremecerse de horror ante todo aquel aparato teatral.

De pronto empezó a llover. No eran gotas lo que caían, sino sábanas enteras de agua, y en pocos segundos las paredes de la quebrada se convirtieron en verdaderos torrentes verticales.

Palas, picos, azadones, toda clase de herramientas fueron arrastradas monte abajo por las escarpadas pendientes. EL hormigón ensacado, convertido en piedra grande como cubas, rodaba a favor de la riada.

Y como remate a todo aquél estruendo, se oyeron formidables explosiones.

¡Verdaderas explosiones! ¡Producidas por el hombre!

¡Por el buey Apis! —gritó Renny—. ¡Han volado los túneles de

desviación!

Corriendo a lo largo del dique, pudo ver el cable que servía para el transporte de una a otra orilla, hasta cerca de las fábricas de energía, pero la lluvia había interrumpido su funcionamiento.

Era inútil tratar de llegar por aquel procedimiento al lugar donde se habían producido las explosiones.

Trató de comunicarse por teléfono. Los aparatos instalados en distintos lugares de las obras funcionaban todavía. Por fin, logró comunicación con la fábrica de energía.

—¿Cuánta agua ha entrado en los túneles de desviación? —preguntó.

—¡Ninguna! —fue la respuesta—. ¡Las explosiones parecen haberlos obstruido por encima del dique!

Doc colgó el aparato. Permaneció unos instantes en la cabina del teléfono, oyendo al agua estrellarse con furia en la cubierta de cinc. Una expresión pensativa contraía sus facciones.

Una explosión podía haber destruido al dique, tan pronto quedaron obstruidos los túneles de desviación. La obstrucción de éstos significaba que el dique se vería obligado a contener toda aquella enorme cantidad de agua que se iba almacenando en el lago.

La oclusión de los túneles era una calamidad menor, si el dique resistía, y aún podía darse el caso, hasta cierto punto inverosímil, de que las aguas creciesen tanto de nivel al no hallar salida, que rebasasen por encima del enorme paredón.

¿Pero qué objeto perseguían con acumular tal cantidad de agua contra el dique? Éste era el enigma que Doc consideraba.

Al final pareció hallar una respuesta satisfactoria a su interrogación mental, porque de sus labios pareció fluir aquel sonido misterioso, mitad nota melodiosa, mitad silbido, aquel trino que salía inconsciente de su yo cuando algo fuera de lo corriente había ocurrido.

Empezó a calmarse la lluvia. Llegó a ser un aguacero normal, para convertirse más tarde en una lluvia ligera.

Comparada con lo que había sido antes, parecía un simple rocío. Pero allá a lo lejos, sobre el lecho del lago, continuaba la tempestad.

Desde el pueblo llegaron corriendo los tres propietarios de la construcción.

Estaban excitadísimos. Si alguno pensaba en algo, además de la salvación del dique, no lo dio a entender a sus compañeros.

EL agua turbulenta, coronada de espuma, había ya subido unos pies en la gran barrera de cemento y acero.

—¡Si no encuentra camino para escapar! —deploró Nate Raff—. ¡Si no lo encuentra, qué ruina! ¡Está tan fresco el hormigón!

—¡Resistirá! ¡Y eso gracias al hormigón que han empleado ustedes, mezclado con hierro! —dijo Renny—. ¡Eso puede salvarlo, si no se convierte todo esto en un lago de aquí a mañana!

—¡El dique aguantará! —fue el veredicto de Doc.

Formando un grupo silencioso, penetraron en su vivienda.

Buttons Zortell y Jud, calados hasta los huesos por el aguacero, al verlos entrar ocultos entre los mezquites, juntaron sus cabezas para poder hablar sin ser oídos.

—¡Ha llegado tu ocasión! —dijo Jud en voz queda.

—¡Tu ocasión, querrás decir! —contestó destemplado.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Jud—. ¡Supongo que no querrás que vaya yo! ¡Es algo arriesgado!

—Lo echaremos a suertes —ofreció Buttons conciliador—. No vamos a pelearnos por tan poca cosa.

—¡Es natural!

Buttons introdujo una mano en uno de sus bolsillos y sacándola con el puño cerrado, colocó éste bajo las narices de su compañero.

—¿Cuántas monedas hay en mi mano, una o dos? ¡Si no lo aciertas, peor para ti, porque te tocará ir!

Jud sonrió a hurtadillas en la oscuridad. Había oído un clic especial en la mano de Buttons, y sabía que eran dos las monedas.

—¡Dos! —dijo.

Le tocó el turno de sonreír a Buttons, Sólo había una moneda y la había hecho tintinear contra una sortija que llevaba en el dedo, para que pareciese que eran dos.

Rezongando y maldiciendo, como si hubiese sido engañado, Jud se puso en marcha hacia el edificio que habitaba el equipo de Doc Savage.

Luego retrocedió y dijo: —¡Ahí viene un camión, cuidado!

El camión patinando sobre el camino, resbaladizo por la lluvia, fue a detenerse ante la casa de Doc. Era camión cubierto. Hizo un viraje habilidoso y quedó aculado contra la puerta.

El conductor empezó a descargar varias cajas.

—Deben ser para Doc Savage y habrán llegado de Nueva York por ferrocarril —murmuró Jud.

—¡Maldita la falta que le van a hacer ahora! —exclamó Buttons.

Minutos después, el camión cumplió sin duda su encargo, se apartó de la casa y no tardó en desaparecer calle abajo.

Oyóse en la cabaña la potente voz de Doc y un momento después la de sus compañeros, que parecían preguntar todos a un tiempo.

—¡Están hablando los seis! —cloqueó Buttons—. ¡Eso significa que deben tener pelea!

Las voces dejaron de oírse, pero del edificio salían rayos luminosos, lo que indicaba que sus moradores se disponían a acostarse.

—Con lo bien que brilla la luna, no pueden salir sin que los veamos —murmuró Jud—. Además, ahora que la luna brilla, no es necesario que vaya yo arrastrándome para prenderle fuego al barril con una cerilla. ¡No necesitamos de eso!

Buttons accedió a la sugerencia. En realidad podían haberse ahorrado el juego de las monedas en la mano.

Ya no era necesario que ninguno de los dos corriese el peligro. Desde la distancia a que se hallaban, las cosas podían salir más rápidas y mejor.

Los dos bandidos sacaron sus rifles de las fundas engrasadas en que lo envolvieran para preservarlos de la lluvia. A un mismo tiempo empuñaron las armas y apuntaron al barril colocado en la fachada.

—¡Por San Pedro! —dijo cínicamente Buttons—, ¡no vayamos a errarlo!

Dispararon a un tiempo y no erraron el tiro.

Se produjo un fogonazo formidable, como si el mundo entero se rasgase en una llamarada brillante. Un puño titánico pareció lanzar a Buttons y Jud uno contra otro y cayeron casi sin sentido sobre un lecho de higos chumbos.

Oyeron cómo silbaban sobre sus cabezas fragmentos de hierro acanalado, mientras los oídos les zumbaban por efectos de la explosión.

—¡Truenos! —murmuró Buttons—. ¡Nos habíamos quedado muy cerca de ese barril de TNT!

Mirando en dirección a la cabaña, vieron que había sido borrada de la tierra y en su lugar había un hoyo profundo. Ni uno de los que estaban en ella podía haber quedado con vida.

—¡Doc Savage escapó a nuestra bomba de Nueva York —aulló Buttons regocijado—, pero de ésta no ha escapado tan fácilmente! ¡No deben haber quedado ni los rabos!

Y los dos bandidos abandonaron aquel paraje llevando los rifles con los que habían provocado la explosión.

Ésta se había oído en todo el pueblo y sus habitantes, que apenas si habían podido dormir aquella noche accidentada, abandonaron en tropel sus lechos y se lanzaron a la calle medio vestidos, a averiguar cuál era la calamidad que les amenazaba.

Buttons y Jud se separaron.

—¡Voy a adelantarme a dar la noticia! —dijo Buttons—. Además, no me conviene permanecer mucho tiempo por aquí. ¡Me conocen demasiado estas gentes!

Jud después de ver perderse de vista a su compañero, ocultó el rifle debajo de un camión parado a pocos pasos de distancia, se subió el cuello de la chaqueta y agachó las alas de su sombrero de *cow-boy*.

Eran pocos los habitantes del poblado que conocían a Jud de vista y podía aventurarse entre ellos sin ningún temor. Mezclóse entre los grupos y los comentarios que llegaron a sus oídos le llenaron de satisfacción.

—¡Si hubiera habido alguien en la cabaña, se emplearían horas enteras para reunir sus miembros dispersos! —oyó decir a un hombre.

Jud sonrió ampliamente al oír estas palabras, y fue entonces cuando divisó a Richard\1. Venía indudablemente de las obras del dique.

Estaba desgreñado. Algunas veces durante aquella noche trágica había caído rodando entre las peñas y estaba manchado de barro hasta el cuello, pues había perdido el sombrero en una de sus caídas.

Jud miró a
\1
con una expresión perversa en su rostro villano. Se humedeció los labios como si paladease algún manjar sabroso y sus dedos fueron inconscientemente a la empuñadura del revólver.

Por un momento pareció querer alejarse, pero sus pasos eran lentos y acabó por retroceder. En sus facciones había una feroz determinación.

—¡Papá me condene! —mascculló entre dientes—. ¡Lo haré! ¡Alguna vez he de poder obrar por mi cuenta!

Remoloneó unos segundos por entre el gentío mirando de reojo hacia el cielo.

Una nube avanzaba majestuosamente hasta el disco lunar. Jud atemperó su conducta a la marcha de la nube.

Cuando ocultó ésta por completo la luna, anduvo hacia
\1
hasta colocarse detrás de él. Le hundió el cañón del revólver en la espalda.

No despegó los labios, porque las palabras no eran necesarias en aquellos momentos.
\1
inclinó los ojos a tierra, volviéndose ligeramente hacia atrás.

Había luz bastante para ver relucir el revólver.

—¿Qué quiere usted? —preguntó en voz baja e irritada.

—¡Mucho silencio! —contestó en el mismo todo Jud—. ¡Un balido y recoge una cosecha de plomo! ¡Vaya delante de mí!

—¡Usted, puerco!… —dijo
\1
.

—¡No quiero chivatos! —avisó Jud—. Cállate o disparo.
\1
selló los labios y se apresuró a alejarse del gentío. El revólver seguía apoyado en su espalda. Llegaron hasta un grupo de yucas, en

donde, por estar bastante alejados del lugar donde ocurriera la explosión, no podían ser vistos por nadie.

—¡Ya está usted hablando! —gritó

\1

.

Por toda contestación, Jud se pasó el revólver a la mano derecha, lo alzó rápidamente en alto y asestó un violento golpe en la sien de su enemigo que se derrumbó como un fardo.

Jud se inclinó sobre él y le tomó el pulso.

—¡No está muerto! —murmuró—. ¡Lo mismo hubiera dado! ¡Acabaré el trabajo disponiendo de su cuerpo!

XIX
El camión de la muerte



Durante unos instantes, Jud permaneció junto al inerte cuerpo de
\1
.

Por fin pareció adoptar una resolución, y apretando con fuerza los labios, levantó el cuerpo y se lo echó al hombro.

El lugar de la explosión había reunido a casi todos los habitantes del poblado.

Jud podía pasar perfectamente inadvertido y anduvo rápidamente hasta que llegó adonde estaba el camión bajo el que escondiera su rifle momentos antes.

Colocó el cuerpo inanimado de
\1
en el asiento, se sentó junto a él, empuñó el volante y puso en marcha el motor.

Siguió sin ser notado hacia el camino, lleno de baches, que llevaba a las proximidades del dique, pero no lo recorrió en toda su longitud.

Llegado a cierto paraje, torció por una especie de saliente, apenas transitable, que se descolgaba materialmente sobre el río.

Se abría ante él un animado panorama. Detuvo el camión y saltó a tierra, andando a pie unos cien metros aproximadamente. Estaba en el borde de un gran farallón. Allá abajo veíase la superficie del lago.

La rizada masa líquida se extendía a lo lejos a la luz de la luna. El diluvio caído aquella noche había traído agua bastante para

cubrir por completo el ancho valle, que fue en un tiempo el lecho del lago.

La profundidad debía ser suficiente para sus propósitos. Inclinado sobre el borde del abismo, dirigió a las aguas una mirada casi cariñosa.

Volvió apresuradamente hacia el camión. Había en éste una cadena bastante larga, que se empleaba para atascar las ruedas cuando se estaba cargando en una pendiente.

Jud ató uno de los extremos de aquella cadena al cuello de
\1
y el otro a uno de los ejes de las ruedas.

¡No era una tontería lo que estaba haciendo, no! De ese modo,
\1
no podía separar su suerte de la del camión, y éste, lanzado sobre el abismo, iría a sepultarse en las aguas del lago con su cargamento.

¡Era un pensamiento diabólico! El chapotazo del coche al chocar con el agua, apenas sería oído por nadie, confundiéndose con el estruendo habitual de las obras.

Jud subió al asiento, puso en marcha el motor y lanzó el camión hacia el borde del farallón. Hecho esto y en el momento preciso saltó a tierra.

Lo hizo elásticamente, con verdadera facilidad, altamente satisfecho de sí mismo.

Ya en tierra se inclinó hacia el abismo para ver descender el camión. Una convulsión de asombro indecible borró el gozo satánico de su rostro.

Por un momento pareció como si fuera a arrojarse al abismo detrás de su presa.

La excitación hizo que se ahogase el grito de asombro en la garganta de Jud.

Corrió hacia atrás para ver si
\1
podía haberse soltado de la cadena.

No se veían rastros suyos.

—¡El cuerpo iría colgando debajo del camión y por eso no pude verlo! —se dijo a sí mismo.

Miró en torno suyo buscando el rifle y comprobó que se lo había

dejado olvidado en el camión.

—¡También soy estúpido! —murmuró—. Pero menos mal que el rifle no puede constituir prueba alguna aun en el caso de que sea hallado.

—El chapoteo del camión al dar en la superficie del agua no había sido ruidoso, aun cuando la excitación de sus nervios le habla impedido fijarse apenas en ese detalle.

Habría recorrido unos cincuenta metros, cuando oyó un tintineo especial que venía de lo alto. Aquello podía ser un guijarro desprendido y empujado por el zapato de un hombre que gatease entre las rocas.

Había varias de éstas a un lado del camino, como una fila de centinelas en vanguardia. De un salto al que sólo podía impulsarle el miedo, cayó entre las piedras.

Una de aquellas peñas pareció adquirir vida de pronto y tomar la forma de un hombre de brazos y manos de color bronceado. Aquellas manos metálicas se aferraron a Jud, le atenazaron con una fuerza increíble.

Por entre sus apretados dientes salió como un silbido de agonía. Acababan de quitarle de las manos los revólveres y los habían arrojado a unos metros de distancia.

Jud estaba lejos de creer que existiese un hombre poseedor de fuerza tan hercúlea. Luchó aún unos momentos con la energía de la desesperación, pero en vano y al ver la inutilidad de sus fuerzas, se atrevió por primera vez a mirar a las facciones de su enemigo.

Un nuevo terror se añadió ahora a los anteriores. Su dolorido y confuso cerebro se negaba a creer que el que le había atacado fuese un hombre de carne y hueso.

¡Su captor tenía las facciones de Doc Savage, el hombre al que creía muerto entre los restos de la cabaña destruida!

—¡Santo Dios! —gritó—. ¡Pero si usted quedó hecho pedazos!… —El dolor hizo que las palabras expiraran en su garganta.

Doc Savage mantenía un silencio espectral. Sabía que aquello acabaría por destrozar los nervios de Jud.

—¡Vimos a usted y a sus hombres entrar en la cabaña, y les oímos hablar seis segundos antes de que volase en pedazos! —sollozó Jud—. ¡Usted no ha podido escapar! ¡Le hubiéramos visto a

la luz de la luna! ¡Todavía… infierno!… ¡Es usted realmente…! ¡Basta, basta… no apriete más!…

Doc continuó todavía en silencio, aun cuando veía aumentar en Jud la convicción de que era un alma del otro mundo.

Lo que había ocurrido no podía ser más sencillo. Doc y sus compañeros habían abandonado la barraca en el camión que ostensiblemente fuera a llevar unos bultos de equipaje.

Un magnetófono reprodujo fielmente sus voces después de su marcha, lo que explicaba su aparente permanencia en el interior de la vivienda, cuando ya estaban a una distancia regular de la misma.

¡Aquella estratagema había sido ideada por Doc, que se diera cuenta al volver a su casa, de la presencia de dos bandidos!

¡Y he aquí cómo la red tendida por Jud, había ido a convertirse en un auxiliar más de sus maduros planes!

En vez de sucumbir al terror, Jud empezó a darse ánimos a sí mismo.

Sus labios amoratados se afirmaron y se contrajeron aún más sus ojos diminutos.

—¿Cómo ha logrado alejarse de aquella trampa? —preguntó.

Doc mantuvo su cara impasible y lo empujó más adentro de las peñas. Jud alcanzó entonces a ver una forma humana apoyada contra una roca.

La vista de aquello que se le antojaba fantasmagórico inundó su cuerpo de sudor y de sus labios temblorosos salieron blasfemias y juramentos horribles.

¡Aquel cuerpo, todavía insensible, era el de Richard
\1
! Comprendió que Doc Savage debía haber desatado a
\1
de la cadena que le sujetaba al eje de las ruedas del camión, pero no se explicaba cómo podía haber hecho aquello tan en silencio.

Parecía imposible. Recordó entonces la fuerza de aquel hombre bronceado, una fuerza tan grande que era realmente terrible. Músculos como aquéllos eran capaces de realizar lo imposible.

Las manos de Doc resbalaron sobre el cuerpo de Jud, palpando de manera especial ciertas partes de su sistema nervioso.

Jud emitió un quejido lastimero. Después de esto comprobó que

algo de pesadilla les había ocurrido a sus miembros.

Tanteando como pudo, sólo consiguió retorcerse débilmente. No podía comprender lo que le había ocurrido. Sus conocimientos de anatomía no podían ser más rudimentarios. No pudo comprender que Doc había paralizado en él ciertos centros nerviosos con una presión especial, una hazaña, sólo factible para la diestra disciplina quirúrgica de Doc.

Logrado este resultado, Savage hizo volver en sí a
\1
.

Éste fue capaz de sentarse en el suelo apoyado contra la peña, y apretándose la cabeza entre las manos balbuceó:

—¿Cómo he venido aquí? —Doc le explicó lo ocurrido.
\1
le escuchó en silencio, respirando penosamente por el dolor que aún sentía en la cabeza.

Súbitamente se precipitó hacia el sitio en donde habían caído los revólveres de Jud y apuntó a éste pronto a disparar.

—¡Vas a pagármelas todas por haber intentado matarme, granuja! —rugió fuera de sí, y apretó el gatillo.

Salió el tiro, pero la bala sólo hizo un leve desconchado en una roca. Una piedrecilla, lanzada con rara habilidad por Doc, no sólo desvió el arma, sino que la hizo caer de las manos de
\1
.

Éste crispó los puños con rabia y lanzó un rugido que nada tenía de humano.

—¡Nadie se ha atrevido a amenazarme a mí que haya escapado con vida! —gritó.

Jud volvía en sí lentamente. Era incapaz de mover las piernas ni los brazos, pero podía emitir la voz libremente.

—¡Manténgalo lejos de mí! —suplicó a Doc Savage—. ¡Es capaz de matarme para sellar mis labios! ¡Teme que lo diga!

—¿Que diga el qué? —preguntó Doc.

Jud clavó en
\1
una mirada amenazadora, que éste le devolvió aumentada. Esto

pareció decidir al bandido que ladró como un perro:

—¡Ese hombre es mi patrón! ¡
\1
es el cerebro que planeaba todos los trastornos, todas las calamidades que se suceden en la construcción del dique!
\1
ofreció todas las muestras de haberse quedado aturdido ante aquella confesión.

—Yo estaba acorralado por él —continuó Jud con voz plañidera —. ¡Él ha ido acumulando cargos contra mí! ¡Sabe cosas que me hubieran llevado a la cárcel para toda la vida… o quizá más lejos! ¡Por eso le servía! ¡Y por eso estaba deseando desembarazarme de él para siempre!
\1
, ya algo repuesto de la primera sorpresa, trató nuevamente de arrojarse sobre el hombre que le acusaba.

Su cara estaba descompuesta por la ira. Consiguió al fin apoderarse del revólver y ya iba a disparar, cuando nuevamente Doc se sirvió de una piedra para contenerle, pero esta vez el proyectil no fue disparado contra su mano, sino contra su cabeza.
\1
lanzó un grito ahogado y cayó sin sentido.

—¡Él es mi patrón! ¡Él es mi patrón! —lloriqueaba Jud.

Pero Doc no le hacía caso. Sus dedos volvieron a recorrer el cuerpo de Jud y éste descubrió que se le había devuelto el uso de sus miembros.

Llevando a
\1
a cuestas y empujando a Jud delante de él, Savage emprendió el regreso hacia el caserío, dirigiéndose hacia el domicilio particular de
\1
.

Una rociada de agua devolvió los sentidos a
\1
. Una maldición dirigida a Jud, fue el primer sonido que articularon sus labios.

—¡Todo lo que ha dicho es un hato de mentiras! ¡Lo que quiere ese granuja es ocultar a su verdadero jefe y al mismo tiempo lograr la benevolencia de usted, haciéndole creer que dice la verdad espontáneamente!

—Así es —afirmó Doc dirigiéndose a Jud.

\1

ha dicho la verdad. Usted lo que trata es de ocultar la identidad de su jefe.

\1

abrió la boca desmesuradamente. No podía creer tan buena noticia.

Una expresión de timidez infinita distendió su rudo semblante. Dejóse caer sin fuerzas en una silla y pasó rápidamente la lengua por sus resecos labios.

—¡Suponer que yo había causado intencionadamente un perjuicio contra mis mismos intereses! —murmuró al cabo de un rato—. ¡Verdad es que yo había logrado dominar mis nervios, pero a veces me hallaban y hacía tonterías! ¡Después del fárrago de mentiras que ha dicho este coyote, lo mejor que podía hacer es darle muerte! ¡Por eso lo intenté antes y no porque fuese culpable!

Doc no contestó. Parecía tener concentrada su atención en el uso de alguna de sus facultades. ¡Quizás el oído!

De pronto Jud echó a correr. Estaba decidido a intentar una fuga. Con la cabeza por delante, embistió a una de las ventanas.

Saltaron los cristales en mil pedazos y los travesaños del bastidor se hicieron astillas. Jud se hundió en la negrura exterior.

Se oyó algo así como un tropezón en la parte posterior, al que siguió un ruido como de lucha.

Doc Savage corrió como un fantasma a la puerta de entrada de la casa y pudo ver la sombra de un hombre que se alejaba, inclinado hacia adelante, como doblado sobre sí mismo.

No podían distinguirse sus facciones por llevar el sombrero caído sobre la cara.

El hombre que corría se volvía de cuando en cuando y disparaba con un revólver hacia la casa. El silbar de las balas obligó a Doc a refugiarse tras de la puerta.

—¡Cómo! —exclamó

\1

estupefacto—. ¿De dónde habrá conseguido Jud un revólver en tan poco espacio de tiempo?

—¡Mire hacia fuera de la ventana por donde él se arrojó! —murmuró Doc.

\1

, medio atontado aún por la sorpresa hizo lo que le decían.

¡Jud yacía en tierra, al pie de la ventana, con un largo cuchillo clavado en el corazón!

XX
La ruta de fuego



La verdad no la comprendió
\1
hasta segundos más tarde.

—¡El hombre que corría a lo lejos no era Jud! —murmuró—. ¿Quién es, entonces?

Doc, una vez más, se expuso asomándose a la puerta unos segundos. Una salva de balas saludó su aparición, sin darle tiempo más que a echarse hacia atrás bruscamente.

Dos balas penetraron en la habitación por el marco de la puerta. Una de ellas chocó contra uno de los «tomahawks» colgados en la pared, otra hizo caer dos lanzas en cruz.

EL que acababa de disparar, se hundió en un bosquecillo de mezquites y aún se le pudo ver más allá de los arbustos corriendo entre varias cabañas, hasta que desapareció en la oscuridad.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó
\1
.

—¡Mi opinión es que ése era el verdadero patrón de Jud o el diablo anda en todo esto! —contestó Doc.

—¿Pero por qué lo mató?

—Probablemente por dos razones. Primero, temía que Jud se viera obligado a hablar y en segundo lugar, el hecho de que quitara la vida a Jud en vez de salvársela, como parecía lo más natural, indica que quería quitarse ese estorbo de encima. Jud había adquirido conocimientos peligrosos y era lo bastante avisado para

usar de ellos en su propio provecho en el futuro.
\1
estudiaba a Doc con curiosidad. Estaba recordando el aire de concentración de aquel hombre un minuto antes de que Jud intentara su fuga.

Indudablemente había estado escuchando algo…

—¿Sabía usted que alguien espiaba fuera? —preguntó.

—¡Oh, sí! —aseguró Doc con calma—. Ese individuo intentó entrar por la ventana del dormitorio, pero no lo consiguió. Entonces dio la vuelta a la casa. Mi intención era dejarle entrar por la ventana, en donde le hubiéramos apresado, pero el acto inesperado de Jud echó por tierra mis planes.

La expresión de
\1
era de asombro. Las potencias de aquel hombre bronceado eran realmente misteriosas, pues él nada había oído, y en cambio, Doc, había recogido una gran cantidad de sonidos.

—¿Va usted a perseguir al asesino?

—En tiempo oportuno —contestó Doc—. Ahora es mejor que crea que nadie sospecha de él. Así podrá dejarnos a miss Aster.

—¿Dónde están sus cinco amigos? —recordó
\1
.

—Buttons Zortell estaba con Jud, cuando hizo explosión la carga de TNT junto a nuestra barraca —explicó Doc—. Mis amigos persiguen a Buttons, esperando que les dé una pista que les lleve hasta donde se encuentra Lea Aster.
\1
, tras las inquietudes pasadas, estaba ahora satisfecho, y hasta se atrevió a soltar una carcajada, pero la reprimió en el acto porque sintió un dolor agudo en la cabeza.

Tenía más confianza que antes en aquel gigante de color de bronce. Hasta entonces había abrigado el temor de que Savage no fuera lo bastante hábil para dar con el espíritu maligno que se ocultaba tras aquellas calamidades que se abatían sobre la «Mountain Desert» pero las dudas de
\1

se habían desvanecido por completo.

Quienquiera que fuese el desconocido, había encontrado en Doc Savage la horma de su zapato.

Doc corrió hacia su laboratorio y regresó a poco portador de su famosa linterna de rayos ultravioleta. Al reunirse con
\1
, que le esperaba impaciente, le hizo ver algo interesante: un charquito de un líquido viscoso que rodeaba la casa por frente a puertas y ventanas del *bungalow*.

El mismo Doc fue el que esparció aquella sustancia poco después de llevar a la casa a sus dos prisioneros.

—El hombre que rondaba la casa ha pasado por encima de esta sustancia —explicó—. No se enteró de ello, porque la tierra estaba todavía húmeda a consecuencia de la lluvia.

—¿Así que?

Doc enfocó la linterna de los rayos ultravioleta sobre la tierra.

Instantáneamente se divisaron huellas de unos pies, unas huellas resplandecientes, iluminadas de manera misteriosa.

—Este producto químico que ese individuo ha pisado —siguió explicando— hará que durante algún tiempo vaya dejando huellas por donde quiera que pase, huellas que podremos seguir con seguridad.

Y sin entrar en más explicaciones siguieron las huellas en la noche.

No fueron muy lejos, sin embargo, porque ante ellos apareció un hombre dando traspiés alocadamente bajo la luz de la luna. En una mano llevaba una delgada hoja de acero que goteaba sangre.

Era un bastón de estoque. Éste era un objeto que por sí solo bastaba para identificar a Ham. Él y el bastón eran dos cosas inseparables.

Era él, en efecto, el que hacía su aparición en aquellos momentos.

—¡Buttons Zortell nos hizo caer a todos en una emboscada! —dijo—. ¡Monk, Renny, Long Tom y Johnny, están presos!

Nunca como en aquella ocasión se puso de manifiesto que Doc era dueño de sus emociones. Nada alteró en lo más mínimo sus metálicas facciones.

Su musculatura de acero no experimentó la menor sacudida. Tal vez brilló con más intensidad la misteriosa lucecilla de sus dorados ojos, pero eso fue todo. No hubo otro cambio en su aspecto.

—¿La cuadrilla ha cogido a nuestros cuatro compañeros? —Lo preguntó lentamente, como para estar seguro de lo que oía.

—Los han cogido —contestó con viveza Ham—. Nos cubrieron con sus revólveres antes de que pudiéramos darnos cuenta de nada. Nos ataron. Yo logré cortar con mi estoque mis ligaduras. No me quitaron el bastón por no saber sin duda lo que tenía dentro. Traté de ayudar a los demás, pero todo fue inútil. ¡Maldita sea!

Y arrojó lejos de sí la hoja ensangrentada, que resonó como si hubiesen golpeado la cuerda de un arpa.

—¿Dónde ocurrió eso? —preguntó Doc.

—En un bosquecillo de cactus a la salida de la ciudad. Por lo último que yo vi del equipo, adelantaban hacia el dique con nuestros compañeros a remolque.

—¿Hacia el dique?

—Sí… —contestó Ham moviendo la cabeza apesadumbrado—. Yo esperaba que ellos se dirigieran hacia la montaña, pero no fue así. Parece deducirse que creen verse libres de ti cuando lleguen al dique.

—¿Le oíste decir eso?

—Seguro. —Doc dio unos pasos hacia atrás y desapareció tras unas matas de mezquites.

—¡Eh! —gritó Ham corriendo tras él.

No quería que le dejaran fuera en la lucha que se avecinaba.

Pero Doc había desaparecido. Estaba ya bastante lejos y marchaba con aquella velocidad suya incomparable.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó
\1
ansiosamente.

—Girar sobre nuestros talones —contestó Ham—. Doc nos avisará en cuanto esté a nuestro alcance.

—Pero podríamos tener una probabilidad de encontrarle dirigiéndonos también hacia el dique.

—¡No hay nada que hacer! ¡Eso podía entorpecer los planes de Doc, sean los que sean! —denegó Ham.

Aún rugía débilmente la tempestad a lo lejos. Los relámpagos morían en el horizonte, pero aún ocasionaban de vez en cuando un leve parpadeo.

En las alturas soplaba un vientecillo suave que ayudaba a borrar los últimos vestigios de la tormenta.

Detrás el tronco de una yuca, alto y delgado, pareció brotar como una aparición la forma de Doc Savage. Se deslizó en la noche iluminada por la luna. Bajo el brazo llevaba la linterna de los rayos ultravioleta, que de tiempo en tiempo esparcía su fulgor sobre la tierra descubriendo las huellas del fugitivo, que resplandecían de una manera sobrenatural.

¡Iba siguiendo la pista del asesino de Jud! Aquella pista le llevaba directamente hacia el dique.

Divisó unos hombres ante él. Eran trabajadores del dique que discutían muy excitados, un poco pendencieros. Algunos tenían en sus rostros huellas de golpes recientes.

Oculto tras unas artemisas y mezquites, Doc pudo oír lo bastante de su conversación animada para enterarse de lo que había sucedido.

Una cuadrilla de hombres, unos doce o dieciséis habían hecho irrupción en las obras junto al dique. Amenazando con sus revólveres, obligaron a marcharse a todo el mundo, quedándose ellos solos.

Los trabajadores, desarmados, no pudieron ofrecer gran resistencia a los forajidos y acabaron por abandonar el campo.

—¡La cuadrilla llevaba prisioneros a cuatro hombres de Doc Savage! —dijo uno de los trabajadores.

Doc no descubrió su presencia y continuó su camino hacia el dique. Su marcha era tan furtiva y silenciosa como el arrastrarse de un tigre al acecho en la selva virgen, y había en sus ademanes algo de la fiereza del gato montés.

Sus enemigos obrarían sensatamente mirando por su propia salvación. La inquietud empezaba a apoderarse de la cuadrilla. Sus componentes cambiaban entre sí miradas recelosas y murmuraban en voz baja a cada alto que hacían.

Estaban impacientes por saber qué había sido de su jefe.

De haber podido adivinar lo que estaba tramando en aquellos

instantes, se hubieran sobrecogido de terror.

El jefe, como en aquélla su primera aparición del farallón, iba envuelto en su gabardina. Una bufanda anudada sobre la cara y el sombrero de *cow-boy* con las alas gachas, completaban el disfraz.

Estaba medio oculto bajo unas lonas embreadas que sirvieran para cubrir el hormigón fresco, y realizaba algunas operaciones interesantes.

Sobre las rodillas tenía una pequeña caja, de la que salían unos alambres de cobre retorcidos y cubiertos de una sustancia aisladora. Raspó el aislante, dejando los extremos de los alambres de cobre a unas pulgadas de distancia uno de otro.

El siniestro operador hizo que se produjese un relámpago. Acercó los extremos de los alambres, oprimió un botón en la caja, y se produjo una descarga eléctrica, brotando un haz de chispas en los extremos de los alambres.

La máscara de aquel bandido se agitó a impulsos de una sonrisa de satisfacción. La caja contenía en su cavidad una batería de gran potencia.

Cuando una luz de regular potencia caía sobre ella, una corriente de alto voltaje era lanzada a través de los alambres de cobre.

Si los alambres a su vez estaban unidos a un detonador, la producción de la chispa determinaba la explosión.

Aquel hombre procedió a sujetar un detonador en los alambres de cobre e insertó éstos en una caja que contenía una regular cantidad de un explosivo de gran potencia destructora.

Hecho esto, colocó la caja a los pies de la pared maestra del dique. Tuvo buen cuidado de ponerla de manera que la luz lunar no determinase la explosión antes de tiempo.

En cuanto al explosivo, lo colocó en la parte interior de la pared del dique, hundiéndolo algunos metros bajo el agua sucia y cenagosa que lamía aquélla.

Terminados los preparativos, se frotó las manos con satisfacción. Una luz que apareciese de pronto en el fondo del cañón a espaldas del dique, produciría la explosión y ésta sería seguida del

derrumbamiento total del gran paredón del dique.

El autor de aquel plan infernal irguió su figura melodramática y se encaramó a la cresta del dique. Al hacerlo, notó que sus zapatos dejaban unas huellas de barro demasiado visibles y se detuvo para borrar todo vestigio.

Al hacerlo, descubrió en la suela de sus zapatos una sustancia pegajosa y procuró hacer también desaparecer ésta, no sin lanzar un gruñido de desagrado.

Si le dio alguna importancia a aquellas manchas en sus pies, nunca llegó a sospechar la verdad, que era un fluido colocado por Doc alrededor de la cabaña de
\1
.

¡Un fluido que le había hecho ir dejando en su camino un rastro infalible que pondrían fácilmente de manifiesto los rayos ultravioleta de la linterna de Doc!

Los hombres de la cuadrilla de Buttons lanzaron un suspiro de alivio al ver aparecer a su jefe. La espera prolongada había puesto algo en tensión sus nervios.

—¿Qué aguardaba usted por estos alrededores? —gruñó Buttons Zortell—. ¡Estamos esperando hace mucho tiempo! ¡En lugar de estar haciendo el tonto, podíamos haber preparado la huida!

—¡A callar! —rugió el jefe—. ¡Mis órdenes no se discuten!

—¿Y qué es lo que hacemos aquí nosotros? —contestó Buttons, a quien el exceso de inquietud hacía olvidar las jerarquías.

—¡He estado colocando una trampa! —murmuró la voz.

—¿Qué clase de trampa?

—¡Una que es perfecta! ¡Una que no puede ser mejor! Vuestra contribución a ella es atraer con algunas añagazas a ese maldito Doc al extremo del cañón, al pie del dique. Se oyó un bisbiseo de malestar.

—¡Pero si a Doc Savage se le ocurre volar el dique, nos ahogaremos! ¡No queremos correr esa suerte!

Su jefe, el hombre al que algunas veces designaban non el nombre de Nick Clipton, gruñó ante estos temores:

—¡Savage no destruirá el dique, que está encargado de conservar!

»Iréis a cazar pájaros en el fondo del cañón. Haced una pequeña descarga cuando lleguéis y así Doc Savage sabrá dónde os encontráis. ¡Eso le hará caer en el lazo!

—¿Qué otra cosa piensas que puede suceder?

—¡Podría adivinar que se trataba de una trampa y dejar caer sobre nosotros una lluvia de bombas! —resopló Buttons Zortell.

—¡Zánganos! ¿No tenéis en vuestro poder a cuatro de sus hombres y a la muchacha? ¡No va a dejar caer las bombas sobre ellos!

—¡Es verdad! —reconoció Buttons ante la fuerza del argumento—. Y ahora que ya nos hemos explicado, díganos lo que tenemos que hacer. Ir al extremo del cañón y disparar una salva de tiros. ¿Eso es todo?

—¡Sólo una cosa más! —murmuró el enmascarado.

Y buscando en uno de sus bolsillos, sacó una especie de bujía corriente. Era como las que usaban en la vivienda abandonada del farallón y que servían para iluminar los reflectores, dando una luz extraordinariamente blanca y muy brillante.

—En el momento en que veas a Doc Savage en el lecho del cañón, enciende esto —ordenó.

—¿Y esto qué es? —preguntó Buttons—. ¿Una señal?

—¡Eso es!… ¡Claro!… ¡Una señal!… —dijo el enmascarado.

—¿Qué ocurrirá después de la señal? —quiso saber Zortell.

—¡Eso es cuenta mía! ¡Dejad la lengua quieta y en marcha! ¡Vamos!

—¿No me oís? ¡Todo el equipo hacia abajo… empezando por ti! ¡Aprisa!

Estaba deseando que se marcharan.

Le molestaba que le hicieran más preguntas, porque estaba temiendo que llegase el momento en que no sabría qué contestar. ¿Irían a descubrir aquellos hombres la siniestra verdad?

De hacerlo, su suerte estaba decidida al enterarse de que lo que pretendía era deshacerse al mismo tiempo de ellos y de Doc Savage y que para eso precisamente había preparado aquella explosión que los sepultaría entre las ruinas del dique.

La luz de la bujía encendida al divisar al hombre de bronce, bastaría para hacer funcionar el aparato fotoeléctrico. ¡El dique

sería destruido!

¡Y no sólo perecerían Doc y sus amigos, sino también aquella cuadrilla de bandidos que ya no le servían para nada y eran testigos demasiado enojosos de sus crímenes pasados!

¡Era un golpe de una maldad refinada el que preparaba el rey de los asesinos!

XXI
Los hombres fantoches



Buttons Zortell llevó toda la cuadrilla hacia el lugar que les indicara su amo, atravesando uno de los túneles de desviación.

Había sido excavado éste en la sólida piedra del cañón y medía unos cincuenta pies de diámetro.

Su superficie estaba en declive, pero no tan pronunciado que no pudiese recorrerse fácilmente a pie.

Buttons escogió el túnel porque había menos peligro disparando desde allí.

Tenían cuatro ametralladoras, así como fusiles y revólveres. Alguien que intentase atacarles desde el exterior del túnel, se vería apurado para hacerlo.

Había enemigos abajo, en el lecho del cañón. Algunos de la cuadrilla estaban en una de las fábricas de energía custodiando a los cuatro hombres de Doc y a Lea Aster.

Podían descender hacia el fondo del cañón sin llamar la atención de nadie.

El vasto camino subterráneo estaba en la más completa oscuridad.

—¡Eh, no corráis tanto, granujas! —dijo de mal humor Buttons —. ¡No sé lo que se trae escondido en la manga el patrón, pero ya nos la arreglaremos para obligarle a ponerle al descubierto!

—¡A mí, después de todo, no me pone eso tan furioso! Aun suponiendo que el dique se viniera abajo, a nosotros, ¿qué?

—¡Cállate! —vociferó Buttons, a quien desagradaban aquellas burlas con una muerte que podía llegar hasta su pellejo—. Lo

primero que vamos a hacer es sacar a los prisioneros fuera de la fábrica. ¡Ésa es nuestra última carta!

Una mancha pardusca que se vio aparecer delante de ellos, indicaba que estaban llegando a la desembocadura del túnel en el cañón.

En aquel mismo instante sonó algo así como un tremendo porrazo y se oyó el inconfundible ruido de la piedra al desprenderse y rodar hacia el abismo.

Era imposible descubrir lo que había ocurrido en el interior de aquella verdadera sepultura, pues ninguno de ellos llevaba luces encendidas, lo que no hicieron ante el temor de que pudiesen atraer las balas.

—¿Qué es eso? —graznó alguien.

—¡Cuernos del diablo! —gritó la voz angustiosa de Buttons Zortell—. ¡Que me hundo!

Sus compañeros echaron a correr desalentados y no se detuvieron hasta verse lejos de aquellas tinieblas pavorosas, franqueando la salida y deteniéndose al fin ya en pleno cañón.

Esperaron un instante, pero Buttons Zortell no aparecía.

—¿Qué ha sido eso, Buttons? —preguntó uno de ellos a gritos.

—¡Estoy quitándome una roca de encima de un zapato! —se oyó contestar a la voz del desaparecido desde el interior del túnel—. ¡Vosotros id a la fábrica y sacad de allí a los prisioneros!

Los bandidos, de acuerdo con las órdenes, se alejaron.

Un instante después salía del túnel una sombra que llevaba los vestidos de Buttons Zortell, pero cuyos movimientos eran totalmente distintos a los modales fanfarrones habituales en aquél.

La sombra movióse con una rapidez asombrosa hacia la fábrica. La velocidad con que avanzaba hubiera bastado para comprender que aquella forma no era otra que la de Doc Savage.

Había escuchado a los hombres recibir sus órdenes y antes de esto había sido testigo de los siniestros preparativos de su jefe.

Doc no perdió el tiempo. Había logrado dominar a Buttons dentro del túnel, con tanta facilidad y rapidez, que nadie sospechó lo que estaba ocurriendo.

Su notable dominio del arte de la voz imitando la de cualquier otro ser con asombrosa semejanza, había contribuido al engaño.

Pero su trabajo estaba lejos de haber terminado.

Dando un rodeo evitó el encuentro con los componentes de la cuadrilla, llegando a la fábrica con bastante anticipación.

Un guardia que estaba paseándose delante de la puerta, preguntó al ver a lo lejos la sombra de Doc: —¿Quién es?

—¿En qué estás pensando, imbécil? —contestó Doc imitando la voz de Buttons y avanzando rápidamente hacia su interlocutor.

EL guardián, engañado por aquella semejanza, dejó que Doc se acercara, no dándose cuenta de su error hasta que lo tuvo encima, ya que Savage llevaba puestos como sabemos, el sombrero y la blusa de Zortell. Cuando el bandido quiso defenderse, ya era tarde.

¡C-r-a-c! A punto de perder el conocimiento, aquel hombre experimentó la sensación de que junto a una de sus mandíbulas acababa de estallar un cartucho de dinamita.

No era cosa frecuente que Doc usase de sus puños, pero cuando lo hacía, ni un solo golpe se perdía en el vacío.

Abatidos sus enemigos, se deslizó hacia una habitación interior, en la que halló tendida en el suelo, atada y amordazada, a la encantadora Lea Aster.

Se veía a simple vista que no había sufrido daño alguno de importancia durante su cautiverio.

Monk, que se hallaba junto a su secretaria; Long Tom y Johnny estaban también fuertemente sujetos por largas cuerdas, que daban varias vueltas alrededor de sus cuerpos, y les habían colocado unas mordazas que casi les impedía respirar.

AL ver a Doc, dieron a sus cuerpos un movimiento de sacudida, única forma en que les era dable manifestar su contento.

—¡Quietos! —susurró Doc en voz baja.

Y con un largo cuchillo cortó las ligaduras de los cautivos y les quitó las mordazas. Hecho esto, entregó a cada uno unos objetos que sacó de una caja forrada, que llevaba en uno de sus bolsillos. Aquellos objetos eran unas fantásticas armas inventadas y perfeccionadas por Doc Savage y no empleadas por nadie más.

Eran unos manguitos metálicos. Cada uno contenía una aguja hipodérmica diminuta, que contenía una droga que comunicaba a los heridos por ella una impotencia fantástica.

Las victimas podían ver y oír lo que pasaba a su alrededor, pero

eran incapaces de obrar por sí mismas, sin mandato ajeno, ya que la droga les adormecía la voluntad y la facultad de pensar.

Armados de sus manguitos, Doc y sus compañeros tomaron sus posiciones en la parte exterior de la fábrica. La hermosa Lea Aster se agachó detrás de un tractor oruga y escudriñó los alrededores a través de la oscuridad.

Los bandidos fueron rápidamente vencidos. Una carga violenta dada por Doc y sus ayudantes, cuyas manos golpeaban como cabezas de serpiente, los puso fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

No se disparó ni un solo tiro.

—¡Soltad los revólveres! —ordenó Doc con su voz potente.

Tales eran los efectos de la droga misteriosa, que los bandoleros obedecieron en el acto. Obedecían como máquinas, como verdaderos fantoches. ¡Llegaban hasta a no recordar que Doc era un enemigo!

—¡El modo de obrar de esta sustancia siempre me divierte! —rió Monk—. ¡Coge uno al pillo más redomado y lo convierte en una sencilla máquina dócil y sumisa!

Los hombres se movieron como autómatas. Cuando uno chocaba con una gran peña, se detenía empujando contra ella con todas sus fuerzas, incapaz de razonar que podía salvar el obstáculo con solo rodearlo.

Había que decirle que lo hiciera…

Llevando a estos hombres por delante penetraron en la rampa inclinada del túnel. Allí encontraron a Buttons Zortell, yaciendo aún en el mismo sitio que Doc lo tumbó de un formidable puñetazo.

—¡Es un individuo al que aborrezco tanto que no lo indultaría! ¡No es digno de escapar al castigo de sus crímenes! —dijo Monk.

—¿Quién es el cerebro que dirige las acciones de estos tipos? —preguntó Renny—. ¡No hemos sido capaces de encontrarlo!

—¡Antes de mucho lo verás! —contestó fríamente Doc.

—¿Luego sabes quién es?

—Una sospecha sólo —replicó Doc con gravedad—. Es un hombre tan diabólicamente listo, que hasta ahora ha conseguido ocultar sus huellas en cuantas ocasiones ha operado a nuestro alrededor. Sin embargo, he podido averiguar cuál es el móvil que le

impulsa a cometer sus crímenes. El móvil ya está descubierto, el desenmascaramiento del culpable vendrá después.

—¿Y cuál es ese móvil? —preguntaron todos a coro.

—¿Recordáis la roca derretida que hallamos en el farallón y el extraño olor que parecía desprenderse de ellas?

—¡Nunca olvidaré ese olor! —murmuró Monk—. ¡Era algo enteramente nuevo para mí!

—Exactamente —dijo Doc—. El olor denunciaba la presencia de un gas enteramente desconocido, no sólo para nosotros, sino para todo género humano. ¡Un gas que cuando arde produce un calor mucho más fuerte que el del hornillo eléctrico más potente!

—¿Cómo supiste lo que era?

—Analizando el aire recogido en mi botella en la vivienda del farallón. Una cierta cantidad de ese gas había sido quemado en los sótanos del farallón. ¡Y convirtió la roca en lava, cerrando el pasaje secreto!

Parte de esa materia no ardió y fue la que yo recogí en mi recipiente y la que pude determinar por un análisis químico.

—¡Dios santo! —murmuró Renny—. ¿Y de dónde procede esta sustancia?

—Eso fue lo que me tuvo durante cierto tiempo sumido en un mar de confusiones —contestó Doc tranquilamente—. Pero cuando el director de toda esta trama llegó a tantas acciones criminales para lograr nada más que el lecho del lago, la contestación a esa pregunta fue para mí sencillísima.

—¿Entonces está bajo el lecho del río?

—¡Exactamente! Debe existir allí un inmenso depósito, desde el momento en que se han gastado tantos miles de dólares para asegurarlo. El gas, desde luego, es extremadamente valioso a causa de su potencialidad calorífica. Por esa misma naturaleza puede ser empleado en soldaduras, fundiciones y donde quiera que se necesiten temperaturas extraordinarias.

Doc bajó un tanto la voz, porque estaban subiendo la empinada rampa del túnel.

—El gas fue hallado, indudablemente, al perforar con barrenos el lecho del río, para construir la base de cimentación del muro que ha de servir para retener el agua en los límites del lago artificial. El

hombre que lo descubrió, percatado de su inmenso valor, emprendió sistemáticamente la tarea de arruinar a la «Mountain Desert Construction Company», para poder comprar luego el lecho del lago a un precio irrisorio. Como todos los criminales, es demasiado avaro para compartir con nadie la posesión de su descubrimiento.

Durante unos minutos Doc permaneció silencioso, como si estuviese sumido en profundos pensamientos.

—Tenemos una tarea que llevar a cabo, hermanos —dijo al fin, con un tono tan suave y tan grave al mismo tiempo, que hizo estremecer de emoción a sus oyentes—. ¡No es una tarea agradable, pero la causa de la justicia exige que la realicemos…!

Los cinco hombres se agruparon en torno suyo, prestando intensa atención. ¡Sabían qué era lo que se avecinaba! ¡Doc iba a dar al jefe asesino el castigo que se merecía!

XXII
La luz mortal



El Rey de los Asesinos estaba inquieto. Se agachó en la oscuridad junto a un cobertizo construido para guardar las herramientas. Bajo su disfraz acostumbrado, sudaba copiosamente y rechinaba los dientes.

Sólo le separaban de la pared maestra del dique unos pocos metros.

Más de media hora había transcurrido desde que partieran Buttons Zortell y sus compañeros y no había ocurrido lo que tan ansiosamente esperaba.

Había ordenado disparar las armas para atraer a su enemigo, ¡y no se oía el más leve ruido! Había esperado que Doc Savage apareciese en los alrededores, pero no se veía señal alguna del hombre de bronce.

¿Por qué no sucedía nada? Estaba impaciente por ver volar el dique en pedazos, gracias a los efectos destructores de su ingenioso aparato fotoeléctrico. ¡Todo volaría al mismo tiempo!

¡Su cuadrilla entera desaparecería para siempre, para que nadie pudiera disputarle en el futuro sus mal adquiridas ganancias! ¡La «Mountain Desert Construction Company» estaría en bancarrota por la pérdida de su famoso dique! ¡Sería un golpe maestro perfecto!

Se puso en pie, incapaz de dominar sus nervios. Había decidido inspeccionarlos alrededores y ver por qué no ocurría nada de lo que estaba previsto.

Si era necesario él mismo daría a Doc Savage un empujón que lo enviase al fondo del precipicio.

Oyó un leve ruido a su espalda y se volvió como movido por un resorte.

Sus cabellos se erizaron bajo el sombrero, y un grito ahogado escapó de su pecho a través de la bufanda que le tapaba la cara.

En pie ante él estaba Doc Savage, y en la laguna de laminillas de oro de sus pupilas fulguraba una luz terrible.

El hombre enmascarado sacó un revólver, pero una mano morena lo golpeó con increíble rapidez y con la fuerza destructora de un rayo, y el revólver fue a parar a unos metros de distancia.

Poseído de un pánico irrefrenable, el hombre enmascarado dio media vuelta y huyó como un loco. El camino más cómodo era el que conducía hacia el extremo del dique, ya casi construido.

Tomó aquel camino sin vacilar un segundo.

Y ocurrió entonces lo inesperado. En el otro extremo del sendero que él seguía casi en la cresta del dique, apareció otro hombre corriendo en dirección contraria a la suya.

Aquel hombre era Buttons Zortell. También había logrado escaparse y seguía el camino que encontraba más a mano.

Los dos hombres, el jefe y el mercenario, avanzaron a un tiempo hacia los extremos opuesto del enorme paredón.

Al mirar hacia atrás se quedaron sorprendidos al ver que no los perseguía el hombre de bronce.

Fue en aquel momento cuando el hombre enmascarado vio a sus pies brillar un objeto. Era un revólver. Estaba casi en el centro del dique, a plena vista.

El bandido no se entretuvo en pensar cómo había podido llegar hasta allí aquella arma. Vio en ella sólo el medio de matar, de huir de una vez del infierno de aquella noche de pesadilla, suprimiendo de una vez a aquel gigante de bronce, al que temía sobre todos los seres de la tierra.

Recogiendo el revólver del suelo, volvió sobre sus pasos. Allí enfrente estaba su enemigo. Se detuvo, apuntó concienzudamente, deliberadamente, a Doc Savage y apretó el gatillo.

¡Se produjo algo sorprendente! ¡Por la boca del cañón no salió el proyectil, sino una llamarada deslumbrante, cegadora, de una blancura extraordinaria!

¡La recámara del revólver, en vez de contener un proyectil,

estaba atascada con polvo de magnesio!

El hombre enmascarado se estremeció y llevóse las manos a los ojos, deslumbrados. De un tirón se quitó la máscara que ocultaba sus facciones y miró ante sí ávidamente.

¡En aquel mismo instante acababa de darse cuenta de que su intento, ideado a sangre fría, de matar a Doc Savage y a sus secuaces, había traído acarreada su propia muerte!

¡El fogonazo del magnesio había actuado a manera de bomba fotográfica sobre la caja misteriosa colocada al pie del dique en conexión directa con el explosivo!

¡Lanzó un alarido salvaje y sintió que el frío terror más lacerante taladraba hasta sus huesos!

Otra llamarada mil veces mayor que el fogonazo de magnesio serpenteó hacia arriba en el agua cenagosa frente por frente del dique.

¡Y su luz diabólica iluminó de lleno el rostro del jefe de los bandidos!

¡Era Nate Raff! Un diluvio de agua cenagosa saltó hacia arriba como una tromba, siguiéndose una conmoción espantosa que hizo tambalearse en sus cimientos la gigante arquitectura del dique.

Nate Raff y Buttons Zortell desaparecieron en el cráter de aquel nuevo volcán rugiente, espumeante que formaron las aguas, el hormigón y los infinitos trozos de acero del armazón del gran dique.

Estremecieron se las vertientes del cañón ante la violenta conmoción que derrumbó el enorme paredón de aquella obra maestra de la «Mountain Desert Construction».

Los restos de aquellas construcciones se elevaron en el espacio a cientos de pies sobre los acantilados del precipicio.

La avalancha sacudió violentamente las fábricas de energía eléctrica, que parecieron fundirse como un conjunto mágico.

EL lago pareció hincharse sobre su seno y avanzó impetuoso como un torrente destructor por la boca del Cañón de la Calavera Roja.

A salvo a ambos lados del precipicio, Doc Savage y sus hombres contemplaban aquel espectáculo de una grandiosidad siniestra.

¡Nada se dijo del revólver cargado de magnesio que había producido aquella catástrofe y que Doc había colocado minutos

antes en la cresta del dique!

¡De modo que era Nate Raff! —dijo Renny, aún asombrado por la revelación—. Pero Doc, ¿no fue raptado del aeroplano…?

—Indudablemente, nos tomó a todos el pelo con aquella historia —contestó el interpelado—. El hecho de que el aeroplano embarcara once pasajeros y se encontraran los cuerpos carbonizados de los once, fue lo primero que me hizo creer que el hombre que buscábamos era Nate Raff.

—¡Pero él era uno de los pasajeros del aeroplano!

—Si la verdad llega a ser conocida alguna vez, comprobaremos que Nate Raff logró convencer a alguien para que volara en su lugar… y luego, él mismo preparó la destrucción del aeroplano. Pienso que Nate se decidió a fingir su propia muerte, para quedar luego libre de toda sospecha. Nadie sospecha de un hombre muerto. Podía haber encontrado agentes que comprasen el lecho del lago al producirse la bancarrota de la «Mountain Desert Construction Company» y venderles luego los derechos sobre el gas por una suma global. No era necesario que él apareciese para nada en la transacción. Recordad que ya se había disfrazado a sí mismo bajo un nombre supuesto: Nick Clipton.

En aquel momento llegaba Ham. Detrás de él venían jadeantes los propietarios supervivientes de la «Mountain Desert Construction Company»: Ossip Keller y Richard
\1
.

Dirigieron una mirada quejumbrosa hacia el lugar en donde había existido antes aquella obra maestra que tanto dinero y tantos disgustos les costara a ambos, y parecían prontos a desmayarse.

A una indicación de Doc, la hermosa Lea Aster empezó a explicar a los dos asociados que, contra lo que ellos creían, no estaban arruinados, sino que, por lo contrario, eran propietarios de un importante depósito de gas de valor incalculable, bastante mayor que cuantos beneficios hubiera podido reportarles el dique.

Doc había pensado que su alegría sería mayor, recibiendo aquella noticia venturosa de labios de la encantadora rubia.

Renny, Long Tom y Johnny estaban aguardando a los cautivos. Estos últimos emprenderían al otro día temprano la marcha hacia el

establecimiento sostenido por Doc en el Estado de Nueva York, para ser convertidos en hombres honrados y útiles a la sociedad.

Sobre todo cuanto estaba diciendo Lea Aster a Ossip Keller y Richard
\1
, súbitamente consolados de la que ellos creían pérdida irreparable, una sola palabra sobresalió de cuantas se pronunciaron. Esa palabra fue «premio». Estaba hablando, desde luego, de la remuneración que debían dar a Doc Savage, dinero que Doc haría llegar a los hospitales y establecimientos de caridad, como era su costumbre.

Pero aquella palabra «premio» podía haber sido considerada como portentosa. Un atisbo de un futuro próximo:

¡UN MILLON DE DÓLARES DE RECOMPENSA A QUIEN INFORME EL LUGAR EN QUE SE ENCUENTRA DOC SAVAGE!

¡Esta oferta tentadora iba a aparecer muy pronto en los periódicos de Nueva York!

Y estamos por asegurar que iba a convertirse en otro milagro como el de los siete días bíblicos.

¡Tanto más cuanto que se había comprobado que era verdadera!

Pero Doc, que podía ser considerado como maestro en muchas cosas, no podía leer en el futuro y avanzó hacia donde estaba Monk.

—Monk —le dijo con sequedad—. ¿No estabas custodiando a Buttons Zortell?

Monk adoptó un aspecto de hombre ofendido y señaló a su ojo izquierdo, que estaba ligeramente amoratado.

—¿Cómo iba a evitarlo si me pegó en el ojo y escapó?

Doc conservó su rostro serio, a pesar del tono festivo empleado por su compañero. Recordaba que Monk había expresado sobre Buttons Zortell la opinión de que —asesino como era— debía purgar sus crímenes con el máximo castigo.

Que Buttons hubiese logrado escapársele a Monk no dejaba de ser chocante.

Y que esa fuga se realizase en el momento preciso de ir a

encontrar la muerte en el dique, era todavía más sorprendente.

—De modo que te golpeó en el ojo, ¿eh? —inquirió Doc.

—¡Sí!… ¡Eso es, creo que fue en el ojo!

¡Monk se preguntó súbitamente si habría visto Doc que aquel golpe del ojo era a consecuencia de un encontronazo contra el saliente de una roca, en el túnel subterráneo!

∞



LESTER DENT. (Missouri, E. E. U. U. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un *business college* con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil&Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en Agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press» en Chickasha, mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de *pulps*.

Dent comienza así una prolífica carrera.

«Top Notch Magazine» fue la primera revista en publicar una historia de Dent: *Pirate Cay* apareció en su número de Septiembre

de 1929. Poco después, Dent recibió un telegrama de «Dell Publishing» ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para «Dell», aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historia al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como «Albatross» en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de *Boy Scouts*!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de Marzo de ese mismo año.